

Universidad de Barcelona
Facultad de Geografía e Historia
Departamento de Historia Contemporánea

Programa de Doctorado: Mòn Contemporani
Bienio: 1999-2001

Título de la tesis para optar al título de Doctor:

**Las relaciones entre China y Corea del Norte en la era
de Deng Xiaoping (1978-1997)**

Doctorando: Daniel Gomà Pinilla

Director de la tesis: Dr. Joan Oliver Puigdomènech

Barcelona
2006

Tercera parte

**¿Qué relación con Corea?
China y la península coreana,
de la Guerra Fría a la post-Guerra Fría**

Capítulo 6

Pekín y la política de las “dos Coreas”

En los años setenta, en pleno ocaso del maoísmo, la República Popular China (RPCh) tomó consciencia de que su vecino y aliado, la República Popular Democrática de Corea (RPDC), no lograría imponer su modelo de sistema político a toda la península coreana. Al sur del paralelo 38, la República de Corea experimentaba un fuerte crecimiento económico bajo la protección de Estados Unidos y su importancia internacional no hacía sino aumentar. Con una Unión Soviética y una China nada dispuestas a entrar en un nuevo conflicto bélico en la región, Kim Il Sung y sus camaradas del Partido de los Trabajadores de Corea (PTC) no estaban en condiciones de alterar la correlación de fuerzas en la península y forzar así el establecimiento de una nación coreana enteramente sometida al dictado del comunismo.

Esta percepción de la consolidación de Corea del Sur como parte integrante de la nación coreana y su realidad como estado independiente no hizo sino reforzarse en el seno del régimen chino a partir de 1978, obligándole a replantearse su política hacia la península, que había sido hasta entonces también la política china hacia Corea del

Norte. Este cambio tendría importantes consecuencias en las relaciones sino-norcoreanas pero también en el escenario político del noreste de Asia.

De la política de “una sola Corea” a la de las “dos Coreas”

El acercamiento Pekín-Seúl

A lo largo de la mayor parte del período maoísta las relaciones entre Pekín y Seúl estuvieron marcadas por la hostilidad, especialmente por parte de los comunistas chinos. La existencia de un estado marxista en el norte de la península, el legado de la Guerra de Corea, el conflicto sino-soviético y la cuestión ideológica eran una pesada losa que alejaba continuamente a los dos países. La preferencia de la RPCh por mantener una relación cordial con el régimen de Pyongyang y el reconocimiento de Taiwán como el gobierno legítimo de China por parte de la República de Corea, así como la estrecha alianza entre esta última y EE.UU., impedían cualquier acercamiento entre los dos países.¹

Esta situación empieza a cambiar, sin embargo, a partir de comienzos de los setenta con la política más pragmática de Pekín en la escena internacional. El acercamiento sino-norteamericano, simbolizado por la visita de Richard Nixon a la RPCh en febrero de 1972, y la normalización de relaciones entre chinos y japoneses unos meses más tarde favorecen una actitud más conciliadora del Partido Comunista Chino (PCCh) hacia Corea del Sur. Además, Pyongyang y Seúl firman el 4 de julio de 1972 un comunicado conjunto donde ambos gobiernos se comprometen a realizar esfuerzos en favor de la reunificación de Corea sobre la base de tres principios: independencia, ausencia del recurso de la fuerza y unidad nacional. Este diálogo intercoreano es visto con buenos ojos en Pekín y una cierta relajación de la tensión se aprecia en esta época en la región del noreste de Asia.

Asimismo, en la República de Corea se producen en esta época cambios significativos en su política exterior y en especial hacia los países del bloque comunista,

¹ En los años sesenta se habían producido diversos incidentes que podrían haber llevado a contactos directos entre Seúl y Pekín. Por ejemplo, en 1961 dos pilotos chinos desertaron con su avión de combate a Corea del Sur aunque se procedió a enviarlos a Taiwán, reconocido por entonces como el gobierno legítimo de China. Asimismo, los chinos capturaron a lo largo de estos años a varios navíos de pesca surcoreanos acusándoles de entrar en sus aguas territoriales. Sin embargo, en ninguno de los casos se procedió a negociaciones por parte de los dos países.

sobretudo en lo que se refiere a la URSS y China. Seúl es consciente de que tanto Pekín como Moscú ejercen una gran influencia sobre el régimen de Kim Il Sung y una mejora de las relaciones con estos países sin duda contribuiría a disminuir la tensión en la península de Corea y, por tanto, a una mayor seguridad de Corea del Sur. Además, se pondría fin al aislamiento diplomático al que estaba sometido por estos países y por buena parte de naciones del Tercer Mundo, más proclives por lo general a la RPDC. En el caso específico de China, el acercamiento entre Pekín, aliado clave de Pyongyang, y Washington, principal protector de la República de Corea, hace que esta última se replantee su política hacia ese país.

Por ello, el régimen militar del general Park Chung-hee inicia una política de acercamiento a la RPCh, la Unión Soviética y sus aliados, poniendo fin así a la ausencia de contactos oficiales con los países comunistas desde hacía más de tres décadas. En el caso chino, por ejemplo, Pekín rechaza en marzo de 1973 el ofrecimiento surcoreano de impulsar una exploración conjunta de la plataforma continental en la zona del Mar Amarillo pero poco después comunica que consultaría con Seúl la exploración petrolífera en el mismo lugar. Aunque no hay un contacto directo ni ambas propuestas llegan a concretarse, se aprecia un cambio importante en el lenguaje diplomático: Corea del Sur se refiere por primera vez al gobierno del PCCh como “República Popular China”, reconociendo implícitamente la existencia del régimen comunista chino, mientras que este último se refiere a aquél como “autoridades surcoreanas”, abandonando denominaciones de corte propagandístico como “régimen títere del general Park”.²

Este cambio en la política surcoreana hacia los países comunistas se hace oficial el 23 de junio de 1973 con la Declaración Especial de Política Exterior concerniente a la Paz y la Unificación del general Park, cuyo sexto punto señala el siguiente aspecto:

“La República de Corea abrirá sus puertas a todas las naciones del mundo sobre la base de los principios de reciprocidad e igualdad. Al mismo tiempo, pedimos a esos países cuyas ideologías e instituciones son diferentes de las nuestras que nos abran sus puertas.”³

Las consecuencias no se hacen esperar aunque son prácticamente nulas en el terreno político. El levantamiento de la prohibición de intercambios postales en 1974

² Jae Ho Chung, “South Korea-China Economic Relations: The Current Situation and Its Implications” en *Asian Survey*, octubre de 1988, vol. 28, nº 10, p. 1032-1033.

³ Youn-Soo Kim, “Toward the Opening of New Relations between Korea and East European Countries: The Soviet Union as the Key Factor” en *Korea and World Affairs*, verano de 1977, vol. 1, nº 2, p. 181.

permite el contacto entre coreanos de China y sus parientes en Corea del Sur. Asimismo, se autorizan las primeras visitas de ciudadanos de ambos países y el inicio de intercambios culturales.⁴ El período 1975-1977 supone, no obstante, un cierto freno a estos primeros contactos sino-surcoreanos debido a la situación inestable que vive políticamente la RPCh.

A partir de 1978-1979 se retoman los contactos gracias, sobretodo, a la creciente importancia del factor económico (comercial). El desarrollo económico de Corea del Sur, como en el caso japonés, despierta el interés chino y se autoriza un comercio indirecto entre los dos países a través de la colonia británica de Hong Kong que pasará de los 19 millones de dólares de 1979 a los 434 de 1984 (véase tabla 8).⁵ Incluso un conglomerado industrial surcoreano es autorizado a implantar una *joint venture* en una de las primeras Zonas Económicas Especiales fundadas en el sur de China.⁶ A lo largo de los años ochenta se incrementará el número de empresas surcoreanas que invertirán en el país vecino. Con unos recursos naturales y agrícolas limitados, Seúl busca asegurar así sus importaciones de carbón, maíz, etc. mientras que el mercado chino es un lugar idóneo para sus exportaciones de productos manufacturados.⁷ Como nación industrializada, Corea del Sur es para una China en vías de modernización un país ideal para establecer relaciones comerciales bilaterales.

Este incremento de los intercambios comerciales viene acompañado de nuevos contactos indirectos a través de eventos deportivos, culturales y relacionados con organismos internacionales. En agosto de 1982 delegados surcoreanos asisten a un congreso de la Organización de la Alimentación y la Agricultura de Naciones Unidas (FAO en sus siglas inglesas) en la capital china y un año después Pekín empieza a conceder visados a ciudadanos de Corea del Sur. En marzo de 1984 un equipo de tenis de este país es autorizado a participar en las eliminatorias de la Copa Davis que tienen lugar en la ciudad china de Kunming. El deporte sirve de medio para acercar a chinos y surcoreanos: en abril de 1984 un equipo chino participa en Seúl en los Campeonatos Juveniles Asiáticos de Baloncesto, en septiembre es el turno de una delegación del Comité Olímpico de China que acude a una reunión del Consejo Olímpico Asiá-

⁴ J.H. Chung, *op. cit.*, p. 1033.

⁵ Algunas fuentes señalan que el comercio indirecto entre China y Corea del Sur se inició a partir de 1976 aunque no hay confirmación oficial de relación comercial con anterioridad a 1979.

⁶ Byung Chul Koh, "China and the Korean Peninsula" en *Korea and World Affairs*, verano de 1985, vol. 9, nº 2, p. 274-275.

⁷ David Dollar, "South Korea-China Trade Relations: Problems and Prospects" en *Asian Survey*, diciembre de 1989, vol. 29, nº 12, p. 1168.

Tabla 8**Comercio de China con Corea del Sur (1979-1991)*
(en millones de dólares)**

	Exportaciones	Importaciones	Total	Balanza comercial
1979	15	4	19	11
1980	73	115	188	-42
1981	75	205	280	-130
1982	91	48	139	43
1983	69	51	120	18
1984	205	229	434	-24
1985	478	683	1161	-205
1986	621	668	1289	-47
1987	866	813	1679	53
1988	1387	1700	3087	-313
1989	1705	1438	3143	267
1990	2268	1553	3821	715
1991	3441	2371	5812	1070
1979-1991	11294	9878	21172	1416

Fuente: Chae-Jin Lee, *China and Korea: Dynamic Relations*, 1996, p. 146.

* Conviene señalar que la mayoría de cifras del comercio sino-surcoreano en esta época no son seguras al 100% y varían en función de los analistas económicos. La razón es debido al secretismo con que se llevaron a cabo los intercambios comerciales con anterioridad al establecimiento de relaciones diplomáticas entre los dos países en 1992.

tico y en septiembre de 1986 la RPCh participa en los Juegos Asiáticos celebrados en la capital surcoreana.

En el aspecto político, el acercamiento es mucho más lento aunque se producen novedades significativas. El desarrollo económico de Corea del Sur no puede ser obviado y el creciente papel de Seúl en la escena asiática tampoco. Ya en enero de 1980 el ministro de Asuntos Exteriores chino Huang Hua señalaba a propósito de la política de la RPCh hacia Corea del Sur que “la puerta está cerrada pero no con llave” (*guanmen bu shangsuo*),⁸ vislumbrando de esta forma un cambio en la posición mantenida hasta la fecha por las autoridades comunistas chinas en la cuestión coreana. Sin embargo, pese a la actitud más conciliadora del PCCh, el discurso oficial de Pekín defiende todavía en esta época el mantenimiento de la alianza con Corea del Norte y rechaza cualquier posibilidad de un reconocimiento oficial de la República de Corea. A sus ojos, el único gobierno legítimo de Corea es la RPDC. Sin ir más lejos, en el verano de 1984 el viceministro chino de Asuntos Exteriores Zhu Qizhen declaraba:

“Nuestra política hacia Corea del Sur no ha cambiado. No hay relaciones bilaterales oficiales entre China y Corea del Sur, y China no está preparada para establecer relaciones bilaterales oficiales con Corea del Sur. Es verdad que ha habido algunos intercambios de personal, por ejemplo, equipos deportivos, entre los dos lados. [Estos intercambios] han tenido lugar bajo acuerdos de organizaciones internacionales y no mediante un sistema bilateral. Ello no indica que haya relaciones bilaterales oficiales entre China y Corea del Sur.”⁹

La referencia en dos ocasiones de dicha declaración a la inexistencia de “relaciones bilaterales oficiales” por parte del representante chino buscaba reafirmar el compromiso chino con la RPDC y ahuyentar públicamente cualquier evidencia de una mejora en las relaciones entre chinos y surcoreanos. El origen de estas declaraciones de Zhu se encuentra en un incidente ocurrido un año antes y que marcaría la historia de las relaciones entre Pekín y Seúl. El 5 de mayo de 1983 un avión de línea regular chino con 105 pasajeros a bordo que cubría la ruta entre las ciudades de Shenyang y Shanghai fue secuestrado y desviado a Corea del Sur, siendo obligado a aterrizar en una base militar norteamericana cerca de Chunchon, a unos ochenta kilómetros al nordeste de Seúl. El gobierno chino envió un telegrama a las autoridades surcoreanas, dirigiéndose a ellas por primera vez como “República de Corea” y solicitando negociaciones directas para

⁸ Xiaoxiong Yi, “China’s Korea Policy: From ‘One Korea’ to ‘Two Koreas’” en *Asian Affairs*, verano de 1995, vol. 22, n° 2, p. 122-123.

⁹ Young C. Kim (dir.), “Interview with Zhu Qizhen, Vice Minister of Foreign Affairs of the People’s Republic of China” en *Journal of Northeast Asian Studies*, verano de 1984, vol. 3, n° 2, p. 79.

solucionar el problema.¹⁰ Seúl no dudó en aprovechar la oportunidad e invitó a Pekín a enviar una delegación para organizar el regreso de la tripulación y los pasajeros. El 7 de mayo llegaba a la capital surcoreana una delegación china de treinta y tres miembros encabezada por Shen Tu, director de la Administración de Aviación Civil de la RPCh y miembro del Comité Central del PCCh.

Por primera vez, representantes políticos de China y Corea del Sur se encontraban frente a frente para mantener negociaciones directas. La delegación surcoreana estaba encabezada por el viceministro de Asuntos Exteriores Gong Ro-myong, lo que demostraba el interés del gobierno de Seúl. Pese a las reticencias chinas, que en un principio propusieron que en el acuerdo final constara únicamente como firmantes a las autoridades aéreas de los dos países, los surcoreanos se impusieron y finalmente los negociadores chinos aceptaron firmar el documento donde constaba el título de “República de Corea” como la otra parte del acuerdo, lo que conllevaba un reconocimiento implícito de este estado por parte de Pekín.¹¹ Incluso la negativa surcoreana de extraditar a los seis secuestradores no impidió que el caso se resolviera rápidamente y el 10 de mayo ambos países acordaban colaborar en un futuro en caso de emergencias similares, lo que equivalía en la práctica al establecimiento de contactos oficiales entre los dos gobiernos.¹² Sin embargo, el efusivo recibimiento a la delegación china por parte de las autoridades surcoreanas incomodó ciertamente al régimen de Pekín, que se vio en la obligación de hacer pública una declaración oficial donde señalaba que la presencia de representantes de la RPCh en territorio surcoreano no debía ser interpretado como un cambio en el firme apoyo chino a la RPDC.¹³

No obstante, fueron factores involuntarios como el secuestro del avión los que facilitaron, junto con los intereses económicos, un acercamiento entre Pekín y Seúl. En agosto de 1983, pocos meses después del secuestro del avión de línea regular, un piloto de pruebas chino desertó a Corea del Sur con su aparato, un avión de combate A-5 (versión china y mejorada del caza soviético MiG-21), la joya de la corona de la fuerza aérea china. Seúl decidió autorizar el exilio del piloto a Taiwán pero solicitó negociar con las autoridades chinas la devolución del avión. Aunque finalmente no hubo

¹⁰ B.C. Koh, *op. cit.*, p. 275.

¹¹ Byong-moo Hwang, “The Evolution of ROK-PRC Relations: Retrospects and Prospects” en *The Journal of East Asian Affairs*, invierno-primavera de 1991, vol. 5, n° 1, p. 31.

¹² Hak-joon Kim, *Korea's Relations with Her Neighbors in a Changing World*, 1993, p. 513.

¹³ Joyce Kallgren, “China in 1983: The Turmoil of Modernization” en *Asian Survey*, enero de 1984, vol. 24, n° 1, p. 63.

negociaciones directas entre los dos gobiernos, el surcoreano tuvo el gesto de devolver con celeridad el aparato a China.¹⁴

Más importante fue el incidente ocurrido el 22 de marzo de 1985, cuando la flota surcoreana apresó a un torpedero chino en sus aguas territoriales del Mar Amarillo. El navío, sin combustible, se había extraviado tras un motín provocado por dos marineros que había causado seis muertos (entre ellos el capitán) y diversos heridos entre los 19 miembros de la tripulación. Una vez descubierto por las fuerzas armadas de Seúl, el barco fue trasladado al puerto de Kunsan, en la costa occidental de Corea, donde la tripulación fue retenida siguiendo las leyes internacionales y los heridos recibieron asistencia médica.

Para complicar la situación, Pekín ordenó el envío de una flotilla a aguas de la República de Corea en busca del torpedero, provocando el despliegue de unidades aéreas y marítimas del ejército surcoreano y elevando la tensión en la zona. Para evitar una escalada de la tensión, Washington decidió intervenir como intermediario y logró la retirada de los tres barcos de guerra chinos situados frente la costa surcoreana y procedió a organizar un encuentro entre las dos partes para solucionar el problema.¹⁵ Se establecieron negociaciones en Hong Kong entre una delegación surcoreana encabezada por su cónsul en dicha ciudad y una china representada por Xu Jiatur, director de la oficina de la agencia oficial china de noticias Xinhua en la colonia británica y miembro del PCCh. Por segunda vez en menos de dos años, los gobiernos de Pekín y Seúl entraban de nuevo en contacto directo. El día 26 las dos partes firmaban un memorándum donde la RPCh se disculpaba oficialmente por haber violado las aguas territoriales de Corea del Sur (exigencia impuesta por Seúl como condición *sine qua non*) y agradecía la ayuda prestada por Seúl a la tripulación del torpedero, el cual era devuelto junto a los trece marineros, amotinados incluidos, a su país de origen.

Todos estos incidentes permitieron a chinos y surcoreanos establecer contactos de alto nivel. Además, Seúl actuó con gran habilidad y tacto en los diferentes incidentes. Aparte de contribuir a una rápida solución de los mismos, en 1983 los pasajeros del avión secuestrado fueron tratados con suma cortesía y atención mientras que en 1985 no se procedió a interrogar a la tripulación del navío apresado.¹⁶ La buena disposición de

¹⁴ Chae-Jin Lee, *China and Korea: Dynamic Relations*, 1996, p. 108.

¹⁵ Don Oberdorfer, *The Two Koreas: A Contemporary History*, 2001, p. 241. Conviene señalar que ya en el incidente de 1983 el gobierno norteamericano había intervenido de manera discreta para facilitar la comunicación entre chinos y surcoreanos.

¹⁶ B.C. Koh, *op. cit.*, p. 278.

Seúl en los diferentes casos y su destreza en el terreno diplomático fueron apreciadas por Pekín, que se sorprendió gratamente por la significativa sintonía entre los respectivos representantes, alterando progresivamente la visión negativa que entre la cúpula dirigente china tenían del gobierno de Corea del Sur.

La mejor prueba de la creciente mejora en las relaciones sino-surcoreanas a lo largo de la segunda mitad de los ochenta nos la muestra el comercio bilateral. En 1985, el volumen comercial entre los dos países se sitúa en 1161 millones de dólares y supera por primera vez al de China y Corea del Norte, aumentando en los años siguientes hasta alcanzar 3143 en 1989 (véase tabla 8, página 321). Además, dicha relación comercial se diversifica y, por ejemplo, en 1987 se inician las importaciones surcoreanas de crudo chino. De hecho, los recursos energéticos se habían convertido desde el primer momento en uno de los elementos clave del comercio sino-surcoreano pero hasta la fecha se habían centrado sobretudo en el carbón, donde las exportaciones chinas a Corea del Sur no habían parado de crecer desde 1979. No obstante, la necesidad más urgente era el petróleo ya que desde los años sesenta, con el desarrollo industrial, el crudo pasó a ser la mayor necesidad energética de la República de Corea. La mejora de la industria petrolífera china en los años ochenta y la cada vez más inestable situación en Oriente Medio conllevaron un acercamiento entre los dos países en este sector y el crudo chino pasó de representar el 0,3% de las importaciones totales de petróleo de Corea del Sur en 1987 a ser del 3% en 1994.¹⁷ La cooperación se extiende incluso a áreas tan importantes para los chinos como es el de la tecnología. Así se explica que Corea del Sur se convirtiera en 1986 en el séptimo socio comercial en importancia de Pekín y dos años más tarde pasase a ocupar la sexta plaza.¹⁸

El hecho que mejor simboliza esta mejora de las relaciones entre Pekín y Seúl es, sin embargo, un acontecimiento deportivo. En septiembre de 1988 tienen lugar en Seúl los XXIV Juegos Olímpicos. La RPCh, como la Unión Soviética, participa en ellos pese al boicot promovido por Pyongyang. En la capital surcoreana, los atletas chinos se alzan con numerosas medallas y la delegación es acogida con gran entusiasmo, cambiándose la percepción que muchos surcoreanos tenían de la China comunista. Además, los Juegos son un escaparate ideal para la promoción de Corea del Sur, que se granjea las simpatías de numerosos países del Tercer Mundo y del bloque comunista.

¹⁷ Hong Pyo Lee, "South Korea's Energy Relations with the People's Republic of China: Trends and Prospects" en *Korea and World Affairs*, invierno de 1995, vol. 19, nº 5, p. 657.

¹⁸ Jae Ho Chung, "Sino-South Korean Economic Cooperation: An Analysis of Domestic and Foreign Entanglements" en *Journal of Northeast Asian Studies*, verano de 1990, vol. 9, nº 2, p. 60.

Los efectos de los Juegos Olímpicos son significativos. Incluso antes de su celebración, en julio de 1988 se autoriza a los ciudadanos de la República de Corea a viajar a la RPCh.¹⁹ En los meses siguientes el acercamiento entre los dos países continúa. A mediados de octubre, por ejemplo, Seúl es invitada a participar en una reunión comercial en Cantón y a comienzos de mayo de 1989 es el ministro de Finanzas surcoreano quien asiste a la asamblea general del Banco Asiático del Desarrollo celebrada en Pekín.²⁰ Por otro lado, en junio se autoriza el comercio directo entre los puertos surcoreanos de Inchon y Pusan y los chinos de Shanghai, Tianjin y Dairen, mientras que dos meses más tarde se establece un puente regular de dos vuelos semanales entre Shanghai y Seúl.²¹

Es indudable que a finales de los años ochenta, las relaciones sino-surcoreanas habían experimentado un notable avance y que la política china de “una sola Corea”, defendida desde 1949, no había hecho sino erosionarse desde comienzos de la década. El propio primer ministro Zhao Ziyang, quien dos años antes había tenido su primer encuentro con su homólogo surcoreano en el marco de una reunión de Naciones Unidas en Nueva York,²² declaraba en julio de 1987 que no era posible ignorar por más tiempo la realidad de Corea del Sur y en especial su potencial económico.²³ No obstante, una serie de factores frenaban la normalización definitiva de relaciones, esto es, el reconocimiento diplomático mutuo, y se encontraban sobretudo en el lado chino. Mientras que Seúl buscaba desde hacía tiempo establecer relaciones políticas al más alto nivel, en Pekín existían todavía recelos a la hora de dar este paso.

Los principales líderes chinos habían expresado públicamente desde 1987 su interés en formalizar un comercio directo entre la RPCh y Corea del Sur²⁴ pero existía una gran resistencia en el seno del régimen comunista a ir más allá. El reconocimiento oficial tropezaba con la hostilidad manifiesta de los sectores más conservadores del PCCh, contrarios a cualquier cambio en la política china hacia la península de Corea,

¹⁹ *Ibid.*, p. 62.

²⁰ Hak-joon Kim, “The Establishment of South Korean-Chinese Diplomatic Relations: A South Korean Perspective” en *Journal of Northeast Asian Studies*, verano de 1994, vol. 13, nº 2, p. 37.

²¹ B. Hwang, *op. cit.*, p. 39.

²² El encuentro, que tuvo lugar en octubre de 1985, se limitó a un cortés intercambio de saluciones entre los dos dirigentes durante una recepción ofrecida por el presidente Ronald Reagan. Fue el primer ministro de Corea del Sur Lho Shin Young quien se presentó a Zhao y éste en ningún momento hizo gesto alguno de evitarle.

²³ Ipyong J. Kim, “China and the Two Koreas in the Post-Cold War World” en *Korea Observer*, primavera de 1995, vol. 26, nº 1, p. 11-12.

²⁴ Edward K.Y. Chen y Thomas M.H. Chan, “China-South Korea Techno-Economic Cooperation: Present Status and Future Prospects” en *The Korean Journal of International Studies*, otoño de 1988, vol. 19, nº 4, p. 501.

pero también de un pequeño grupo de cuadros del ministerio de Asuntos Exteriores y sobretodo de una parte significativa de la cúpula del Ejército Popular de Liberación (EPL, fuerzas armadas chinas), donde muchos de sus integrantes eran veteranos de la Guerra de Corea y mantenían estrechas relaciones con sus correligionarios norcoreanos. Aunque su peso en la política exterior china había disminuido ostensiblemente desde 1978, los militares continuaban ejerciendo una influencia notable en la política coreana de Pekín y habían contribuido hasta la fecha a frenar cualquier intento serio de alterarla. Además, la matanza de los estudiantes en Tiananmen en 1989 supuso un refuerzo de las posiciones conservadoras en la dirección del país y un regreso temporal de la influencia del EPL en el sistema político nacional, lo que alejó cualquier posibilidad de un reconocimiento oficial chino de la República de Corea en esta época.

Otro de los argumentos del sector conservador eran las consecuencias imprevisibles que tendría en la alianza entre Pekín y Pyongyang la decisión de establecer relaciones diplomáticas con Seúl. Precisamente, el principal elemento en contra de esta última era sin duda Corea del Norte. La necesidad de preservar las cordiales relaciones con Kim Il Sung era una prioridad para Deng y sus camaradas del PCCh. Los dos regímenes marxistas asiáticos habían experimentado momentos de fuerte distanciamiento desde 1978 y una acción semejante difícilmente sería comprendida por el PTC. Sin duda, debilitaría la influencia china en Pyongyang y favorecería un acercamiento de éste a la Unión Soviética, lo que debilitaría la posición de Pekín en el nordeste de Asia frente a su gran rival comunista.

Un último elemento a tener en cuenta era el impacto que tendría un reconocimiento de Seúl en la política de Pekín hacia Taiwán, un tema extremadamente sensible para los chinos. Si el PCCh aceptaba la política de las “dos Coreas”, esto es, el reconocimiento de dos estados en la península coreana, ello podría minar su política de “una sola China” defendida con vehemencia desde 1949. Aunque desde los años setenta la posición de Taipei en la escena internacional se había ido debilitando, un cambio en la postura hacia Corea podría dar argumentos a aquellos políticos que desde la isla “rebelde” rechazaban las pretensiones de Pekín sobre la misma y justificar de este modo la puesta en marcha de una campaña a favor de la existencia de “dos Chinas”.

La consecuencia de estas reticencias será la puesta en práctica por Pekín a lo largo de estos años de una estrategia dual consistente en beneficiarse del cada vez más importante comercio con Seúl y preservar al mismo tiempo las relaciones políticas con Pyongyang. El objetivo será separar la política de la economía en sus relaciones con

Seúl, controlando de esta forma la intensidad y la velocidad de la cooperación bilateral. En realidad, sin embargo, los chinos practicarán ya en esta época una política de las “dos Coreas” mediante una “diplomacia económica” aunque oficialmente se mantendrá todavía la política de “una sola Corea” heredada del maoísmo.

El precedente soviético

Es indudable que en el proceso de normalización diplomática entre Seúl y Pekín, que culminará en 1992, jugó un papel determinante la decisión de la URSS de establecer relaciones oficiales con la República de Corea en septiembre de 1990. El hecho de que Moscú, referente ideológico y principal suministrador de la ayuda a la RPDC, cambiara su política hacia la península coreana tuvo un profundo efecto en la nueva política que Pekín estaba diseñando hacia Corea y le convenció definitivamente de la necesidad de dar el último paso para el reconocimiento oficial de Seúl.

Como la RPCh, la Unión Soviética siempre reconoció a la RPDC como el único gobierno legítimo de la península coreana a partir de 1948 y rechazó cualquier posibilidad de acuerdo con el estado nacido al sur del paralelo 38. Las relaciones soviético-surcoreanas se caracterizaron hasta finales de los años sesenta por la hostilidad y la ausencia de contactos. Respaldando la opinión de Pyongyang, el Kremlin consideraba a Seúl un simple títere de Washington destinado a desaparecer más pronto o más tarde. Al igual que los chinos, los soviéticos solicitaban con frecuencia el fin de la presencia militar norteamericana en ese país, apoyando de esta forma los argumentos de la política intercoreana de Kim Il Sung.

Con la entrada en la década de los setenta, sin embargo, Moscú empezó a moderar su actitud hostil hacia la República de Corea y desde 1973, aunque de manera restringida, autorizó la visita no oficial a la URSS de artistas, deportistas, periodistas e incluso de funcionarios del gobierno de Seúl pese a las protestas del régimen norcoreano. En agosto de ese mismo año, los embajadores surcoreano y soviético en EE.UU. mantuvieron un primer encuentro donde analizaron la cuestión de la entrada de la República de Corea en la Organización de las Naciones Unidas (ONU) aunque sin alcanzar acuerdo alguno.²⁵ Sin embargo, los ataques conjuntos de Pekín y Pyongyang

²⁵ Tae-Hwan Kwak, “Recent Soviet Policy toward the Two Koreas: Trends and Prospects” en *Korea and World Affairs*, verano de 1979, vol. 3, n° 2, p. 202-203; Manwoo Lee, “The Prospects for Normalization of Relations between Moscow and Seoul” en *Korea and World Affairs*, primavera de 1980, vol. 4, n° 1, p. 129.

como respuesta a estos contactos preocuparon al Kremlin y debilitaron su posición en Asia del Nordeste, forzándole a moderar su acercamiento a Corea del Sur.²⁶

Los soviéticos mostraron, sin embargo, un gran interés en mejorar sus relaciones con Corea del Sur. La percepción que se tenía de esta última como un sistema político destinado a desaparecer en un futuro no muy lejano había ido cambiando gracias sobretudo al importante desarrollo económico e industrial experimentado por este país desde finales de los sesenta.²⁷ Como en el caso chino, diversos incidentes involuntarios conllevaron el contacto directo entre representantes de los dos gobiernos. Por ejemplo, en 1978 Moscú autorizó el aterrizaje forzoso de un avión de pasajeros de Korean Airlines (KAL, líneas aéreas surcoreanas) en territorio soviético tras haber entrado en su espacio aéreo. La rápida y discreta resolución del caso fue agradecida públicamente por el gobierno surcoreano.²⁸ A lo largo de estos años se incrementaron los contactos pero éstos estarán centrados sobretudo en el ámbito cultural.

Al igual que con China, pese a los grandes esfuerzos realizados por el régimen militar de Seúl, las relaciones entre surcoreanos y soviéticos no se empezaron a estrechar de manera significativa hasta la segunda mitad de los años ochenta, una vez que Mijail Gorbachev se hubo aupado al cargo de secretario general del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) en 1985, iniciando poco después su programa de reformas. Sin embargo, las causas del freno al acercamiento soviético-surcoreano impulsado en los setenta son por lo general muy diferentes del caso chino. En primer lugar, a finales de dicha década se entra en un período de malas relaciones entre EE.UU. y la Unión Soviética, afectadas sobretudo por la invasión de Afganistán por el Ejército Rojo, y esta circunstancia tiene sus repercusiones en la escena internacional. El refuerzo del apoyo de Moscú a Corea del Norte y la estrecha alianza entre Seúl y Washington dificultan cualquier acercamiento entre soviéticos y surcoreanos. En segundo lugar, el Kremlin sigue dominado por la vieja guardia hasta mediados de los ochenta, muy reacia a cualquier cambio significativo en su política exterior y en especial hacia el nordeste de Asia. Otro aspecto a tener en cuenta es la existencia de la RPDC que, al igual que en el caso de China, tiene una importancia estratégica y sigue siendo a ojos de Moscú un

²⁶ Young-Soo Kim, "A New Soviet Policy toward South Korea?: A Criticism and a Proposal" en *The Korean Journal of International Studies*, otoño de 1976, vol. 7, nº 4, p. 56.

²⁷ Basil Dmytryshyn, "Soviet Perceptions of South Korea" en Jae Kyu Park y Joseph M. Ha (ed.), *The Soviet Union and East Asia in the 1980s*, 1983, p. 16-18.

²⁸ Hee-young Kwon, "The Soviet Union and Divided Korea" en Il Yung Chung (ed.), *Korea and Russia toward the 21st Century*, 1992, p. 57.

aliado importante en la región. Además, la cuestión coreana juega un papel secundario en la política exterior soviética de esta época y aspectos como la reunificación de la península son dejados de lado en la visión que el PCUS tiene del nordeste de Asia frente a la alianza China-EE.UU.-Japón.²⁹ Por último, el derribo del avión de la KAL, con 269 personas a bordo, por la aviación soviética en septiembre de 1983 disparará la tensión entre los dos países y retrasará cualquier posible acercamiento en los años siguientes.

La llegada de Gorbachev al poder marca un antes y un después en las relaciones soviético-surcoreanas. Aunque en los primeros tiempos de su gobierno se reforzó el acercamiento entre la URSS y Corea del Norte impulsado desde la época de Yuri Andropov (1982-1984), la política reformista del nuevo líder soviético (*perestroika*, *glasnost*) no hizo sino alejar progresivamente a Pyongyang de la órbita del Kremlin y acercar a éste último cada vez más a Seúl. Para alcanzar su objetivo de solucionar las deficiencias de la economía soviética y del aparato del Estado y del PCUS, Gorbachev requería de una apertura hacia las naciones más desarrolladas y la existencia de un entorno político tranquilo, Asia oriental incluida. La nueva política de Gorbachev hacía hincapié en la necesidad de abandonar los antiguos enfoques marxistas-leninistas (como el enfrentamiento constante entre el socialismo y el imperialismo) en materia de relaciones internacionales, lo que sería rechazado de plano por Kim Il Sung y el PTC.

La primera muestra de la nueva orientación de la política exterior soviética en Asia tiene lugar el 28 de julio de 1986 en Vladivostok. En esta ciudad del Extremo Oriente ruso al borde del Pacífico, Gorbachev realiza un discurso que sienta las bases de la nueva política hacia los países asiáticos y anuncia su deseo de mejorar las relaciones con las naciones del nordeste de Asia, asumiendo un papel más activo en el escenario político y en la seguridad de la región. La razón, no obstante, es principalmente económica: el líder soviético busca aprovechar las ventajas que ofrece el desarrollo de Siberia y los beneficios que se obtendrían de la apertura de la región costera del Pacífico a las exportaciones y a la inversión extranjera ante la creciente importancia de la zona de Asia-Pacífico en la economía mundial.

Existía, asimismo, otro motivo de fondo para este cambio de posición: si lo comparamos con Europa se observa claramente que el poderío militar soviético no había tenido el efecto de una mayor influencia política en la región del nordeste asiático e incluso había sido contraproducente porque no había hecho sino reforzar la influencia

²⁹ Jane P. Shapiro, "Soviet Policy towards Korea and Korean Unification" en *Pacific Affairs*, otoño de 1975, vol. 48, n° 3, p. 351.

económica y política de Japón, China y EE.UU.³⁰ En otras palabras, si la URSS quería jugar un papel verdaderamente importante en la zona no bastaba con el elemento militar sino que había que contar también con el económico.

Otro elemento que contribuye al acercamiento soviético-surcoreano es la puesta en marcha a partir del 7 de julio de 1988 de la *Nordpolitik* (también llamada *Northern Policy*, la “política hacia el Norte”) por parte del presidente surcoreano Roh Tae-woo para promover una aproximación a los dos países que se encuentran al norte de la península, China y la URSS.³¹ El objetivo final es el reconocimiento mutuo, esto es, el establecimiento de relaciones diplomáticas, y contribuir de esta manera a la reunificación de Corea. Seúl tiene un objetivo geopolítico claro: obtener la garantía soviética de que Corea del Norte no atacaría a su vecina del sur. Así, el mandatario surcoreano afirma que:

“Para disminuir la tensión y asegurar la paz en la península coreana, estaríamos complacidos de considerar ayudar a Corea del Norte si intentara iniciar cualquier relación diplomática con Estados Unidos, Japón u otros países occidentales, mientras que nosotros intentaremos mejorar relaciones con la Unión Soviética, China y otros países socialistas.”³²

El acercamiento de Moscú a la República de Corea tiene su primera muestra pública en septiembre de 1988. Al igual que los deportistas chinos, los soviéticos también participan en los Juegos Olímpicos de Seúl junto con los de la Europa del Este, descartando de este modo el boicot promovido por Pyongyang, régimen que cuatro años había respaldado una acción idéntica de Moscú en las Olimpiadas de Los Ángeles y que ahora no oculta su malestar por esta decisión.

La creciente sintonía en las relaciones entre soviéticos y surcoreanos recibe un nuevo impulso con el discurso de Gorbachev en Krasnoyarsk el 16 septiembre de 1988. En esta ciudad situada en el corazón de Siberia, el líder soviético ya deja entrever sus intenciones en un momento de su declaración: “creo que, en el contexto de una mejora

³⁰ Roy Kim, “Gorbachev and the Korean Peninsula” en *Third World Quarterly*, julio de 1988, vol. 10, nº 3, p. 1271.

³¹ El término *nordpolitik* es análogo al de *ostpolitik*, enunciado por el canciller de la República Federal de Alemania (RFA) Willy Brandt a finales de los sesenta en su intento de mejorar las relaciones con los países de la Europa del Este y la Unión Soviética. El término había sido utilizado por primera vez el 29 de junio de 1983 en un discurso en Seúl del entonces ministro de Asuntos Exteriores Lee Bum-Seok, quien señaló que la tarea más importante de la diplomacia surcoreana en el futuro más cercano era la normalización de relaciones políticas con la Unión Soviética y China.

³² Young-shik Bae, “Soviet-South Korea Economic Cooperation Following Rapprochement” en *Journal of Northeast Asian Studies*, primavera de 1991, vol. 10, nº 1, p. 21.

general de la situación en la península coreana, pueden surgir oportunidades para concertar vínculos económicos con Corea del Sur”.³³

Tanto el discurso de Vladivostok como el de Krasnoyarsk suponen en la práctica una nueva declaración de principios en la política asiática de la URSS y el impulso de una nueva relación con los países del nordeste de Asia que se caracteriza por el deseo de cooperar con China, la colaboración con Japón como socio comercial de primer orden y el mantenimiento del *status quo* en Corea. La estabilidad de la región es fundamental para poder llevar a cabo los objetivos de reforma y desarrollo económico en el este de la URSS. El objetivo de Moscú en Asia consiste en reducir la presencia militar en Asia del Nordeste (incluyendo la idea de una desnuclearización de la zona), reforzar los vínculos con sus aliados y promover las relaciones con los países no socialistas, disputando de esta forma la influencia y el poder norteamericano en la región pero de manera más eficiente y discreta que el característico enfrentamiento directo de la Guerra Fría. La seguridad nacional pasa de la confrontación a la búsqueda de la estabilidad y, en el caso de Corea, evitar tensiones que lleven a un choque armado. Moscú mantiene desde 1961 un tratado con Pyongyang que le obliga a acudir en ayuda de la RPDC en caso de agresión externa contra esta última y bajo ninguna circunstancia quiere arriesgarse a una guerra en la península. Incluso si no participara, un conflicto en la zona sin duda le afectaría gravemente y no estaba dispuesta a que aquél tuviera lugar. Como los chinos, los soviéticos advierten claramente a Kim Il Sung de no provocar tensiones con su vecino del sur y que el acuerdo de 1961 no serviría si el agresor es el régimen norcoreano.

Al igual que había sucedido con China, el interés soviético por comerciar con Corea del Sur provoca un gran malestar en la RPDC. Para tranquilizar a sus aliados norcoreanos, el ministro soviético de Asuntos Exteriores Eduard Shevardnadze se desplaza a Pyongyang entre el 22 y 24 de diciembre de 1988 donde, en un ambiente de gran tensión, acepta firmar un comunicado conjunto donde la URSS señala que no piensa establecer relaciones políticas con Seúl ni proceder al establecimiento de relaciones diplomáticas y garantiza la vigencia del tratado de 1961.³⁴ No obstante, hay

³³ Seongji Woo, “Adversarial Engagement and Alliance Relations: Triangular Politics on the Korean Peninsula, 1988-1994” en *Issues & Studies*, marzo-abril de 2001, vol. 37, nº 2, p. 113.

³⁴ D. Oberdorfer, *op. cit.*, p. 204; Alexander Zhebin, “Russia and North Korea: An Emerging, Uneasy Partnership” en *Asian Survey*, agosto de 1995, vol. 35, nº 8, p. 735. En un momento determinado, Shevardnadze, cansado de la presión norcoreana, llegó a declarar ante su homólogo norcoreano Kim Yong-nam que “soy un comunista, y doy mi palabra de honor como miembro del Partido [Comunista de la Unión Soviética]: la cúpula dirigente soviética no tiene la intención y no establecerá relaciones diplomáticas con Corea del Sur.”

un elemento importante a tener en cuenta: el grupo dirigente surgido en el PCUS después de 1985 es completamente escéptico ante las teorías de Pyongyang respecto a la reunificación de la península coreana.³⁵ Aunque oficialmente Moscú respalda la posición norcoreana, en realidad los líderes soviéticos son conscientes de que la reunificación de Corea que propugna Kim Il Sung es irreal y poco menos que utópica. No en vano, han reconocido desde hace tiempo que la República de Corea ha superado a su vecina del norte en desarrollo económico y en diplomacia internacional.

El factor económico jugará precisamente un papel determinante en el acercamiento entre la URSS y Corea del Sur, al igual que sucederá en el caso chino. No obstante, el comercio soviético-surcoreano será más tardío que el sino-surcoreano. A comienzos de los años ochenta la propaganda soviética no dudaba en atacar a China por su comercio indirecto con la República de Corea a través de Hong Kong³⁶ y rechazaba la posibilidad de que Moscú siguiera el mismo camino. Sin embargo, a partir de 1983-1984 las relaciones comerciales se incrementan sustancialmente aunque no será hasta finales de la década que aquellas experimentarán un auge importante (véase tabla 9, página siguiente), momento en que la URSS ve en la cooperación con Seúl una oportunidad para desarrollar sus reformas económicas. Entre 1988 y 1990 se produce un auténtico crecimiento de las inversiones surcoreanas en la Unión Soviética, la mayoría de las cuales se ubican en el Extremo Oriente ruso, con la manufactura, la construcción y el desarrollo de los recursos naturales como ejes centrales de dichas inversiones.³⁷ Nacen las primeras *joint ventures*, destacando aquellas impulsadas por el grupo empresarial Hyundai. El comercio surcoreano con la URSS crece casi un 106,8% en 1989 y un 48,2% el año siguiente.³⁸ La balanza comercial entre los dos países, además, es claramente favorable a la URSS hasta 1989.

A lo largo de esta época, Seúl presionó a Moscú para proceder a negociaciones que condujeran al establecimiento relaciones políticas al más alto nivel con el argumento de que las relaciones económicas no harían sino aumentar si los empresarios e inversores surcoreanos tuvieran una protección legal de acuerdo con las reglas di-

³⁵ Eugene Bazhanov y Natasha Bazhanova, "Soviet Views on North Korea: The Domestic Scene and Foreign Policy" en *Asian Survey*, diciembre de 1991 vol. 31, n° 12, p. 1129-1130.

³⁶ Peter Berton, "The Soviet Union and Korea: Perceptions, Scholarship, Propaganda" en *Journal of Northeast Asian Studies*, primavera de 1986, vol. 5, n° 1, p. 22.

³⁷ Choongbae Lee y Michael J. Bradshaw, "South Korean Economic Relations with Russia" en *Post-Soviet Geography and Economics*, octubre de 1997, vol. 38, n° 8, p. 464.

³⁸ Y. Bae, *op. cit.*, p. 26.

Tabla 9

Comercio de la Unión Soviética con Corea del Sur (1983-1990) (en millones de dólares)

	Exportaciones	Importaciones	Total	Balanza comercial
1983	23,0	25,0	48,0	-2,0
1984	31,1	26,2	57,3	4,9
1985	53,3	59,7	113,0	-6,4
1986	63,9	49,9	113,8	14,0
1987	97,0	67,2	164,2	29,8
1988	178,3	111,6	289,9	66,7
1989	391,7	207,7	599,4	184,0
1990	370,3	518,8	889,1	-148,5
1983-1990	1208,6	1066,1	2274,7	142,5

Fuentes: Byung-joon Ahn, “South Korean-Soviet Relations: Issues and Prospects” en *Korea and World Affairs*, invierno de 1990, vol. 14, n° 4, p. 680; Young-shik Bae, “Soviet-South Korea Economic Cooperation Following Rapprochement” en *Journal of Northeast Asian Studies*, primavera de 1991, vol. 10, n° 1, p. 26; Dae-Ho Byun, *North Korea’s Foreign Policy: The Juche Ideology and the Challenge of Gorbachev’s New Thinking*, 1991, p. 207.

plomáticas internacionales.³⁹ Como Pekín, Moscú intentó separar las relaciones políticas de las económicas, dando prioridad a estas últimas para no irritar a su aliado norcoreano.

Aunque el Kremlin no se decidirá todavía a dar este paso, la importancia del comercio bilateral lleva a los soviéticos y los surcoreanos a abrir oficinas comerciales (que hacen de embajadas no oficiales) en abril y en julio de 1989 respectivamente. Esta decisión de Moscú precede incluso a la de Pekín pese a que sus contactos económicos con Corea del Sur habían sido más tardíos. Como sucederá en el caso chino, de las relaciones económicas indirectas se pasará a las relaciones económicas directas y después a las relaciones políticas oficiales.

No obstante, el acercamiento definitivo entre Seúl y Moscú se verá favorecida por los acontecimientos en la escena internacional. En primer lugar, la caída de los regímenes comunistas del Pacto de Varsovia conlleva el reconocimiento diplomático de la República de Corea por Hungría (febrero de 1989), Polonia (un mes más tarde), etc. pese a las protestas del gobierno de Pyongyang. En la primavera de 1990 Seúl ha establecido relaciones diplomáticas plenas con casi todas las naciones de la Europa del Este.⁴⁰

En el escenario asiático los cambios también son muy importantes. En el mismo año de 1989 Moscú se retira de Afganistán, donde ha librado una dura guerra durante casi una década, y contribuye a la solución del conflicto camboyano ejerciendo presión sobre su aliado vietnamita. Las relaciones con el poderoso vecino chino han mejorado considerablemente y han permitido la histórica visita de Gorbachev a Pekín en mayo. En el caso de Mongolia, los soviéticos anuncian que en 1990 se habrá completado el regreso a la URSS de todas las tropas del Ejército Rojo estacionadas en aquel país. La importancia geopolítica de la RPDC, por tanto, ha disminuido para Moscú que percibe a aquella más como un vecino que como un aliado. Para el Kremlin, la cuestión coreana pasa a ser considerada un asunto a resolver principalmente mediante un diálogo entre las dos Coreas.⁴¹

³⁹ Peggy Falkenheim Meyer, "Gorbachev and Post-Gorbachev Policy toward the Korean Peninsula: The Impact of Changing Russian Perceptions" en *Asian Survey*, agosto de 1992, vol. 32, nº 8, p. 761.

⁴⁰ La única nación con la que no se establecieron este tipo de relaciones fue la República Democrática Alemana (RDA) porque en 1990 se hallaba en pleno proceso de negociación para su reunificación con su hermana del oeste, la República Federal de Alemania (RFA), a la que Seúl había reconocido hacía décadas.

⁴¹ Byung-joon Ahn, "South Korean-Soviet Relations: Issues and Prospects" en *Korea and World Affairs*, invierno de 1990, vol. 14, nº 4, p. 673.

En el caso específico de Corea del Sur, la transición política hacia la democracia y la celebración de elecciones libres en 1987 había dejado una muy buena impresión en el Kremlin.⁴² El advenimiento de la democracia en Seúl trajo consigo un cambio en las relaciones con EE.UU. y la adopción de una mayor autonomía en política exterior. Los soviéticos observan que, contrariamente a la propaganda norcoreana, la República de Corea no es una colonia de Washington. El deseo surcoreano de normalizar sus relaciones con la URSS es apreciado en el PCUS, al igual que el pragmatismo de la diplomacia del gobierno de Roh y su apoyo a la reducción de la tensión en la península coreana.

En cambio, la relación con Pyongyang no había hecho sino deteriorarse desde 1986-1987. En su encuentro de octubre de 1986, Kim Il Sung y Gorbachev ya habían discrepado seriamente sobre la situación en Corea y en la escena internacional, defendiendo el primero sus argumentos con las típicas tesis del mejor período de la Guerra Fría, como la acusación a Seúl de títere del imperialismo norteamericano.⁴³ La coexistencia pacífica de Gorbachev, donde surgen aspectos como la cooperación económica y política con Occidente, es contestada directamente por Kim que defiende la lucha contra el imperialismo como el valor más importante a preservar del socialismo junto con la extensión de la lucha revolucionaria en el Tercer Mundo.

Aparte de la nula simpatía de Moscú hacia el culto a la personalidad existente en la RPDC, la negativa del presidente norcoreano a impulsar reformas económicas en su país también le granjea duras críticas de los soviéticos, que tienen numerosos problemas internos y que cada vez se muestran menos dispuestos a incrementar su ayuda a Corea del Norte ni a perdonarle el retraso en el pago de la misma.⁴⁴ Como en el caso de Deng Xiaoping, Pyongyang muestra oficialmente su respaldo a las reformas de Gorbachev, consciente de la necesidad de preservar las relaciones con este último para continuar beneficiándose de la ayuda económica y militar de Moscú, pero señala que aquellas sólo se circunscriben a la URSS y defiende su propio modelo.⁴⁵ Al igual que había sucedido anteriormente con las reformas en China, la adopción de la nueva política del Kremlin implicaría abandonar la mayor parte de los principios fundamentales del *Juche* como la

⁴² Hak-joon Kim, "The Process Leading to the Establishment of Diplomatic Relations between South Korea and the Soviet Union" en *Asian Survey*, julio de 1997, vol. 37, nº 7, p. 641.

⁴³ *Ibid.*

⁴⁴ E. Bazhanov y N. Bazhanova, *op. cit.*, p. 1135.

⁴⁵ Dae-Ho Byun, *North Korea's Foreign Policy: The Juche Ideology and the Challenge of Gorbachev's New Thinking*, 1991, p. 186.

defensa de la autosuficiencia y la independencia ideológica, política, económica y de defensa. Y el máximo mandatario norcoreano no estaba dispuesto a ello. El dogmatismo de Kim le impedirá comprender la nueva realidad internacional y la crisis interna de la RPDC y su actitud provocará un gran desencanto entre los dirigentes soviéticos.

En los primeros nueve meses de 1990 los hechos se precipitan. Desde hacía dos años la diplomacia surcoreana había ido desplegando una gran actividad con los viajes a la URSS de importantes representantes del gobierno de Seúl, así como de la oposición política, y ahora empieza a recoger los frutos.⁴⁶ En abril, Moscú anuncia que no se opondrá a la entrada de Corea del Sur en Naciones Unidas.⁴⁷ El 4 de junio, tras arduas negociaciones, tiene lugar el histórico encuentro entre Roh Tae-woo y Mijail Gorbachev en San Francisco, donde ambos discuten sobre política internacional y sobre la situación en la península coreana. Los dos líderes acuerdan crear un comité de trabajo conjunto con el fin de desarrollar los intereses bilaterales.⁴⁸ La reunión es un éxito político para el presidente surcoreano, pues abre las puertas para la normalización definitiva de relaciones.

Las protestas norcoreanas ante los contactos oficiales soviético-surcoreanos no se hicieron esperar y, pese a las críticas, Moscú no se dejó intimidar por Kim Il Sung. A comienzos de septiembre Shevardnadze se trasladó a Pyongyang donde comunicó a su homólogo Kim Yong-nam que la Unión Soviética pensaba establecer relaciones diplomáticas con Seúl a partir del 1 de enero de 1991. Pese a sus esfuerzos, los norcoreanos no lograron hacer desistir al Kremlin de su decisión. De hecho, sus duros ataques verbales contra la URSS y la tensión vivida por la delegación soviética en Pyongyang fueron un aliciente para que Moscú adelantara su decisión al 30 de septiembre del presente año.⁴⁹ En dicha fecha, en un encuentro en la sede de Naciones Unidas en Nueva York, Shevardnadze y el ministro de Asuntos Exteriores surcoreano Ho Joong Choi firmaban un comunicado conjunto donde Moscú y Seúl establecían relaciones diplomáticas. Con dos años de antelación respecto a la RPCh, la Unión Soviética se convertía en la primera nación en reconocer a los dos regímenes políticos de la península coreana e instauraba oficialmente su propia política de las “dos Coreas”.

⁴⁶ Seung-Ho Joo, “South Korea’s Nordpolitik and the Soviet Union” en *The Journal of East Asian Affairs*, verano-otoño de 1993, vol. 7, nº 2, p. 420-422.

⁴⁷ Yong Soon Yim, “The Impact of the Change in Eastern Europe on the Korean Peninsula” en *Korea and World Affairs*, otoño de 1990, vol. 14, nº 3, p. 523.

⁴⁸ Y. Bae, *op. cit.*, p. 22.

⁴⁹ D. Oberdorfer, *op. cit.*, p. 217.

El establecimiento definitivo de relaciones, 1990-1992

Con la entrada en la década de los noventa, la necesidad de reconocer al gobierno de Seúl se hizo cada vez más evidente en el seno del régimen comunista chino. La República de Corea adquiriría un peso político y económico cada vez mayor en el continente asiático y los líderes del PCCh eran plenamente conscientes de ello. De hecho, desde los Juegos Olímpicos de 1988, aunque de manera más cauta que la Unión Soviética, Pekín había ido mostrando públicamente signos evidentes de una actitud mucho más abierta hacia Corea del Sur. Este país, además, se había convertido de nuevo en una democracia a partir a 1987 y optaba por defender una política exterior más independiente respecto a su principal aliado, Estados Unidos, lo que era visto con buenos ojos en el país vecino.

El acercamiento entre chinos y surcoreanos se ve favorecido sin duda también por la puesta en marcha de la *Nordpolitik* del presidente Roh a partir de 1988. Seúl era consciente de que China, junto con la URSS, tenía frontera con la península coreana y ello le otorgaba una gran importancia desde el punto de vista político. Además, no se trataba de un simple vecino sino de una de las grandes potencias mundiales e históricamente había mantenido estrechos vínculos con la nación coreana. Por otro lado, como miembro permanente del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, el reconocimiento de Pekín granjearía a Seúl un *status* internacional más elevado.⁵⁰ No hay que olvidar tampoco el aspecto geopolítico: la RPCh era un estrecho aliado del régimen de Pyongyang y tenía un tratado firmado en 1961 donde le aseguraba su ayuda en caso de agresión exterior, acuerdo que sin duda quedaría debilitado en caso de establecerse relaciones diplomáticas entre los gobiernos chino y surcoreano. Además, como estrecho aliado, Pekín ejercía una influencia notable sobre Kim Il Sung y el PTC en aspectos tan importantes como la reducción de la tensión en la península. Un último elemento a tener en cuenta, en este caso más simbólico pero de una sensibilidad especial para Seúl, es que la normalización diplomática facilitaría en un futuro la posición china en el momento de la reunificación de Corea. Desde 1988 se multiplican los viajes de emisarios del gobierno surcoreano a Pekín para ir preparando el terreno para una normalización definitiva de relaciones.

⁵⁰ H. Kim, *op. cit.*, 1994, p. 34.

Seúl, por otra parte, tuvo la habilidad de no enfrentarse directamente a China con motivo de la matanza de estudiantes en la plaza de Tiananmen en junio de 1989. Pese a una primera reacción censurando los hechos, no hubo una condena oficial de la masacre y la suave posición surcoreana en esta cuestión fue especialmente apreciada por las autoridades del PCCh.⁵¹ Corea del Sur, cuyo prestigio en la escena asiática había crecido durante los años 80, decidió asimismo desde el primer momento tomar parte en los Juegos Asiáticos que se debían celebrar en septiembre de 1990 en la capital china y no dudó en persuadir a otros dirigentes del continente de la necesidad de participar en este evento deportivo.⁵² Con ello, el gobierno de Roh agradecía el apoyo chino a los anteriores Juegos Asiáticos y a los Juegos Olímpicos, celebrados ambos en Seúl, y aprovechaba para reforzar las relaciones con Pekín.

El factor económico jugó indudablemente un papel fundamental. Los intercambios comerciales iban en aumento y la ausencia de relaciones diplomáticas conllevaba importantes limitaciones de tipo institucional que afectaban directamente a las relaciones económicas. La situación de los inversores surcoreanos en China, por ejemplo, presentaba numerosos problemas desde el punto de vista legal porque en teoría los ciudadanos de la República de Corea tenían muchas restricciones para poder trabajar en territorio chino. Ello implicaba importantes riesgos porque dichos intercambios comerciales no operaban bajo la legalidad nacional e internacional y en caso de disputa entre la parte china y la surcoreana sería difícil alcanzar una solución, lo que comportaba cierta cautela por parte de los empresarios surcoreanos a la hora de invertir en el país vecino. Además, al no existir el comercio directo, se debía recurrir a un intermediario (Hong Kong, Japón, Singapur, etc.) y los intercambios se hacían menos abiertos y, por tanto, más irregulares.

El desarrollo económico de China, por otra parte, adquiere una mayor importancia a partir de la etapa final de la Guerra Fría. Enterrada la rivalidad con la URSS, manteniendo unos vínculos relativamente cordiales con Occidente y Japón pese a casos polémicos como la matanza de Tiananmen, el factor económico y en concreto la cooperación transnacional se convierten en uno de los ejes de la política exterior de Pekín y el potencial surcoreano en este terreno no es en absoluto desdeñable. Por el contrario, pese a mantenerse parcialmente, la importancia estratégica de la RPDC experimenta una notable disminución a partir de 1988-1990.

⁵¹ X. Yi., *op. cit.*, p. 124.

⁵² H. Kim, *op. cit.*, 1994, p. 37-38.

Asimismo, China requiere de un entorno internacional tranquilo y pacífico para consolidar su programa de reformas y sin duda la península de Corea juega un papel vital en este objetivo. No hay que olvidar tampoco que Pekín había empezado a considerar desde hacía algún tiempo la necesidad de impulsar el desarrollo y la explotación de la región del Mar Amarillo, donde la colaboración con Seúl se consideraba cada vez más imprescindible para lograr la integración plena de las regiones costeras del nordeste chino a la nueva política económica. Precisamente la presión de estas provincias (Shandong y Liaoning principalmente) y de otras con una larga trayectoria de relaciones comerciales con Corea del Sur (caso, por ejemplo, de Fujian) será también motivo para un nuevo planteamiento de la política de Pekín hacia Seúl.⁵³

En el aspecto geopolítico, China mostraba desde los años ochenta un mayor interés por el nordeste de Asia y había empezado a desempeñar un papel más activo en la escena coreana como principal aliado de la RPDC. Pekín mantenía buenas relaciones con EE.UU., el principal protector de Corea del Sur, lo que le permitía hacer de intermediario en el diálogo intercoreano para una reducción de la tensión en la península. No obstante, si de verdad quería jugar un papel relevante y decisivo en la región, debería dar un paso más y establecer contactos directos y permanentes a escala oficial con Seúl. Además, lograría con ello reforzar su posición en la zona frente a su principal competidor y rival, Japón.

Políticamente hablando, la consolidación de una política de las “dos Coreas” tenía sus riesgos pero los chinos ya tenían un antecedente en el que basarse: desde su reconocimiento diplomático de la República Federal de Alemania (RFA) en octubre de 1972 hasta la desaparición de la República Democrática de Alemania (RDA) en octubre de 1990 Pekín practicó una política de las “dos Alemanias”. Indudablemente, había diferencias importantes con el caso coreano porque la RDA, a diferencia de Corea del Norte, formó parte del bando soviético desde el inicio del conflicto sino-soviético y, desde luego, carecía de la importancia geoestratégica que para China tenía el régimen de Pyongyang. Sin embargo, la política de las “dos Alemanias” le permitió adquirir una cierta experiencia en mantener relaciones oficiales con una nación dividida en dos estados ideológicamente diferentes y, al igual que en Corea, orientado el primero hacia el capitalismo y el segundo hacia el marxismo. Únicamente había que esperar el

⁵³ J.H. Chung, *op. cit.*, 1990, p. 67.

momento adecuado para que tal decisión tuviera el mínimo efecto dañino posible en las relaciones entre la RPCh y Corea del Norte.

Esta situación no tardaría en presentarse. Los inicios de la década de los noventa supusieron un punto de inflexión en las relaciones sino-surcoreanas. Al crecimiento espectacular de los intercambios comerciales desde hacía años y la necesidad de formalizar un comercio directo con Seúl se le añadieron una serie de factores que implicaron un mayor acercamiento hasta desembocar en la normalización definitiva de relaciones al más alto nivel político.

En el aspecto interno, la RPCh experimenta a partir de comienzos de los noventa la consolidación definitiva de la tercera generación de dirigentes comunistas. Más pragmáticos y menos influenciados ideológicamente en el ámbito de la política exterior que sus antecesores, su dominio del sistema político supone el apartamiento casi definitivo del sector conservador. Este hecho es importante porque los efectos de Tiananmen y el refuerzo de la posición de los conservadores en el PCCh entre 1989 y 1991 habían frenado cualquier avance en las relaciones políticas entre los dos países pero también habían tenido un impacto negativo en uno de los ejes del acercamiento sino-surcoreano como era el comercio bilateral: aunque salvo excepciones este último había ido en ascenso desde 1979, en 1989 el crecimiento había sido únicamente del 1,8% frente al 26% de 1987 y el 84% de 1988.⁵⁴ Los nuevos líderes chinos, deseosos de intensificar el programa de modernización de su país, optarían por una política más aperturista.

Diversos acontecimientos en la escena internacional contribuyeron también de manera decisiva a decidir el reconocimiento chino del gobierno de Seúl. El final de la rivalidad entre EE.UU. y la Unión Soviética puso fin a la posición intermedia de la RPCh e implicó un replanteamiento de su política exterior. Aunque seguían siendo relativamente buenas, desde los hechos de Tiananmen las relaciones entre Pekín y Washington habían empezado a deteriorarse lentamente y el acercamiento de la URSS de Mijail Gorbachev a Occidente dejaba en una situación un tanto preocupante a China, especialmente en la escena asiática donde una posible colaboración soviético-norteamericana sin duda afectaría a sus intereses.⁵⁵ Por ello, era conveniente mejorar las relaciones con aliados estratégicos de Washington en la zona y Corea del Sur era sin

⁵⁴ *Ibid.*, p. 73.

⁵⁵ Robert G. Sutter, "Changes in Eastern Europe and the Soviet Union: The Effects in China" en *Journal of Northeast Asian Studies*, verano de 1990, vol. 9, nº 2, p. 39.

duda uno de los más importantes porque jugaba un papel crucial en el sensible escenario político del nordeste de Asia.

Por otro lado, desde finales de los ochenta se había puesto fin a la rivalidad sino-soviética, el principal recurso utilizado por Kim Il Sung hasta entonces para condicionar las relaciones con Pekín y obtener así numerosas ventajas. El reconocimiento de la República de Corea por parte de la URSS en septiembre de 1990 permitió que entre norcoreanos y soviéticos se produjera un importante alejamiento y dejara a Pyongyang sin la posibilidad de recurrir a la “carta soviética” en caso de un mayor acercamiento sino-surcoreano. En palabras de un diplomático chino, “Corea del Norte está aislada y dejada al margen”.⁵⁶ El notorio declive de la influencia soviética en el seno del régimen de Kim fue aprovechado por los chinos para reforzar la suya en el país vecino. Ello le dio a Pekín una mayor libertad de acción en su política coreana y los dirigentes del PCCh no dejarían escapar esta oportunidad.

Las consecuencias no se hicieron esperar. Pese a que hacía tiempo que Seúl y Pekín deseaban dar este paso, no fue hasta el 20 de octubre de 1990 (menos de un mes después del establecimiento de relaciones diplomáticas entre soviéticos y surcoreanos) que ambos gobiernos acordaron oficialmente la creación de oficinas comerciales en las respectivas capitales y con funciones consulares.⁵⁷ Aunque en teoría el objetivo de esta acción era facilitar la situación legal de las inversiones surcoreanas en China y viceversa, en términos políticos no hacía sino poner de relieve que Pekín había adoptado ya de manera definitiva la política de las “dos Coreas”.

Los cambios en la escena internacional también permitieron a los chinos hacer una jugada maestra en su proceso de normalizar las relaciones con Seúl. Consciente de que después de haberla reconocido, la URSS no se podría oponer a la entrada de Corea del Sur en Naciones Unidas y, por tanto, Kim Il Sung no estaría en condiciones de recurrir a la solidaridad soviética en esta cuestión, Pekín decidió apoyar el ingreso de la República de Corea en la organización internacional cuando este país lo solicitó en 1991. Hasta la fecha, Pekín había respaldado a Pyongyang en su argumento de que sólo el gobierno legítimo de Corea, esto es, la RPDC, debía ser admitido en la ONU. En

⁵⁶ Zhou Borong, “The Security Situation of the Korean Peninsula in Prospect” en *Foreign Affairs Journal*, septiembre de 1990, nº 17, p. 19-20.

⁵⁷ La oficina comercial de Corea del Sur en Pekín abrió sus puertas en enero de 1991 mientras que la de China en Seúl hizo lo propio en abril siguiente. Conviene señalar que la oficina surcoreana en la capital china estaba formada por personal del ministerio de Asuntos Exteriores y disfrutaba de inmunidad diplomática.

cambio, ahora los chinos declaraban que en ningún caso utilizarían su derecho de veto a la hora de aceptar el ingreso de Seúl, lo que en la práctica obligó a los norcoreanos a cambiar su estrategia para no quedar aislados y aceptar el ingreso conjunto de las dos Coreas, acontecimiento que tuvo lugar el 17 de septiembre de 1991.

Este aspecto es importante a tener en cuenta a la hora de comprender la nueva política china hacia la península de Corea. No en vano, si lograba la entrada de ambas Coreas, la posición de Pekín en esta cuestión se flexibilizaría y, en la práctica, su política de “una sola Corea” quedaría en este caso invalidada porque no habría recurrido a su derecho de veto en el momento del ingreso de la República de Corea en la ONU. Si aceptaba esto último, estaba reconociendo de hecho la legitimidad de Seúl como gobierno de Corea pero, además, lo hacía logrando al mismo tiempo el ingreso de la RPDC, dejando en una situación comprometida a esta última. Al haber aceptado entrar en la ONU junto a Corea del Sur, Kim Il Sung y el PTC reconocían en la práctica la legalidad del estado situado al sur del paralelo 38, lo que les impedía criticar la decisión china de no vetar dicho ingreso. La RPCh había dado un paso más hacia el reconocimiento definitivo de Corea del Sur.

Los cambios en la escena internacional también afectan a la península de Corea, donde los dos estados existentes optan, al menos en apariencia, por una política de buena vecindad y colaboración que culminan con la firma el 13 y el 31 de diciembre de 1991 del Acuerdo sobre Reconciliación, No-agresión e Intercambios y Cooperación y de la Declaración Conjunta sobre la Desnuclearización de la península de Corea respectivamente.⁵⁸ Este diálogo intercoreano es apreciado en Pekín como un buen punto de partida para una relajación de la tensión en la península.

El detonante de la normalización diplomática entre Seúl y Pekín, no obstante, fue sin duda la caída de la Unión Soviética en diciembre de 1991. La pérdida de este aliado dejó al gobierno de Kim Il Sung en una situación de casi absoluta dependencia respecto a China, colocando a esta última en una situación muy ventajosa. Aunque las relaciones entre soviéticos y norcoreanos se habían enfriado notablemente desde 1990, el presidente de la RPDC siempre podría recurrir a la “carta soviética” para condicionar y frenar cualquier avance sino-surcoreano. Ahora, en cambio, esta posibilidad había desaparecido porque el nuevo gobierno ruso surgido tras la desintegración de la URSS no sólo buscó reforzar sus relaciones con Seúl sino que mantuvo una política más hostil

⁵⁸ H. Kim, *op. cit.*, 1994, p. 35.

hacia Pyongyang. Pekín se dio cuenta inmediatamente de la imposibilidad de Pyongyang de inclinarse hacia Moscú y de que se había convertido en el único aliado fiable del régimen kimilsungista.

Tras estos acontecimientos, sólo era cuestión de tiempo que chinos y surcoreanos establecieran relaciones diplomáticas. Con motivo de la entrada de la República de Corea en la ONU, su ministro de Asuntos Exteriores Lee Sang-ock se reúne por primera vez con su homólogo chino Qian Qichen en Nueva York. Desde entonces se sucede el intercambio de visitas de representantes de los dos países. En noviembre de 1991 Qian viaja a Seúl para asistir a la reunión anual de los líderes del foro de la Cooperación Económica de Asia-Pacífico (APEC en sus siglas inglesas). Aquí, el jefe de la diplomacia china señala, a propósito de una futura normalización de relaciones entre los dos países, que “cuando el agua fluye, un canal se abre” (*shuidao qucheng*).⁵⁹ Unos meses después, en abril de 1992, es el turno de Lee Sang-ock de visitar Pekín donde, con motivo de la asamblea general de la Comisión Económica y Social para Asia y el Pacífico (ESCAP en sus siglas inglesas), es recibido por Jiang Zemin, secretario general del PCCh y considerado el principal dirigente de la RPCh.

A lo largo de la primavera y la primera mitad del verano de 1992 representantes diplomáticos de ambos países fueron limando las últimas asperezas. La resistencia de la vieja guardia y de altos mandos del EPC, especialmente de aquellos que habían participado en la guerra de 1950-1953, así como de ciertos miembros del ministerio de Asuntos Exteriores, había sido anulada aunque la decisión final de impulsar las negociaciones para un reconocimiento bilateral fue tomada por Deng Xiaoping y no por Jiang, lo que demuestra que el viejo dirigente todavía seguía siendo el hombre fuerte del régimen chino.⁶⁰

Finalmente, el día 23 de agosto el ministro de Asuntos Exteriores surcoreano voló a Pekín. Al día siguiente Lee Sang-ock se reunía con Qian Qichen para anunciar el definitivo establecimiento de relaciones diplomáticas entre la República de Corea y la RPCh. Compuesto de seis artículos, el comunicado conjunto entre los dos países no hacía sino seguir el precedente de Estados Unidos y Japón, destacando el deseo de buena vecindad y cooperación y el apoyo chino a la reunificación de Corea aunque sin especificar nada más allá de que ésta tuviera lugar de manera pacífica por deseo del pueblo coreano (véase Anexo 3). Importante también era el reconocimiento surcoreano

⁵⁹ X. Yi, *op. cit.*, p. 127.

⁶⁰ S. Woo, *op. cit.*, p. 127.

de la RPCh como el único gobierno legal de China, lo que implicaba el fin de las relaciones diplomáticas entre Seúl y Taipei. Aquí la diferencia es importante: Pekín en ningún caso reconocía a Corea del Sur como el único gobierno legítimo de Corea aunque sí como uno de los dos que existían en la península. Los chinos mantendrán su alianza con la RPDC de Kim Il Sung.

La normalización con Pekín representó para Seúl el cumplimiento definitivo del gran objetivo fijado por su política exterior hacía dos décadas y el triunfo de la *Nordpolitik*. Además de la Unión Soviética, ahora lograba establecer relaciones directas con la RPCh y en el entusiasmo surcoreano de 1992 no sólo figuraban los beneficios económicos que resultarían de esta acción sino también los políticos: la República de Corea había logrado en dos años el reconocimiento de los dos grandes aliados del régimen de Pyongyang, mientras que este último todavía se mostraba incapaz de hacer lo propio con Estados Unidos y Japón. Indudablemente, el vencedor político en la rivalidad entre las dos Coreas había sido el gobierno del sur.

Para los chinos, el reconocimiento de Seúl les reportaba más ventajas que inconvenientes. En el aspecto económico, el comercio bilateral no hizo sino intensificarse (véase tabla 10, página siguiente) y diversificarse, convirtiéndose la República de Corea en el quinto socio comercial de Pekín en 1994 mientras que la RPCh ocupaba el tercer puesto en el caso de Seúl, sólo superada por EE.UU. y Japón.⁶¹ Políticamente, le granjeaba un mayor prestigio en la escena internacional y en especial en el nordeste de Asia, donde a partir de ahora se convertía en una pieza todavía más importante de las negociaciones que mantenía con las dos Coreas y Estados Unidos sobre el futuro de la península coreana. La RPCh era el único de los cuatro que mantenía relaciones diplomáticas con el resto de países. Estableciendo una relación triangular con las dos Coreas, los chinos estaban en la mejor posición para ejercer su influencia sobre ellas.

Incluso en su relación con Pyongyang, pese a verse perjudicada por la decisión de establecer relaciones al más alto nivel con Corea del Sur, mantenía todavía un grado de influencia considerable. La diplomacia china había demostrado una gran habilidad y madurez, aprovechando el momento oportuno para tomar esta decisión. En lugar de seguir inmediatamente los pasos de la URSS, resistió la tentación hasta observar que tenía prácticamente todo a su favor. La caída del sistema soviético dejó a la RPCh como

⁶¹ I.J. Kim, *op. cit.*, p. 3-4; Jang Won Suh, "South Korea-China Economic Relations: Trends and Prospects" en *Journal of Northeast Asian Studies*, invierno de 1994, vol. 13, nº 4, p. 21.

Tabla 10

**Comercio de China con Corea del Sur (1992-1997)
(en millones de dólares)**

	Exportaciones	Importaciones	Total	Balanza comercial
1992	4490	3730	8220	760
1993	5151	3929	9080	1222
1994	6090	6260	12350	-170
1995	6690	10293	16983	-3603
1996	7219	12003	19222	-4784
1997	9196	14929	24125	-5733
1992-1997	38836	51144	89980	-12308

Fuentes: Xiaoxiong Yi, "Ten Years of China-South Korea Relations and Beijing's View on Korean Reunification" en *The Journal of East Asian Affairs*, otoño-invierno de 2002, vol. 16, n° 2, p. 326.

el único aliado con el que podía contar el régimen de Kim Il Sung y su creciente crisis interna no hacía sino incrementar la dependencia de este último con Pekín. Conscientes de que los norcoreanos no tendrían otro remedio que aceptarlo, los chinos dieron el paso definitivo para normalizar sus relaciones con Seúl.

La instauración de relaciones políticas plenas con Corea del Sur también le granjeaba a Pekín importantes beneficios políticos de índole interna. El acuerdo del 24 de agosto establecía el reconocimiento surcoreano de la RPCh como la única China y confirmaba la ruptura diplomática entre la República de Corea y Taiwán, territorio que era considerado como integrante de la nación china. Este hecho era muy importante porque el gobierno de Taipei había obtenido algunos éxitos diplomáticos en los últimos años, logrando el reconocimiento de algunos países del Tercer Mundo gracias a su potencial económico y garantizando ayudas sustanciosas a estas naciones.⁶² Además, el PCCh era consciente del auge que experimentaba desde hacía un tiempo el Partido Progresista Democrático (PPD), la principal formación política de la oposición taiwanesa, en detrimento del gobernante Guomindang. Mientras que este último defendía que la isla formaba parte de la nación china como representante de la República de China, el PPD se presentaba cada vez más como un partido separatista y abogaba por la independencia de Taiwán como estado diferente de China. Si los independentistas taiwaneses se hicieran con el poder peligraría el objetivo de una futura reunificación entre la madre patria y la isla, dinamitando de esta forma la política de “un país, dos sistemas” impulsada por Deng Xiaoping desde hacía más de una década. Para evitar este escenario, no sólo era necesario la amenaza militar sino que era imprescindible también incrementar el aislamiento internacional de Taipei para reducir cualquier posibilidad de un apoyo externo a las eventuales reivindicaciones independentistas por parte de Taiwán.

Con la normalización diplomática con la República de Corea, las autoridades de Pekín asestaban un duro golpe a Taipei, gobierno que perdía a su aliado más importante en Asia oriental. Las autoridades de este país eran conscientes del acercamiento entre chinos y surcoreanos desde hacía tiempo, calificando irónicamente a Corea del Sur de “anticomunista y procomunista a la vez” (*nanhan fangong ye jiaogong*), pero habían intentado contentarle incrementando su comercio bilateral que en 1989 alcanzaba un volumen muy cercano al sino-surcoreano.⁶³ Los taiwaneses se sintieron traicionados por

⁶² Hong Liu, “The Sino-South Korean Normalization: A Triangular Explanation” en *Asian Survey*, noviembre de 1993, vol. 33, n° 11, p. 1089.

⁶³ J.H. Chung, *op. cit.*, 1990, p. 70-71.

Seúl, no tanto por el reconocimiento de la RPCh en sí, que sólo era cuestión de tiempo, sino por la forma en que aquél tuvo lugar. No fueron oficialmente informados de la decisión de Seúl hasta cuatro días antes del establecimiento de las relaciones diplomáticas con China. La respuesta de Taipei fue cortar las relaciones con la República de Corea el 22 de agosto y congelar las importaciones procedentes de este país.⁶⁴ Para Taiwán, la ruptura oficial de las relaciones diplomáticas con Seúl fue sin duda el golpe más duro recibido por su política exterior durante la década de los noventa.

La nueva política exterior china hacia la península de Corea

El factor norcoreano y la reacción de Pyongyang a la normalización diplomática sino-surcoreana

El establecimiento de relaciones diplomáticas plenas entre Seúl y Pekín fue un golpe político y moral muy duro para el régimen de Pyongyang. Por segunda vez en dos años, el gobierno surcoreano lograba un nuevo e importante triunfo en la escena internacional y Kim Il Sung veía como su sueño de reunificar la península de Corea bajo un sistema marxista no hacía sino truncarse definitivamente.

Durante los años ochenta y principios de los noventa el factor norcoreano fue el principal motivo que retrasó el reconocimiento oficial entre la RPCh y Corea del Sur. La alianza con Pyongyang, así como el deseo de evitar que el presidente norcoreano se decantara por la URSS, obligaron a los chinos a ir con cautela en sus relaciones con Seúl y a frenar su deseo de estrechar los lazos con este país. Un ejemplo fue la disminución temporal del comercio indirecto entre China y Corea del Sur después de la visita de Deng Xiaoping y Hu Yaobang a Pyongyang en abril de 1982, con el fin de satisfacer las quejas del dirigente norcoreano por los crecientes contactos entre Pekín y Seúl.⁶⁵ Un caso similar ocurrió en 1986 (véase tabla 8, página 321) y, como hecho simbólico, los chinos pusieron fin temporalmente a la *joint venture* impulsada por la compañía surcoreana Daewoo unos años antes en la provincia de Fujian.⁶⁶

⁶⁴ Woosang Kim, "South Korea's Diplomatic Normalization with China and Its Impact on Old Ties between South Korea and Taiwan" en *The Journal of East Asian Affairs*, verano-otoño de 1993, vol. 7, nº 2, p. 373; Hong Yung Lee, "South Korea in 1992: A Turning Point in Democratization" en *Asian Survey*, enero de 1993, vol. 33, nº 1, p. 41.

⁶⁵ Chin-wee Chung, "North Korea in the Sino-Soviet Dispute" en *Journal of Northeast Asian Studies*, septiembre de 1983, vol. 2, nº 3, p. 73.

⁶⁶ J.H. Chung, *op. cit.*, 1988, p. 1038.

Durante años Pekín se opuso a la presencia de representación gubernamental surcoreana en territorio chino, incluso en aspectos tan importantes como el económico. Aunque a finales de los ochenta esta política se había moderado, el PCCh se resistía a dar el paso necesario para fortalecer el intercambio bilateral y se negó en 1988 a que Seúl abriera una oficina comercial en la capital china aunque autorizó que lo hiciera en la de la provincia de Shandong, Yantai. Los surcoreanos, cuyo objetivo era instalarla en Pekín, rechazaron de plano esta propuesta.⁶⁷

Los contactos sino-surcoreanos habían despertado siempre los recelos en Pyongyang, que creía amenazados sus intereses. El incidente del avión secuestrado y desviado a Corea del Sur en mayo de 1983 y la posterior negociación entre Seúl y Pekín es una buena muestra de ello. El 20 de mayo, menos de dos semanas después de la resolución del caso, Wu Xueqian, el ministro chino de Asuntos Exteriores, se trasladó a Pyongyang donde permaneció cinco días. La razón del viaje era tranquilizar a Kim Il Sung y al PTC de que el viaje de Shen Tu, director de la Administración de Aviación Civil de la RPCh a la capital surcoreana, tuvo como único objetivo ayudar a la negociación para el regreso de los tripulantes y pasajeros del aparato secuestrado y no implicaba cambio alguno en la política china hacia la península de Corea.⁶⁸ El número relativamente alto de días de estancia en la capital norcoreana del representante chino para una visita de este tipo demuestra que las cosas no debieron ser fáciles y que la cúpula del PTC se mostraba muy nerviosa ante cualquier posibilidad de una nueva orientación de la política coreana del PCCh.

Este último aspecto era especialmente importante para Pyongyang. Aunque el secretario general del PCCh Hu Yaobang había señalado en noviembre de 1984 que el progreso de las relaciones sino-surcoreanas “dependería de cómo las cosas se desarrollarían entre Corea del Norte y Corea del Sur”,⁶⁹ Kim Il Sung temía que los crecientes contactos entre su vecino del sur y su aliado principal repercutieran en los intereses políticos de la RPDC. Ejemplos de esta preocupación fueron la participación china en los Juegos Asiáticos de 1986 y en los Juegos Olímpicos de 1988, ambos celebrados en Seúl. Aunque no dejaban de ser acontecimientos deportivos, mostraban que la solidaridad de Pekín con su aliado comunista se estaba debilitando seriamente. Además, a partir de finales de los ochenta los contactos se estrechan entre chinos y surcoreanos.

⁶⁷ J.H. Chung, *op. cit.*, 1990, p. 63.

⁶⁸ C. Chung, *op. cit.*, p. 73.

⁶⁹ Jonathan D. Pollack, “U.S.-Korea Relations: The China Factor” en *Journal of Northeast Asian Studies*, otoño de 1985, vol. 4, n° 3, p. 19.

Para Pyongyang, la primera muestra clara del definitivo cambio de actitud de la RPCh hacia Corea del Sur tuvo lugar el 20 de octubre de 1990 con el establecimiento por estos dos países de oficinas comerciales con funciones consulares en las capitales respectivas. A Kim Il Sung y al PTC no se les escapaba que este hecho tenía lugar sólo tres semanas después de la normalización diplomática soviético-surcoreana pero también sólo un mes más tarde del encuentro del presidente norcoreano con Deng Xiaoping y Jiang Zemin en la ciudad china de Shenyang, donde el primero había pedido a sus anfitriones que no fueran más allá en su política hacia Seúl, temiendo que Pekín no hiciera sino seguir los pasos de Moscú.⁷⁰

Si a los norcoreanos les quedaba todavía alguna duda sobre la nueva política china hacia Corea, aquella desapareció con la visita de cuatro días de Li Peng a Pyongyang a comienzos de mayo de 1991. Reunidos el día 4, el primer ministro chino dejó claro ante Kim Il Sung que Pekín no se opondría ni ejercería su derecho de veto en caso de una solicitud de la República de Corea para ingresar en la ONU.⁷¹ Esta situación dejaba en una posición complicada al régimen de Kim porque truncaba su objetivo de un futuro ingreso de una Corea unificada (evidentemente bajo un gobierno comunista) y le aislaba todavía más en el escenario internacional. Consciente de su débil situación, Pyongyang no tuvo más remedio que cambiar la política seguida hasta entonces y el 26 de mayo, poco después de la visita de Li, anunciaba su deseo de solicitar el ingreso de la RPDC en Naciones Unidas. Los norcoreanos sintieron que habían sido derrotados por los surcoreanos porque éstos llevaban décadas intentando promover el ingreso de las dos Coreas en la organización internacional, mientras que Pyongyang se había negado siempre aduciendo que era un intento de Seúl de perpetuar la división nacional y adquirir mayor relevancia internacional.

Es indudable que la posición norcoreana en 1991-1992 era muy preocupante. En todo caso, Pyongyang no estaba en condiciones de disuadir a Pekín en su objetivo de establecer relaciones diplomáticas con Seúl. Durante su visita a la RPCh en octubre de 1991, sólo un mes más tarde de la admisión de las dos Coreas en la ONU, Kim Il Sung solicitó a los dirigentes chinos que no fueran mucho más allá y que no reconocieran a Seúl antes de que las conversaciones que la RPDC mantenía con Japón no culminaran con éxito. Mientras que en anteriores solicitudes similares el presidente norcoreano

⁷⁰ D. Oberdorfer, *op. cit.*, p. 219-220.

⁷¹ Byung-joon Ahn, "Prospects for Sino-South Korean Relations: A Korean Perspective" en *The Journal of East Asian Affairs*, invierno-primavera de 1992, vol. 6, nº 1, p. 56.

había recibido reconfortantes muestras de apoyo, la respuesta de Deng y Jiang en esta ocasión fue una simple sonrisa en los labios.⁷² Políticamente hablando, en la que sería su última visita oficial a la RPCh, Kim se marchó únicamente con la simple retórica china de apoyo a Corea del Norte.

Kim Il Sung y el PTC se sintieron traicionados cuando el 24 de agosto de 1992 Pekín y Seúl anunciaron el reconocimiento mutuo. Aunque era sólo cuestión de tiempo que ello se produjera, el enfado de los norcoreanos era evidente aunque estos últimos no podían alegar un desconocimiento. El gobierno de la RPCh en ningún momento consultó a Pyongyang la normalización de sus relaciones con el gobierno surcoreano pero le fue informando a lo largo del proceso. En este aspecto, los chinos fueron con mucho más tacto que los soviéticos, conscientes de que desde 1989-1990 el aislamiento interna-cional del régimen norcoreano era cada vez mayor y que este hecho no era precisamente un elemento a favor de la paz y la estabilidad en Corea. A diferencia del Kremlin, cuyas opiniones sobre la situación de la península se hicieron cada vez más independientes y alejadas de las defendidas por Kim Il Sung, el PCCh mantuvo un discurso público de apoyo a las teorías del presidente norcoreano. Por otro lado, mientras que la normalización soviética con Seúl fue relativamente rápida y donde la indiferencia hacia la sensibilidad de Pyongyang fue la tónica general, Pekín había desarrollado una política progresiva en su acercamiento a Seúl mediante un comercio indirecto primero, unos contactos políticos después, seguido de una intensificación del comercio bilateral y finalmente la adopción de relaciones semioficiales. Con dicha política, los dirigentes chinos ayudaron a disminuir el temor de Pyongyang desde el principio de los contactos sino-surcoreanos.

Ante el cercano establecimiento de relaciones entre Pekín y Seúl, el objetivo chino será preservar la alianza con Corea del Norte y evitar que su acción parezca una traición. La cúpula del EPL, con importantes contactos en el ejército y el gobierno norcoreanos, es especialmente activa en esta política y busca garantizar a sus aliados el compromiso de Pekín con la seguridad de la RPDC.⁷³ En el plano político, desde 1990 se suceden las visitas de importantes representantes del régimen chino: Jiang Zemin en marzo de 1990, el ministro de Defensa Qin Jinwei (antiguo veterano de la Guerra de Corea) en agosto siguiente, Li Peng en mayo de 1991, etc. Asimismo, Kim Il Sung se reunió con los principales líderes chinos en la ciudad de Shenyang en septiembre de

⁷² C.-J. Lee, *op. cit.*, p. 125.

⁷³ *Ibid.*, p. 87.

1990 y realizó una visita oficial a Pekín en octubre de 1991, menos de dos años después de la última. En la recta final del proceso de normalización diplomática sino-surcoreana, Pekín envió al presidente Yang Shangkun, con importantes contactos en el PTC, a Pyongyang (abril de 1992) para convencer a los dirigentes norcoreanos de aceptar lo inevitable, que el reconocimiento chino de Corea del Sur tendría lugar en una fecha cercana. Pocas semanas más tarde fue el turno de su hermanastro Yang Baibing, secretario general de la Comisión de Asuntos Militares (CAM) del PCCh, quien tenía estrechos vínculos con los mandos más importantes del EPC.

Más importante todavía fue el viaje realizado en junio por el ministro de Asuntos Exteriores Qian Qichen a la capital norcoreana. Allí, el jefe de la diplomacia china logró la comprensión, aunque no la aceptación total, de Kim Il Sung a su decisión de normalizar las relaciones con Seúl.⁷⁴ Como forma de compensación, en todas las visitas los representantes de Pekín aseguraron a sus camaradas norcoreanos la vigencia del Tratado de Amistad, Cooperación y Asistencia Mutua de julio de 1961 y prometieron no desarrollar contactos con Seúl (esto es, una cooperación) en un ámbito tan sensible como era el militar.⁷⁵ Es muy posible también que el retraso impuesto por los chinos en anunciar oficialmente el establecimiento de relaciones en casi un mes (el 29 de julio concluyeron las negociaciones entre diplomáticos chinos y surcoreanos)⁷⁶ se debiera al deseo de informar detenidamente a Pyongyang y tal vez vencer sus últimas resistencias al acuerdo.

Al igual que los soviéticos dos años antes, los chinos argumentaban que al establecer vínculos con Seúl mejorarían las relaciones entre las dos Coreas. Además, presionarían para que EE.UU. y Japón se esforzaran en normalizar sus relaciones con Pyongyang y siguieran de esta forma el modelo chino de la política de las “dos Coreas”.⁷⁷ De hecho, Pekín había intentado que el PTC adoptara una posición más conciliatoria hacia Corea del Sur y Estados Unidos para favorecer dicha normalización de relaciones y a la vez facilitar la suya con Seúl.⁷⁸ El objetivo final de esta política de las “dos Coreas” sería impulsar un diálogo entre Pyongyang y Seúl y disminuir así la tensión en la zona, asegurando de esta forma los intereses de Pekín. No es extraño, por

⁷⁴ Samuel S. Kim, “China and the Future of the Korean Peninsula” en Tsuneo Akaha (ed.), *The Future of North Korea*, 2002, p. 115.

⁷⁵ You Ji, “China and North Korea: A Fragile Relationship of Strategic Convenience” en *Journal of Contemporary China*, agosto de 2001, vol. 10, n° 28, p. 397.

⁷⁶ S. Woo, *op. cit.*, p. 130.

⁷⁷ H. Kim, *op. cit.*, 1994, p. 43.

⁷⁸ B. Hwang, *op. cit.*, p. 47.

tanto, que después de la normalización sino-surcoreana los chinos prepararan las visitas del presidente surcoreano Roh Tae-woo y de los principales dirigentes norcoreanos (Kim Il Sung y su hijo Kim Jong Il) para explicarles la nueva política emprendida por el PCCh.⁷⁹

El disgusto norcoreano por la acción diplomática de Pekín no tenía nada de extraño. Pyongyang observaba cómo su vecino del sur lograba asestarle un nuevo golpe y cómo su ahora único aliado importante daba el mismo paso que la URSS dos años antes. Al establecer relaciones políticas con Corea del Sur, China admitía en parte la inutilidad del tratado de 1961 donde había reconocido a la RPDC como el único gobierno legítimo de la península coreana. Ello era muy doloroso porque abandonaba este principio defendido incansablemente por Pyongyang desde 1948. Pero, además, tenía otro aspecto importante: si la posibilidad de una reunificación con medios militares ya era muy difícil desde que China se negó a apoyar una nueva guerra en Corea, ahora se convertía en imposible: Pekín jamás respaldaría el ataque a un país con el que mantenía relaciones diplomáticas y, pese al mantenimiento del tratado de 1961, no era seguro su apoyo a la RPDC en caso de un hipotético, pero a ojos de los norcoreanos siempre posible, ataque de EE.UU. y su aliado surcoreano.

Aparte de rechazar la invitación a Kim Il Sung y su hijo, las críticas por la decisión de Pekín empezaron a aparecer en la prensa oficial norcoreana señalando, entre otras cosas, que “como la experiencia histórica nos dice, un socialismo que abre sus puertas a la ideología burguesa y descuida su tarea de inyectar la ideología socialista a su pueblo, no puede evitar la devastación”.⁸⁰ Inevitablemente, la normalización sino-surcoreana conllevó tensiones. Aunque no hay una seguridad absoluta, es muy posible que la decisión del gobierno chino de noviembre de 1992 de establecer los intercambios comerciales entre Corea del Norte y la RPCh (lo que incluía la ayuda económica de Pekín) en dólares y a precio del mercado internacional a partir de enero siguiente tuviera en parte el objetivo de castigar la actitud hostil del primero desde agosto anterior. Durante el año siguiente las relaciones bilaterales estuvieron marcadas por la frialdad y, salvo el viaje de Hu Jintao (miembro del Comité Permanente del Politburó) y del nuevo ministro de Defensa Chi Haotian a finales de julio para asistir a las celebraciones del

⁷⁹ Jia Hao y Zhuang Qubing, “China’s Policy toward the Korean Peninsula” en *Asian Survey*, diciembre de 1992, vol. 32, nº 12, p. 1143.

⁸⁰ Yongho Kim, “Forty Years of the Sino-North Korean Alliance: Beijing’s Declining Credibility and Pyongyang’s Bandwagoning with Washington” en *Issues & Studies*, marzo-abril de 2001, vol. 37, nº 2, p. 158.

aniversario del armisticio de 1953, no hubo visitas de dirigentes relevantes del PCCh a Corea del Norte, ni siquiera con motivo del aniversario de Kim Il Sung.⁸¹

La reacción de Pyongyang, no obstante, será relativamente moderada si la comparamos con la que tuvo lugar en el caso de la Unión Soviética dos años antes. Así, durante las primeras semanas posteriores al acuerdo entre Pekín y Seúl el silencio fue la tónica general en el régimen de Kim Il Sung, lo que contrasta con la inmediatez de la respuesta a Moscú por el mismo acto en 1990. Entonces, Pyongyang había calificado la decisión del Kremlin de “traición” y “acción contraria a la unificación de Corea” y denunció a la URSS por “vender los intereses de sus aliados [norcoreanos] y la confianza mutua a cambio de 2300 millones de dólares”.⁸² La actitud soviética fue calificada de “asquerosa, vomitiva e indecente” y el propio ministro de Asuntos Exteriores Eduard Shevardnadze fue advertido de forma amenazadora durante su visita a Pyongyang entre el 2 y el 3 de septiembre de 1990 de la posibilidad de un reconocimiento de las repúblicas bálticas (en proceso de secesión de la URSS en esta época) por parte de la RPDC y de que ésta última podría apoyar también la posición de Japón en la cuestión de las islas Kuriles (en manos soviéticas y reclamadas por Tokio). Asimismo, los norcoreanos señalaron su intención de desarrollar su industria militar, lo que dejaba entender su pretensión de dotarse de armamento nuclear.⁸³ La reunión prevista entre Shevardnadze y Kim Il Sung fue cancelada por este último y el dirigente soviético, molesto con la actitud de sus interlocutores, abandonó precipitadamente la capital norcoreana.⁸⁴

Los ataques de Pyongyang y de su prensa oficial hacia la política exterior de Moscú cruzaron incluso los límites de la etiqueta diplomática. Gorbachev, por ejemplo, recibió el apelativo de “traidor a la amistad soviético-norcoreana”,⁸⁵ ataque personal que

⁸¹ Hieyeon Keum, “Normalization and After: Prospects for the Sino-South Korean Relations” en *Korea and World Affairs*, invierno de 1996, vol. 20, nº 4, p. 586.

⁸² *Vantage Point*, septiembre de 1992, vol. 15, nº 9, p. 23. Los 2300 millones de dólares fue la cifra acordada por Seúl para ayudar a la economía soviética y que fue utilizada por aquél como un argumento más para asegurar la normalización diplomática con Moscú. Para los norcoreanos, el sentimiento de traición fue, sin duda, más fuerte en el caso soviético porque, entre otras cosas, el Kremlin había prometido dos años antes que no pensaba reconocer en un futuro a la República de Corea.

⁸³ C.-J. Lee, *op. cit.*, p. 117; Natalia Bazhanova, “North Korea and Seoul-Moscow Relations” en I.Y. Chung (ed.), *op. cit.*, p. 340-341. Conviene señalar que Shevardnadze no se dejó intimidar en absoluto por las amenazas de los norcoreanos y les respondió que hicieran lo que quisieran, no sin antes advertirles de las “consecuencias impredecibles” que estas acciones tendrían en las relaciones bilaterales y en especial en la ayuda militar y económica de la URSS.

⁸⁴ D. Oberdorfer, *op. cit.*, p. 216-217.

⁸⁵ Vasily V. Mikheev, “North Korean Regime and Russian Political Power” en *The Journal of East Asian Affairs*, verano-otoño de 1998, vol. 12, nº 2, p. 554.

en ningún momento recibieron Deng Xiaoping ni su protegido Jiang Zemin, pese a que China fue denunciada como “traidora rendida al imperialismo”,⁸⁶ probablemente la acusación más dura de Corea del Norte a la decisión de su aliado. En realidad, aparte de unas ciertas críticas no excesivamente severas y un amago de derogar el tratado de 1961, el régimen de Kim Il Sung se limitó a cancelar de manera temporal los intercambios turísticos, deportivos y culturales con China y ordenar el cierre de la frontera entre los dos países durante algunos meses.

La razón de dicha moderación es puramente estratégica. Aunque se sentía traicionado, Pyongyang no podía permitirse tensar la relación hasta el punto de poner en grave riesgo la vital ayuda económica y militar de Pekín. Los fuertes ataques dirigidos contra Moscú en 1990 habían sido una de las causas de la disminución de la ayuda militar soviética⁸⁷ y de la decisión del Kremlin de establecer los intercambios comerciales (lo que incluía la ayuda económica soviética) en dólares y a precio del mercado internacional a partir de enero de 1991. De hecho, la fecha prevista para el establecimiento de relaciones diplomáticas entre Moscú y Seúl era el 1 de enero de 1991 y fue adelantada al 30 de septiembre como castigo por la actitud norcoreana hacia su aliado soviético.⁸⁸ Por otro lado, tras la caída del sistema soviético, la dependencia respecto a China se había hecho absoluta y, a pesar de ciertas amenazas en este sentido, esta última no había seguido los pasos de la URSS y mantenía las transacciones económicas a un trato preferente, hecho absolutamente necesario para no extender la grave crisis interna en Corea del Norte. Aunque fue un golpe muy duro, el PTC en ningún momento protestó oficialmente por el reconocimiento chino de la República de Corea.

La intensificación de las relaciones sino-surcoreanas después de agosto de 1992 sí fue respondida constantemente por Pyongyang aunque sin arriesgarse a perder la amistad de China. Una primera queja tuvo lugar con motivo del viaje de Roh Tae-woo a Pekín en septiembre siguiente para celebrar el establecimiento de relaciones bilaterales de carácter político, al igual que sucedió con la de su sucesor Kim Young Sam en marzo de 1994. La visita de Li Peng a Seúl en octubre de 1994 fue objeto de duras críticas y los norcoreanos rechazaron la petición del primer ministro chino de trasladarse a la

⁸⁶ H. Keum, *op. cit.*, p. 586.

⁸⁷ N. Bazhanova, *op. cit.*, p. 341.

⁸⁸ D. Oberdorfer, *op. cit.*, p. 217. El autor cita una frase de Shevardnadze ante la delegación soviética en el momento de cambiar la fecha del 1 de enero de 1991 al 30 de septiembre de 1990: “esto les servirá de lección a nuestros amigos”, en clara referencia al régimen de Kim Il Sung.

RPDC debido al gran malestar que causaba la creciente colaboración entre chinos y surcoreanos. Oficialmente, sin embargo, la excusa de las autoridades norcoreanas fue que Kim Jong Il estaba de luto por la muerte de su padre y no podía recibir a Li.⁸⁹ El enfado y las críticas de Pyongyang fueron mayores con Jiang Zemin un año más tarde. El viaje de cinco días a Corea del Sur del máximo dirigente chino a partir del 13 de noviembre de 1995 era sin duda un golpe duro porque era el primero que Jiang realizaba a este país y porque todavía no había visitado la RPDC desde la muerte de Kim Il Sung en julio de 1994. Un mes antes del viaje, el viceministro norcoreano de Asuntos Exteriores Choe U-jin se reunía en Pekín con el ministro chino Qian Qichen para expresarle la preocupación del régimen de Pyongyang por el viaje de Jiang y solicitar el mantenimiento de la política china hacia la península coreana y evitar que la RPCh que se decantara hacia Seúl.⁹⁰

No obstante, la delicada situación económica y la intensificación de la crisis interna, sobretudo después de la muerte de Kim Il Sung, obligaron a los norcoreanos a replantearse su posición y a buscar un acercamiento a Pekín, conscientes que se trataba de su único aliado y de los riesgos que supondría un enfrentamiento con sus camaradas del PCCh. Aislada internacionalmente y sin poder permitirse una condena firme hacia Pekín por su acercamiento a Seúl, Corea del Norte se vio obligada a aceptar la política de las “dos Coreas” para preservar sus vitales relaciones con la RPCh.

Aunque el factor surcoreano será un permanente motivo de irritación en las relaciones sino-norcoreanas, a diferencia de la URSS, China había logrado mantener un grado de influencia considerable sobre Pyongyang y así seguir jugando un papel fundamental en la resolución del conflicto en la península coreana.

China ante un dilema: ¿status quo o reunificación?

Desde el final de la guerra de 1950-1953 China ha defendido siempre un discurso a favor de la reunificación pacífica de la península de Corea, dividida por dos estados políticamente antagónicos desde 1948. Después del conflicto armado que había afectado duramente a la RPCh, los dirigentes del PCCh no estaban dispuestos a volver a embarcarse en una nueva contienda contra el gobierno de Seúl y sus aliados estadounidenses.

⁸⁹ C.-J. Lee, *op. cit.*, p. 130.

⁹⁰ *Vantage Point*, noviembre de 1995, vol. 18, nº 10, p. 19.

Desde el final del conflicto bélico, y a lo largo de casi cuatro décadas, Pekín sólo reconocería a la RPDC como el único gobierno legítimo de la península y mostraría su apoyo sin reservas a las diversas iniciativas de reunificación propuestas por Kim Il Sung pero dejando claro siempre que aquellas debían llevarse a cabo por medios pacíficos. Al igual que los norcoreanos, los comunistas chinos también tenían que hacer frente a una reunificación de su país y lograr la integración de las colonias británica y portuguesa de Hong Kong y Macao y sobretodo de la isla de Taiwán. Desde su fundación a finales de los años 40, los dos regímenes marxistas asiáticos buscaban poner fin a la división territorial de sus países mediante la integración de aquellas zonas que todavía escapaban a su control. Desde el punto de vista político ello pondría fin a cualquier duda sobre la legitimidad de ambos gobiernos. Simbólicamente, señalaría el triunfo definitivo de las respectivas revoluciones comunistas.⁹¹

Entre las propuestas del presidente norcoreano apoyadas por el PCCh destaca la de una unificación nacional mediante una Confederación de Koryo.⁹² El objetivo sería el nacimiento de un estado coreano con dos gobiernos unidos por un sistema confederal basado en el reconocimiento mutuo de las ideologías y de los sistemas sociales respectivos. Este modelo será muy bien visto por Deng Xiaoping y sus camaradas. En su visita a Pyongyang en mayo de 1984 el secretario general del PCCh Hu Yaobang expresaba su apoyo a la propuesta de Kim Il Sung señalando que “China respalda la reunificación de Corea en una confederación mediante métodos pacíficos”.⁹³

Las razones del apoyo chino son varias. En primer lugar, implicaría un diálogo entre las dos Coreas y disminuiría la tensión en el nordeste de Asia. Asimismo, este proceso lo desarrollarían los propios coreanos y desde los años cincuenta Pekín siempre ha defendido oficialmente que la reunificación es un asunto interno de los coreanos y debe ser resuelto en unas negociaciones entre las dos Coreas sin intervención de las potencias extranjeras. Una segunda razón residía en que la propuesta norcoreana tenía paralelismos claros con la política de “un país, dos sistemas” formulada por Deng a comienzos de los ochenta para facilitar la integración a la madre patria de Hong Kong,

⁹¹ Byung Chul Koh, “Reunification Strategies of China and North Korea: A Comparative Assessment” en *Korea and World Affairs*, otoño de 1983, vol. 7, nº 3, p. 396.

⁹² Koryo designa a la dinastía que reinó en la península entre 918 y 1392 y de ella procede el nombre de Corea. La importancia de este reino radica en que fue el que unificó por primera vez a toda la península en una sola entidad política y sentó las bases de la identidad de los coreanos como nación. Al recurrir al nombre de Koryo, Kim Il Sung sabía que podría ser aceptado por Corea del Norte y por Corea del Sur.

⁹³ To-hai Liou, “Sino-South Korean Relations since 1983: Toward Normalization?” en *The Journal of East Asian Affairs*, invierno-primavera de 1991, vol. 5, nº 1, p. 65.

Macao y Taiwán. El propio Deng llegó a declarar en febrero de 1985 que la fórmula de “un país, dos sistemas” era la vía adecuada para resolver el problema de la reunificación china y coreana⁹⁴ y que el proceso debía ser gradual, natural e independiente.⁹⁵ A ojos de Pekín, el modelo chino era mejor porque iba acompañado de reformas importantes, sobretudo en el terreno económico, que contribuirían a cambiar la relación agresiva entre las dos Coreas y encauzar un proceso reunificador a medio o largo plazo.

El ejemplo chino, sin embargo, tiene un inconveniente significativo en el caso coreano. A diferencia de Pyongyang, Pekín había conseguido negar a Taiwán el atributo de estado, lo que explicaba su falta de reconocimiento diplomático por la mayor parte de la comunidad internacional y su ausencia en los principales organismos mundiales. Aunque tenían una autonomía plena y una independencia de facto, los taiwaneses seguían siendo considerados ciudadanos de China y su isla una provincia más de este país. Con habilidad, el PCCh había ido logrando desde comienzos de los setenta el aislamiento diplomático de la antigua Formosa.⁹⁶ Por el contrario, la República de Corea, al igual que la RPDC, disfrutaba de un amplio reconocimiento internacional y en ningún caso se le consideraba una provincia más de Corea sino uno de los dos representantes de la nación coreana.

En su relación con Taiwán, la RPCh se encontraba en una posición de fuerza como potencia mundial. A mediados de los años ochenta, su población era cincuenta y seis veces superior a la que habitaba en la isla “rebelde” y geográficamente era 298 veces más grande mientras que su potencial económico dejaba claramente atrás al de Taipei, al igual que su poderío militar. Por el contrario, Corea del Norte era sólo un 23% más grande que su vecina del sur pero albergaba sólo a la mitad de la población total de esta última.⁹⁷ La República de Corea estaba mucho más avanzada en el terreno económico y desde el punto de vista militar era superior al régimen de Pyongyang. Ello explica porqué hasta los años noventa el PCCh no tenía prisa en llevar a cabo el proceso reunificador: la integración de Taiwán no implicaría un cambio significativo en el poder de la RPCh. En cambio, Pyongyang era consciente de que a medida que Seúl fuera más fuerte, más complicada sería la reunificación de la península.

⁹⁴ J.D. Pollack, *op. cit.*, p. 19.

⁹⁵ Hu Weixing, “Beijing’s Defense Strategy and the Korean Peninsula” en *Journal of Northeast Asian Studies*, otoño de 1995, vol. 14, nº 3, p. 55.

⁹⁶ Véase King-yuh Chang, “Foreign Policy of Unevenly Divided Nations: China” en *Korea and World Affairs*, verano de 1977, vol. 1, nº 2, p. 209-213.

⁹⁷ B.C. Koh, *op. cit.*, 1983, p. 397.

Incluso la forma en que se debería llevar a cabo las dos reunificaciones difiere completamente entre un caso y otro. Con anterioridad a 1978, Pekín ya había descartado la idea de una invasión militar de Taiwán como forma de unirlo a la nación china aunque oficialmente mantenía el derecho a recurrir a la fuerza. Para lograr la reintegración de aquellos territorios no controlados por el PCCh, Deng Xiaoping y otros dirigentes pusieron en práctica la política de “un país, dos sistemas”. Mediante esta última, la RPCh aceptaba la preservación del sistema económico y social de Taiwán, la existencia de fuerzas armadas taiwanesas, las relaciones culturales y económicas de Taipei con otras naciones, el estilo de vida de la isla, así como el derecho de sus habitantes a desplazarse por China. Desde el punto de vista político, se aseguraba la presencia de taiwaneses en los órganos políticos nacionales y se dotaba a la isla de un alto nivel de autonomía como región administrativa especial, superior incluso a la de Hong Kong y Macao, lo que permitía la participación política del viejo rival del PCCh, el Guomintang.⁹⁸ Por el contrario, Kim Il Sung jamás se planteó llegar al extremo de las propuestas de Deng y, aunque realizó diversas propuestas y la de una Confederación de Koryo contenía aspectos positivos, el objetivo final siempre fue absorber a Corea del Sur y si era necesario incluso por medios militares. Mientras que Pekín evitó en la medida de lo posible tensar las relaciones con Taiwán e impulsó una política más conciliatoria, Pyongyang no dudó en enfrentarse cuando fue necesario con su vecina del sur, elevando la tensión en la zona. Alternando muestras de moderación con posiciones militantes en su política hacia Corea del Sur, Kim y el PTC siempre tuvieron una actitud más rígida que sus camaradas chinos en la cuestión de la reunificación. Para los norcoreanos, por ejemplo, una nueva guerra en la península nunca debía ser descartada.

Las crecientes diferencias en las relaciones sino-norcoreanas desde 1978 afectaron también a la sensible cuestión de la reunificación de Corea. Con el desarrollo de sus políticas reformistas, Deng y el PCCh dieron cada vez mayor relevancia a la estabilidad política y militar de la región que a la unión de las dos Coreas, alterando de esta forma la política desarrollada hasta entonces por Pekín. La razón está clara: la nueva RPCh antepondría a partir de ahora sus intereses nacionales y dejaría en segundo lugar la solidaridad con sus aliados.

No obstante, hay otros elementos a tener en cuenta en la nueva política coreana de China. Durante la última década y media de vida de Deng aquella sufrirá un impor-

⁹⁸ *Ibid.*, p. 403; John Quansheng Zhao, “The China-Taiwan Unification Question: An Analysis of Unification – The PRC Perspective” en *Asian Survey*, octubre de 1983, vol. 23, n° 10, p. 1097.

tante cambio que llevará a la aparición de dos teorías respecto al futuro de los dos estados de la península. La primera teoría es el mantenimiento del *status quo*, esto es, la existencia de dos sistemas políticos diferentes en Corea que coexistan de manera pacífica. Los dirigentes chinos llegaron a la conclusión de que las posibilidades de una desaparición de la República de Corea eran prácticamente nulas y que la reunificación política de Corea mediante la absorción del Sur por el Norte y la implantación definitiva en toda la península de un sistema marxista era un hecho claramente utópico, incluyendo la idea defendida desde hacía décadas por Kim Il Sung de promover desórdenes internos que llevaran a un cambio revolucionario al sur del paralelo 38.⁹⁹ De hecho, podemos afirmar que esta percepción ya era predominante en el liderazgo chino en la última etapa del maoísmo, como refleja el escaso interés mostrado por las tesis de Kim desde la mejora de las relaciones sino-norteamericanas. Además, el caso de Vietnam había supuesto una lección para los chinos y demostraba que una Corea unificada siguiendo el modelo kimilsungista, ya de por sí muy nacionalista, iría probablemente en contra de los intereses de la RPCh. Los dirigentes chinos aceptaban ya en esta época las claras diferencias entre el caso taiwanés y el coreano. Las relaciones entre China y Taiwán no eran iguales a las de Corea del Sur con la RPDC porque Taiwán no dejaba de ser, en resumen, una provincia más de las veintidós que componían la nación china.

La defensa del *status quo* será la posición china desde mediados de los años 80 aunque no se hará completamente visible hasta agosto de 1992 con la normalización diplomática entre Pekín y Seúl. En 1997, oficialmente la política coreana de China todavía estará marcada por la defensa de esta teoría.

Sin embargo, pese a que los chinos no deseaban en principio un cambio de la situación en la península de Corea, los acontecimientos de la última década habían ido alterando su percepción sobre la realidad de Corea y esto había llevado a la aparición de una segunda teoría, menos visible que la anterior. Esta nueva teoría aceptaría que la reunificación de la península es un hecho inevitable y a la que habrá que hacer frente en un momento determinado. Sin duda, los dirigentes comunistas chinos, Mao y Deng incluidos, sabían que la reunificación de Corea tendría lugar algún día aunque consideraban que a muy largo plazo.

No obstante, los cambios ocurridos entre finales de los años ochenta y comienzos de los noventa alteraron esta percepción y la posibilidad de una cercana

⁹⁹ C.-J. Lee, *op. cit.*, p. 78.

reunificación de la península empezó a cobrar fuerza. El final de la Guerra Fría (de la cual la división de Corea es herencia) y la desintegración de la URSS, así como la crisis interna en la RPDC, hicieron surgir la hipótesis de una próxima caída del régimen norcoreano y la muerte de Kim Il Sung en 1994 no hizo sino acelerar las probabilidades de un cambio en la situación política de la península en un futuro no muy lejano. Los acontecimientos que tuvieron lugar en las dos Alemanias tras la caída del muro de Berlín fueron objeto de especial atención por las autoridades del PCCh y, de hecho, estas últimas empezaron a considerar la posibilidad de un final de la división de la península coreana después de la reunificación de Alemania en octubre de 1990.¹⁰⁰ El caso alemán era especialmente significativo porque Pekín era plenamente consciente de que la reunificación de Corea seguiría el mismo patrón y que se llevaría a cabo mediante la absorción del Norte comunista por el Sur capitalista. El hecho de que China hubiera optado en 1992 por reconocer políticamente a la República de Corea puede ser entendido también como una evidencia clara por parte de Pekín de que el proceso de reunificación en la península será liderado por Seúl.

La cuestión de la reunificación tenía una gran importancia porque suponía importantes cambios en la región del noreste de Asia, implicando notables ventajas pero también significativos inconvenientes para Pekín. Y este aspecto es fundamental: los chinos eran conscientes de que una vez se pusiera en marcha el proceso, éste sería muy difícil de detener.

En teoría, la reunificación de Corea conllevaría una mayor estabilidad política en la zona. La crisis interna en la RPDC amenazaba con hacer caer al régimen fundado por Kim Il Sung en 1948 mientras que las relaciones entre chinos y surcoreanos no habían hecho sino reforzarse desde 1992 y eran consideradas excelentes un lustro más tarde, lo que no hacía sino jugar a favor de la baza de la reunificación. El modelo surcoreano se caracterizaba desde 1987 por la defensa de un sistema democrático, un gobierno responsable y el deseo de progreso económico. En caso de reunificación, Seúl impulsaría reformas económicas en la parte norte y eso beneficiaría el desarrollo de la región, mercado donde Pekín tenía muchos intereses, convirtiéndose aquél país en un socio comercial de primer orden. No obstante, existían riesgos. La reunificación sería complicada si antes no se procedía a un cierto proceso de reformas en la RPDC. Si ésta caía abruptamente, la situación no favorecería en absoluto a Corea del Sur, sobretodo en

¹⁰⁰ Samuel S. Kim, "The Dialectics of China's North Korea Policy in a Changing Post-Cold War World" en *Asian Perspective*, otoño-invierno de 1994, vol. 18, nº 2, p. 14.

términos económicos porque tendría que hacer frente a una mitad norte de la península muy atrasada. El gobierno alemán llevaba haciendo desde 1989-1990 enormes sacrificios económicos para sacar adelante la Alemania unida y era indudable que Corea del Sur no poseía ni de lejos el potencial financiero de la Alemania Federal ni la situación interna de la antigua RDA era tan crítica como la de Corea del Norte. El coste económico de una reunificación coreana era incalculable y seguramente implicaría fuertes tensiones internas en la península como, por ejemplo, una nueva división de la misma pero en este caso de carácter regional. Ello perjudicaría probablemente los intereses chinos, tanto políticos como económicos. Por ello, no es de extrañar que Pekín ofreciera su modelo como el más efectivo para preparar con calma una reunificación gradual de la península.¹⁰¹

La aparición de Corea como una única entidad política supondría un cambio en la balanza de poderes en el nordeste de Asia. Ello tenía elementos positivos. Sin una línea divisoria y un régimen como el norcoreano, la presencia de tropas norteamericanas en la península ya no sería necesaria y Corea del Sur dejaría de ser una base militar americana en Asia.¹⁰² Además, el fin de la amenaza norcoreana desaparecería y podría empujar a la opinión pública japonesa, y por tanto al gobierno de Tokio, a seguir el ejemplo surcoreano y a solicitar una reducción de las fuerzas armadas estadounidenses desplegadas en el archipiélago nipón. La consecuencia sería una disminución significativa de la influencia de Washington en la zona y la aparición de un sistema multipolar en Asia, un acontecimiento con el que Pekín llevaba soñando desde hacía años.¹⁰³ Una Corea unida, asimismo, podría hacer de contrapoder a Japón, el principal rival asiático en la zona, y contar con un aliado en momentos de tensión entre coreanos y japoneses.

El aspecto negativo es que, desde el punto de vista político, la influencia china en la región del nordeste de Asia probablemente disminuiría con la reunificación. Aunque la RPDC era un estado imprevisible y a la larga podría amenazar los intereses chinos, hasta la fecha había sido un aliado, incómodo sin duda, pero un aliado a fin de cuentas y esto le había permitido a los chinos jugar un papel muy importante en la zona

¹⁰¹ Véase Joseph M. Conforti, "The China Model of Korean Reunification" en *East Asia*, invierno de 1999, vol. 17, n° 4, p. 65-69.

¹⁰² Kim Wheegook, "The Impact of Sino-American Relations on Korean Unification" en *The Journal of East Asian Affairs*, invierno-primavera de 1997, vol. 11, n° 1, p. 46.

¹⁰³ Fei-ling Wang, "China and Korean Unification: A Policy of Status Quo" en *Korea and World Affairs*, verano de 1998, vol. 22, n° 2, p. 178.

y acrecentar su posición internacional como moderadores de la tensión provocada por Pyongyang. Con la reunificación, Corea se erigiría en un nuevo poder no sólo en la zona sino también en toda Asia oriental y cambiaría la estructura de poderes al jugar un papel político más relevante.

Abandonadas las consideraciones de tipo ideológico desde comienzos de los noventa, la posible reunificación de Corea ha sido analizada por el PCCh desde entonces en términos de seguridad nacional. Nada indica que Seúl rompería su alianza militar con EE.UU. y los vínculos podrían estrecharse si el primero percibiera en la RPCh una amenaza a su poder en la región. En caso de presión china, Corea siempre podría recurrir a la ayuda de Washington. En este punto, Pekín lo tiene claro: una Corea dividida es una amenaza menor que una Corea unida con presencia militar estadounidense.¹⁰⁴ La lucha entre las grandes potencias por mantener las posiciones estratégicas en la zona sería muy grande una vez reunificada la península.

Por otro lado, Corea ha buscado históricamente mantener buenas relaciones con su poderoso vecino chino. Siguiendo esta pauta, la consecuencia sería una política exterior moderada y pragmática como era el caso de la surcoreana ya en esta época.¹⁰⁵ Si contribuía a la reconciliación entre los dos estados, Pekín se ganaría la gratitud de Seúl y del pueblo coreano. Sin embargo, a medio plazo, las consecuencias podían acabar resultando perjudiciales. La nueva Corea será más fuerte políticamente y económicamente y, por tanto, más independiente, tanto de Estados Unidos pero también de China. Los coreanos siempre han percibido en China una amenaza a su independencia y han recelado históricamente del gobierno de Pekín.

Una Corea unificada defendería ante todo sus intereses nacionales y sería un serio competidor económico. Asimismo, con la unión de todos sus habitantes se reforzaría el nacionalismo. Ello iría en contra de los intereses de China y afectaría a cuestiones tan sensibles como las reivindicaciones territoriales coreanas en la región fronteriza entre los dos países. Una Corea unida sin duda recogería las reclamaciones norcoreanas sobre el Paektusan, Shindo, etc. y, aunque Pekín podría hacer frente a estas presiones, éstas serían mayores porque estarían apoyadas por la totalidad de los coreanos y, a diferencia de la RPDC, la nueva Corea no dependería de la RPCh y sería

¹⁰⁴ Shiping Tang, "A Neutral Reunified Korea: A Chinese View" en *The Journal of East Asian Affairs*, otoño-invierno de 1999, vol. 13, nº 2, p. 472.

¹⁰⁵ Sharif M. Shuja, "Korean Unification: Some Theoretical and Analytical Suggestions" en *Asian Thought and Society*, septiembre-diciembre de 1999, vol. 24, nº 72, p. 253.

por tanto menos influenciable. Ello tendría importantes repercusiones y supondría ante todo un elemento de fuerte tensión en las relaciones sino-coreanas.

La cuestión territorial entroncaría con otro factor no menos polémico y especialmente delicado para Pekín: la situación de la minoría coreana de la RPCh, los *chaoxianzu*. Era de sobras conocido que en los círculos más nacionalistas de Seúl se reclamaba que el este de Manchuria formaba parte de la Corea histórica y la presencia de coreanos en la zona no hacía sino justificar, a su juicio, este hecho. Aunque el gobierno de Corea del Sur nunca ha expresado públicamente una reclamación territorial en dicho sentido y los coreanos chinos han sido leales al PCCh desde 1949, el riesgo existía ante la posibilidad de que una Corea unida acabara por convertirse en un referente mucho más atractivo política y económicamente que la RPCh. Ello podía conllevar que aquellos percibieran en el estado de la península un factor de identidad y buscaran su integración en él,¹⁰⁶ lo que provocaría no pocos problemas y dispararía la tensión en esa parte de China. Este temor explicaría, por ejemplo, la negativa de Pekín a aceptar la apertura de un consulado de la República de Corea en la provincia de Jilin, donde se concentra el mayor número de *chaoxianzu*, pese a las peticiones en este sentido por parte de Seúl desde 1992.¹⁰⁷

En el ámbito interno, la reunificación de Corea tendría beneficios políticos muy importantes para la RPCh. Sin duda, se erigiría en modelo a seguir y debería facilitar una eventual reunificación de Taiwán y la China comunista. Este hecho había cobrado mucha importancia desde comienzos de los años noventa cuando la cuestión taiwanesa adquirió una relevancia sin precedentes desde 1949 en el seno del PCCh. La política reformista del presidente Lee Teng-hui había llevado al nacimiento de un sistema democrático en Taipei desde mediados de la década y este hecho había sembrado la inquietud entre los dirigentes comunistas chinos. Pese a la enemistad con el Guomintang, este partido había defendido siempre la pertenencia de la antigua Formosa a la patria común, China, pero su salida del poder podía cambiar la situación. A Pekín no se le escapaba que con el paso del tiempo la separación había conllevado que una parte cada vez mayor de la población de la isla asumiera como propia una identidad estrictamente taiwanesa y diferente de la china. La consecuencia había sido la aparición de un nacionalismo local y un creciente poder de las formaciones políticas que

¹⁰⁶ Banning Garrett y Bonnie Glaser, "Looking Across the Yalu: Chinese Assessments of North Korea" en *Asian Survey*, junio de 1995, vol. 35, nº 6, p. 541.

¹⁰⁷ Victor D. Cha, "Engaging China: Seoul-Beijing Détente and Korean Security" en *Survival*, primavera de 1999, vol. 41, nº 1, p. 92.

abogaban de manera poco disimulada por la secesión de Taiwán respecto de la China continental, esto es, la independencia de la primera y la derrota de la política seguida desde hacía dos décadas por Pekín.

Aunque el caso taiwanés y el coreano tenían diferencias importantes, una reunificación de Corea daría argumentos a favor de aquellos que, como el PCCh, perseguían una reunificación pacífica entre las dos Chinas, la nacionalista y la marxista.

Capítulo 7

Corea, zona de interés estratégico de Pekín

Como gran potencia, los intereses nacionales (tanto económicos como políticos y de seguridad) de la República Popular China (RPCh) han estado a lo largo de la segunda mitad del siglo XX estrechamente vinculados a Estados Unidos y la Unión Soviética. Y es precisamente el efecto que el caso coreano (esto es, la existencia de dos estados políticamente antagónicos) ha ejercido en las relaciones de Pekín con Washington y Moscú lo que ha determinado el grado de interés del primero en la península coreana.

Desde el punto de vista geopolítico, la península de Corea ocupa a ojos de China una posición clave en la región de Asia del Nordeste. Al norte se encuentra Rusia (la URSS hasta 1991) y al este Japón, mientras que la principal potencia mundial, EE.UU., juega un papel muy importante gracias a sus unidades militares desplegadas en Corea del Sur y a su alianza con esta última desde los años cincuenta. La fuerte militarización de la zona hace de la península coreana un factor de volatilidad y riesgo que la convierte a la vez en el centro para la paz en esta región del mundo.

Por estas circunstancias, Corea ha sido un actor fundamental en la seguridad nacional de la RPCh, siendo el ejemplo más claro la intervención china en la Guerra de Corea de 1950-1953. Su importancia no disminuyó en las décadas siguientes y continuó durante los años del liderazgo político de Deng. Sin embargo, la política del Partido Comunista Chino (PCCh) hacia Corea y el conjunto de Asia del Nordeste durante el período 1978-1997, pese a tener como eje central la preservación de su seguridad nacional, no fue en absoluto uniforme y varió en función de sus intereses y del contexto internacional.

La península de Corea: eje de la seguridad nacional de China

Corea, zona de colaboración sino-estadounidense: la Guerra Fría

Por su posición estratégica, la península coreana es un punto de convergencia de los intereses geopolíticos de las tres grandes potencias (Estados Unidos, la URSS /Rusia, China), sin olvidar a una última potencia, Japón, cuyo papel, sin ser tan importante como el de los anteriores países, no deja de ser relevante en el complicado escenario del nordeste asiático.

De todas las potencias, EE.UU. es la única que geográficamente no forma parte de Asia del Nordeste pero es un actor fundamental en el equilibrio de poderes en esta parte del mundo gracias a su implicación en la seguridad de Japón y de Corea del Sur. En el caso de esta última, su importancia radica principalmente en el despliegue de unidades terrestres, aéreas y navales en la República de Corea fruto del Tratado de Defensa Mutua firmado en 1953 entre Washington y Seúl donde el primero garantiza la seguridad del estado situado al sur del paralelo 38.

Para Washington, la estabilidad de la península coreana ha sido fundamental para la paz en el nordeste de Asia y, por ende, en Asia oriental pero también ha sido vital para la propia seguridad de EE.UU. desde los inicios de la Guerra Fría. Su objetivo número uno en dicho período era contener la influencia soviética en la zona reforzando los vínculos con su aliado surcoreano. La reunificación de la península bajo un sistema marxista sería un duro golpe contra la defensa de Japón y del conjunto del Pacífico Occidental y dañaría el prestigio norteamericano en Asia. No es de extrañar, por tanto, que cuando Corea del Sur fue atacada por su vecina del norte, Estados Unidos corriera

en su ayuda. Corea fue el primer lugar en el que el gobierno de Washington probó militarmente su política de contención del comunismo en Asia, convirtiendo a la República de Corea en un puesto de freno del comunismo asiático. Convertido en un aliado clave en la zona, este país entró a formar parte de un eje militar con Washington y más tarde con Tokio.

Desde 1953 la RPCh mantuvo una posición extremadamente crítica hacia la presencia de tropas norteamericanas en Corea del Sur, que consideraba una amenaza directa a su seguridad nacional y mostró su apoyo incondicional a las reclamaciones norcoreanas de una salida de dichas tropas de la península. La República de Corea era vista por el PCCh como una gran base militar estadounidense en el Pacífico Occidental y un “cuchillo” potencial en la espalda de China. Sin embargo, con el paso de los años la posición china se fue flexibilizando y a comienzos de la década de los setenta su oposición en dicha cuestión se había enfriado considerablemente. Su percepción de EE.UU. y de la presencia militar estadounidense en Corea del Sur se había alterado considerablemente y ello se hizo más visible especialmente a finales de los setenta con el ascenso del grupo dirigente más pragmático encabezado por Deng Xiaoping.

En este punto, las diferencias entre chinos y norcoreanos son claras. Para estos últimos, la presencia de tropas norteamericanas al sur de su país era la mayor amenaza para su seguridad y el mayor obstáculo para la reunificación independiente y pacífica de la península y, por tanto, reclamaba constantemente su salida de la República de Corea. Además, su presencia era vista como una provocación y era intolerable que la principal potencia capitalista del mundo estuviera situada justo en sus fronteras. En la práctica, sin embargo, la causa principal de su reclamación era que, con su presencia militar, Estados Unidos impedía cualquier acción bélica contra Seúl porque estaba condenada al fracaso de antemano, teniendo en cuenta que tanto la URSS como China no mostraban signo alguno de respaldar una nueva guerra en la península.

En cambio, para China la mayor amenaza en esta época procedía más de la Unión Soviética que de EE.UU. La existencia misma del conflicto sino-soviético hacía que la percepción que Pekín y Pyongyang tenían del potencial militar de Moscú fuera diferente. Si el segundo veía en la URSS a un aliado, el primero lo consideraba una amenaza a su seguridad. La única superpotencia capaz de hacer frente a la expansión del poder de Moscú en Asia era EE.UU. Acercándose a este último, Pekín lograría reajustar sus relaciones con la Unión Soviética y edificar un nuevo equilibrio de poderes en Asia más favorable a sus intereses. Conseguiría, en primer lugar, relajar la presión occidental

en el este y el sur de la RPCh y, en segundo lugar, debilitar la presión soviética en la frontera común y en la periferia de China, concentrándose al mismo tiempo en contrarrestar a Moscú en aquellos puntos donde éste fuera más peligroso. Por ello, a partir de los años setenta Pekín empieza a considerar positiva la presencia de tropas norteamericanas en Corea del Sur ya que actúa como un factor de disuasión ante cualquier tentativa del Kremlin de extender su influencia en la zona.

Pero el despliegue militar de Washington al sur del paralelo 38 tenía otras ventajas. En primer lugar, compensaba las deficiencias y la vulnerabilidad de las fuerzas armadas de Seúl. Aunque estaban en proceso de modernización, con unos 600.000 soldados a sus órdenes, aquellas eran inferiores en número de efectivos respecto a la República Popular Democrática de Corea (RPDC), cuyo ejército superaba los 800.000 efectivos a mediados de los ochenta.¹ Además, a través del Mando de Naciones Unidas en Corea, Washington ejercía la supervisión del mantenimiento de la paz establecida por el armisticio de 1953.² Estas circunstancias permitían disuadir a Kim Il Sung de desencadenar una nueva aventura militar contra su vecino del sur. Se mantendría así el *status quo*, política defendida por Pekín desde el final de la guerra entre los dos estados coreanos. Por otro lado, con su presencia militar, Washington evitaba que en la República de Corea surgiera un liderazgo político demasiado nacionalista que defendiera posiciones enfrentadas a las chinas. Por último, al asegurar la defensa de Corea del Sur, Washington reforzaba a la vez la de Japón y evitaba de esta forma dar argumentos a aquellos que en Tokio reclamaban un rearme militar de su país. No es extraño, por tanto, que a partir de los últimos años del maoísmo los líderes chinos pasen a referirse con frecuencia a la “retirada completa” (*quanbu chezou*) de las tropas norteamericanas y muy raramente a la “retirada inmediata” (*liji chezou*) de las mismas.³

¹ Larry A. Niksch, “The Military Balance on the Korean Peninsula” en *Korea and World Affairs*, verano de 1986, vol. 10, nº 2, p. 254 y 267.

² Charles Zorgbibe, “The Security of Korea” en *Korea and World Affairs*, otoño de 1983, vol. 7, nº 3, p. 414. Los chinos también ejercían una cierta influencia sobre Corea del Norte a través de la Comisión Militar del Armisticio de Panmunjom, organismo encargado de verificar el cumplimiento efectivo del mismo y de evitar atisbos de tensión entre las dos partes enfrentadas.

³ Chae-Jin Lee, “China’s Policy toward North Korea: Changing Relations in the 1980s” en Robert A. Scalapino y Hongkoo Lee (ed.), *North Korea in a Regional and Global Context*, 1986, p. 209. Fueron escasas las referencias chinas a una retirada inmediata de las tropas de Estados Unidos estacionadas en Corea del Sur. Una de ellas fue el editorial del *Renmin Ribao*, el diario oficial de Pekín, el 9 de septiembre de 1982, donde mostraba el respaldo del PCCh a la “inmediata retirada” de las fuerzas estadounidenses en aquel país. Sin embargo, conviene señalar que dicha declaración fue realizada claramente para satisfacer al régimen norcoreano, cuyo líder, Kim Il Sung, tenía que visitar la RPCh dos semanas más tarde. Además, es importante resaltar que esta declaración pública de apoyo a la postura de Pyongyang tuvo lugar en una fecha de gran importancia simbólica: el 9 de septiembre era el aniversario

Aunque públicamente mostrarán su respaldo a las demandas norcoreanas con el fin de mantener a Corea del Norte en su área de influencia, en la práctica las autoridades chinas verán en la alianza militar entre Washington y Seúl un factor fundamental para la estabilidad de la península coreana. En otras palabras, el equilibrio militar será fundamental para preservar la estabilidad en Corea y de toda la región.

El mejor ejemplo de este cambio de posición chino es el malestar surgido con EE.UU. debido a un hecho acontecido con anterioridad a la llegada incluso de Deng Xiaoping al poder en 1978. Un año antes, en marzo de 1977, el entonces presidente norteamericano Jimmy Carter había anunciado la retirada de todas sus tropas de combate terrestres estacionadas en Corea del Sur en el plazo de cinco años, lo que equivalía a un total de 30.000 soldados, esto es, la mayor parte de sus efectivos militares en dicho país.⁴ A cambio de dicha retirada, se reforzarían las unidades aéreas, se intensificaría la ayuda a las fuerzas armadas de Seúl y se garantizaba el compromiso de acudir en ayuda de este último en caso de agresión exterior. Aparte de las críticas de sus aliados, Washington tuvo que hacer frente al malestar de China, gobierno que mostró su preocupación por dicha decisión advirtiendo del riesgo de una política más agresiva de la URSS en la zona como consecuencia de aquella.⁵ Además, existía el riesgo de que Kim Il Sung percibiera esta acción como un signo de debilidad y se intensificara su deseo de reunificar toda Corea por la fuerza, como ya había expresado sólo dos años antes en una visita a la RPCh. Ello tendría consecuencias dramáticas para esta última porque una acción semejante implicaría una respuesta militar de EE.UU. y, por el Tratado de Amistad, Cooperación y Asistencia Mutua de 1961 con Pyongyang, Pekín se vería en la obligación de intervenir en su ayuda en una época en que buscaba acercarse cada vez a Washington y no enfrentarse a él (véase anexo 2).

A finales de los setenta, la visión diferente de la realidad geopolítica del nordeste de Asia entre el régimen norcoreano y el PCCh se apreciaba también en el tema de Japón. Así, mientras que Pyongyang considera el Tratado de Seguridad entre Japón y

de la fundación de la RPDC y había que evitar mostrar discrepancias con el aliado norcoreano. Véase *Renmin Ribao* [El Diario del Pueblo], 9 de septiembre de 1982.

⁴ Sung-joo Han, "South Korea and the United States: The Alliance Survives" en *Asian Survey*, noviembre de 1980, vol. 20, n° 11, p. 1079.

⁵ William R. Feeney, "U.S. Strategic Interests in the Pacific" en *Current History*, abril de 1982, vol. 81, n° 474, p. 145. Conviene señalar que debido a la presión de su aliado surcoreano, del *establishment* de Washington y de los jefes militares de su ejército, Carter congeló sus planes en la primavera de 1979 hasta 1981, cuando empezara una nueva legislatura presidencial. Su derrota en las elecciones de noviembre de 1980 frente a Ronald Reagan puso fin a cualquier posibilidad de una retirada significativa de las tropas norteamericanas estacionadas en el sur de Corea.

EE.UU. como una alianza militar agresiva contra la RPDC y una muestra clara de las nuevas ambiciones militaristas de Tokio, el gobierno chino lo veía positivamente, considerándolo un factor de estabilidad, un freno a cualquier deseo de rearme por parte de Japón y un frente opuesto al expansionismo soviético. Un ejemplo era la VII flota estadounidense, con base en el archipiélago nipón, cuyo poderío servía para contrarrestar el desequilibrio naval entre Pekín y la URSS en la región.⁶

Pekín había mostrado desde 1953 su nulo interés en embarcarse en un nuevo conflicto con Estados Unidos en Corea pero, además, el período 1971-1979 había estado marcado por un acercamiento entre los dos gobiernos, sentando de esta forma las bases de la asociación estratégica sino-norteamericana frente al poder soviético en Asia. En este nuevo escenario de su política exterior, donde los intereses nacionales iban ocupando cada vez con más fuerza el primer lugar, para los chinos era fundamental la estabilidad en la península coreana con el fin de evitar complicar los vitales lazos estratégicos con Washington y los importantes vínculos económicos con Japón.

Pekín sabía que Corea del Norte estaba insatisfecha con el *status quo* en la península y que buscaba cualquier argumento para elevar la tensión con EE.UU. y Corea del Sur. Por ello, no dudó en ejercer su influencia sobre su aliado advirtiéndole de no iniciar una nueva guerra en la zona. En sus memorias, Jimmy Carter nos muestra un buen ejemplo de ello. Así, el ex presidente norteamericano señala que:

“Deng respondió a mi petición [de ejercer un papel mayor en Corea con el fin de disminuir la tensión en la península] afirmando que él utilizaba la influencia de China sobre Corea del Norte para preservar la paz. Dijo que mucha gente había planteado la cuestión de Corea con él; no había peligro alguno de un ataque norcoreano [contra Corea del Sur].”⁷

Sin embargo, pese a su manifiesta oposición a cualquier acción hostil por parte de Kim Il Sung, Pekín mostró en los primeros tiempos pocos deseos de implicarse más a fondo en la cuestión coreana y, en especial, en hacer de intermediario entre Corea del Norte y EE.UU. El factor norcoreano es, sin duda, un elemento esencial para entender esta actitud cautelosa de China en su política hacia Corea entre finales de los setenta y comienzos de los ochenta. En esto existían claras diferencias con Estados Unidos. Así, mientras que este último podía ejercer una fuerte presión sobre su aliado surcoreano, el

⁶ Chi-Won Kang, “Power Equilibrium and Changing Alliance in Northeast Asia, 1975-1985” en *Korea and World Affairs*, otoño de 1986, vol. 10, nº 3, p. 505-506.

⁷ Jimmy Carter, *Keeping Faith: Memoirs of a President*, 1983, p. 206.

gobierno de Pekín se encontraba en una posición más débil porque su influencia sobre su vecino norcoreano se veía condicionada por el *Juche*, el conflicto sino-soviético y la existencia de la Unión Soviética como el otro gran aliado del régimen kimilsungista. En su reunión con Carter durante su visita a EE.UU. en enero de 1979, Deng Xiaoping ya había señalado que su país no estaba en condiciones de ejercer una presión notable sobre Pyongyang y que si abusaba de su influencia las relaciones sino-norcoreanas se deteriorarían en beneficio de las soviético-norcoreanas.⁸ Los líderes del PCCh eran conscientes de que la cúpula dirigente de Corea del Norte observaba con recelo las reformas en la RPCh y la creciente sintonía entre Washington y Pekín, especialmente el alineamiento común frente a la URSS. Con el objetivo de preservar los lazos estrechos con Pyongyang, Pekín tuvo que llevar a cabo un difícil equilibrio persuadiendo a su aliado de que las buenas relaciones con EE.UU. eran beneficiosas también para los intereses norcoreanos al mismo tiempo que insistía en que nunca comprometería los objetivos estratégicos de Corea del Norte. Por ello, China se negó a asumir el rol de garante de la estabilidad de la península, evitando así arriesgar sus relaciones políticas con Pyongyang.

A medida que avanzaba la década de los ochenta, Pekín se vio confrontado, no obstante, a una mayor implicación en Corea. Lo que sucedía en realidad es que las coincidencias de intereses norteamericanos y chinos en la zona se hacían cada vez más ostensibles. La RPCh ya había sido aceptada definitivamente como una potencia mundial y su importancia en el nordeste del continente, como principal aliado de la RPDC, se hacía cada vez más evidente y esencial para defender sus propios intereses. Ello condujo inevitablemente a nuevos cambios en la política china hacia Corea. EE.UU., por su parte, buscaba recuperar una mayor credibilidad en la zona, perdida después del desastre de Vietnam, y el acercamiento a China les permitía recuperar su importancia estratégica. Norteamericanos y chinos coincidían en que la reunificación de la península era el objetivo final de su mutuo compromiso con Corea aunque ambos no estaban dispuestos a impulsarla mediante una nueva guerra o una nueva disputa con la URSS. Surgió así un eje Washington-Pekín-Tokio con el objetivo de frenar el expansionismo soviético en Asia del Nordeste pero no se trataba en ningún caso de una alianza militar. El objetivo de cada una de las tres potencias en la zona (URSS, Estados Unidos y China) seguía siendo la debilitación de las otras dos pero, a diferencia de

⁸ *Ibid.*

Moscú, el gobierno estadounidense abogaba claramente por un equilibrio del poder como forma efectiva de mantener la paz en la península coreana.⁹ Se preservaría así el *status quo* en Corea, para gran satisfacción de los chinos.

El PCCh percibía también el poderío cada vez mayor de Corea del Sur en la escena asiática y en especial en el ámbito económico, donde su superioridad frente a su vecina del norte era claramente visible en esta época. La realidad de dos estados diferentes ideológicamente en la península coreana fue aceptada definitivamente por Pekín. Por otro lado, los chinos eran conscientes de que para EE.UU. la seguridad de Corea del Sur era inseparable de la de Japón y que las relaciones entre Washington y Seúl habían experimentado una clara mejoría tras la llegada de Ronald Reagan a la Casa Blanca en 1981. Pese a la retirada de ciertos efectivos en el pasado reciente, la presencia militar estadounidense al sur del paralelo 38 se estabilizó en unos 40.000 soldados.¹⁰ De esta forma, se mantuvo a juicio de Pekín la balanza de poderes en la zona del nordeste asiático.

Entre los objetivos de Pekín en su creciente interés por resolver el problema coreano figuraba en primer lugar la disminución de la tensión en la península mediante una mejora del diálogo intercoreano. Por ello, la RPCh apoyó la idea de un reconocimiento entre Pekín y Seúl a cambio de otro entre Washington y Pyongyang.¹¹ Este último aspecto era muy importante porque el establecimiento de relaciones entre los gobiernos estadounidense y norcoreano permitiría reducir la tensión de manera ostensible y alejar de manera casi definitiva el estallido de un nuevo conflicto armado en la península. Además, China no sólo se beneficiaría de un comercio al alza con Corea del Sur sino que podría aumentar su influencia en la RPDC en detrimento de Moscú. Por otro lado, también podría tener beneficios internos importantes porque un diálogo intercoreano facilitaría los esfuerzos chinos de un mayor acercamiento a Taiwán.

Aunque no participa directamente en este diálogo intercoreano, China tampoco se mantiene al margen. Así, por ejemplo, persuade a Pyongyang de participar en conversaciones tripartitas (las dos Coreas y EE.UU.), propuesta realizada ya en 1979

⁹ Chu-hung Chu, "The Struggle between Communist China, Soviet Russia and Pacific Community: Security in the Northeast Asian Region" en *The Korean Journal of International Studies*, invierno de 1980-1981, vol. 12, nº 1, p. 83.

¹⁰ Young-Koo Cha, "Strategic Environment of Northeast Asia: A Korean Perspective" en *Korea and World Affairs*, verano de 1986, vol. 10, nº 2, p. 296.

¹¹ Han S. Park y Kyung A. Park, "China and Inter-Korean Relations" en *The Korean Journal of International Studies*, verano de 1986, vol. 17, nº 2, p. 38.

por Washington y Seúl y rechazada entonces por el régimen norcoreano porque le otorgaba a su rival del sur los mismos derechos que a él como representante de la nación coreana. Sin embargo, a comienzos de enero de 1984 Pyongyang anuncia su deseo de reunirse con Washington y Seúl en unas conversaciones sobre el futuro de la península de Corea.

Indudablemente, la propuesta norcoreana era consecuencia de los cambios experimentados en la última década en Asia oriental y en especial el acercamiento sino-norteamericano. No obstante, parece muy probable que detrás de esta iniciativa estuvo la RPCh. Prueba de ello fue el hecho de que la propuesta de una conferencia tripartita fue realizada por China en representación de la RPDC durante el viaje del primer ministro Zhao Ziyang a Washington en enero de 1984.¹² Por otro lado, fue también el gobierno de Pekín el que convenció al norcoreano de aceptar las conversaciones tripartitas pese a que el deseo inicial de Kim Il Sung era negociar únicamente con Estados Unidos.¹³ Pekín sabía que Washington no aceptaría conversaciones con Pyongyang sobre el futuro de la península sin la participación de Seúl. No es descabellado pensar que China ejerció una fuerte presión sobre su aliado y que la propuesta tuviera como objetivo disminuir la tensión en la zona; no en vano, fue realizada sólo tres meses después del atentado de los servicios secretos norcoreanos en Rangún (Birmania), donde murieron cuatro ministros y otros representantes del gobierno de Seúl.

Consciente de la posible imagen de tutela sobre el régimen norcoreano, Pekín apoyó las conversaciones tripartitas pero rechazó ser parte integrante de las mismas. En palabras de Deng Xiaoping: “China no tiene responsabilidad directa alguna sobre Corea”.¹⁴ Esta decisión buscaba evitar interferir en los asuntos internos de la RPDC y preservar de este modo su alianza con este país. Asimismo, el gobierno chino rechazó cualquier posibilidad de participar en conversaciones cuatripartitas (las dos Coreas, EE.UU. y la RPCh) como deseaban Seúl y Washington y tampoco en conversaciones a seis (los cuatro anteriores más la URSS y Japón).¹⁵ En cambio, la cúpula dirigente de

¹² Chong Wook Chung, “China’s Role in Two-Korea Relations in the 1980s” en *Journal of Northeast Asian Studies*, otoño de 1986, vol. 5, nº 3, p. 59.

¹³ Otra muestra de la mayor implicación de China en la cuestión intercoreana era el hecho de que desde 1983 su capital, Pekín, se había convertido en el lugar preferente de conversaciones entre representantes de los gobiernos estadounidense y norcoreano.

¹⁴ Tae-Hwan Kwak, “China and the Korean Peninsula in the 1980s” en *Korea and World Affairs*, primavera de 1980, vol. 4, nº 1, p. 119.

¹⁵ Byung-joon Ahn, “North Korea’s Proposal for a Tripartite Conference and Changes in Four Power Relations in East Asia” en *Korea and World Affairs*, primavera de 1984, vol. 8, nº 1, p. 19.

Pekín sí que reconocía el papel fundamental de EE.UU. en unas conversaciones de este tipo. La posición china queda claramente expresada en unas declaraciones del viceministro de Asuntos Exteriores chino Zhi Qizhen en 1985:

“La razón por la que apoyamos las conversaciones tripartitas es la siguiente: primero, porque las tres partes está directamente involucradas en la cuestión de la península coreana. EE.UU. está muy involucrado debido a sus tropas estacionadas en Corea del Sur. Así, si las tres partes pudieran sentarse y empezar a conversar, ello podría conducir a la relajación de la tensión en la península; segundo, fue EE.UU. el que sugirió primero las conversaciones tripartitas, y no entendemos porqué EE.UU. debería dar marcha atrás en esto. En lo que se refiere a la conferencia cuatripartita, China preferiría permanecer fuera de la conferencia, dado que no tiene estacionadas tropas en la RPDC del mismo modo que EE.UU. tiene en Corea del Sur.”¹⁶

Aunque estas conversaciones tripartitas no llegaron a celebrarse debido a la negativa surcoreana a participar, se demostró que la implicación de China en la resolución del conflicto intercoreano era ya un hecho consolidado. En este aspecto, la preservación de la estabilidad y la paz en la península de Corea se logró gracias a la presión sobre Pyongyang y al compromiso norcoreano con su aliado chino. El propio Zhu Qizhen nos da buena cuenta de ello al señalar que “nuestra convicción [de que Corea del Norte no invadirá Corea del Sur] está basada en nuestros contactos durante las décadas pasadas con los líderes de la RPDC, así que nuestra afirmación no es infundada... Los dirigentes responsables de la RPDC nos han asegurado que no tienen la intención de avanzar hacia el sur. Y nosotros confiamos en lo que nos dicen”.¹⁷

Sin embargo, con un conflicto sino-soviético que continuaría siendo un factor determinante en su política hacia Corea hasta finales de los ochenta, Pekín nunca estuvo en condiciones de ejercer una presión demasiado fuerte sobre Pyongyang si deseaba asegurar la estabilidad en la península y evitar que el régimen de Kim Il Sung se decantara hacia Moscú. Por ello, debía llevar a cabo un complicado equilibrio coordinando en la medida de lo posible su política coreana con Pyongyang al mismo tiempo que requería de la cooperación de Washington. No es extraño, por tanto, que Pekín reforzase su colaboración con este último implicándose en el escenario intercoreano pero de manera discreta y mostrando públicamente su apoyo a la RPDC mediante la confirmación de su compromiso con la seguridad de ésta, la frecuente

¹⁶ Young C. Kim (dir.), “Interview with Zhu Qizhen, Vice Minister of Foreign Affairs of the People’s Republic of China” en *Journal of Northeast Asian Studies*, verano de 1984, vol. 3, nº 2, p. 79.

¹⁷ *Ibid.*, p. 78.

exigencia de una retirada de tropas de EE.UU. en Corea del Sur y la defensa de la política de “una sola Corea”.

Corea, zona de rivalidad sino-estadounidense: la post-Guerra Fría

La entrada en los años 90 pone el punto final a la Guerra Fría y marca el inicio del período conocido como la post-Guerra Fría. En el caso de Pekín, esta nueva etapa supone el final del triángulo estratégico (EE.UU., Unión Soviética y RPCh) sobre el que había articulado su política exterior y de seguridad desde hacía décadas. Con la desaparición de la URSS, China perdía el *status* estratégico favorable que había disfrutado ante la rivalidad de las dos grandes potencias de la Guerra Fría.

La principal característica de la política exterior china durante el período 1991-1997 es el auge de las tensiones con EE.UU., lo que conlleva un punto de inflexión en las relaciones entre los dos países y ello repercute en la visión que China tiene del escenario del nordeste asiático en general y de la península coreana en particular. Los hechos de Tiananmen en 1989 habían marcado el inicio del deterioro en las relaciones entre chinos y estadounidenses mientras que la Guerra del Golfo y la desaparición de la URSS en 1991 habían tenido un profundo impacto en el seno del PCCh. En el último caso desaparecía el elemento antisoviético que había presidido las relaciones sino-norteamericanas desde 1972 y en el primero se había demostrado el enorme poderío militar de EE.UU.

Desde Tiananmen, China pensaba que Washington perseguía minar su seguridad con diversas iniciativas en la zona de Asia-Pacífico y las diferencias entre ambos fueron en aumento. El creciente acercamiento norteamericano a Taiwán, sin duda la cuestión más espinosa en las relaciones bilaterales, fue rechazado de plano y las críticas chinas no se hicieron esperar cuando, por ejemplo, en septiembre de 1992 el gobierno de George H. Bush accedió a la venta a Taipei de 150 aviones de combate F-16 o con la autorización por parte de la administración Clinton de una visita del presidente taiwanés Lee Teng-hui a EE.UU. en 1995.¹⁸ El temor chino era que Washington incluyera a Taiwán en su esfera de defensa en Asia. Ello se añadía a las manifestaciones crecientes de apoyo de la opinión pública estadounidense a la causa tibetana del Dalai Lama y la vinculación del mantenimiento de la cláusula de Nación Más Favorecida Comer-

¹⁸ Bonnie Glaser, “China’s Security Perceptions: Interests and Ambitions” en *Asian Survey*, marzo de 1993, vol. 33, nº 3, p. 259.

cialmente (NMFC) por EE.UU. a una mejora de los derechos humanos en China. Todas estas acciones eran percibidas en el régimen de Pekín como un ataque a la soberanía nacional de la RPCh.

Por otro lado, los líderes del PCCh pensaban que la post-Guerra Fría sería un estado transitorio que llevaría a la emergencia de un mundo multipolar donde la estabilidad sería mucho mayor y donde sus intereses se verían beneficiados. En su defensa de un nuevo orden internacional, los chinos argumentaban que EE.UU. no debía dominar el mundo de la post-Guerra Fría y que todas las grandes potencias tenían que participar en las grandes cuestiones mundiales, lo que permitiría a la RPCh, considerada una potencia emergente, adquirir un mayor *status* en la escena internacional.¹⁹ Y el caso de Asia es un buen ejemplo de ello. Pekín pensaba que su poder en el continente asiático sería inevitable ante una Rusia más preocupada por sus graves problemas internos, un Japón indeciso en su deseo de erigirse en potencia más allá del ámbito económico y unos EE.UU. que se desentendería progresivamente de Asia. Ello conduciría a la creación de bloques económicos y/o políticos de carácter regional o subregional.

El problema es que esto último hecho no sucedió. Primero, se multiplicaron los conflictos basados en disputas étnicas, culturales, religiosas, etc. que durante la Guerra Fría habían quedado ocultos por el enfrentamiento entre los dos bloques. Por otro lado, el período posterior a la desintegración de la URSS ha estado dominado por una única superpotencia, Estados Unidos, cuya hegemonía se incrementó ante la desaparición de su rival soviético.

El caso asiático no fue una excepción. Este mundo multipolar sólo se dio en la esfera más económica y en menor medida en la política pero no en la esfera militar. El final de la Guerra Fría trajo consigo una disminución de la presencia militar estadounidense en Asia pero no la desaparición de la misma. En ciertos casos, como Filipinas, Washington decidió el cierre de sus bases pero en Asia del Nordeste no sucedió lo mismo, truncando las expectativas chinas ante el posible final de la presencia política y militar norteamericana en la zona. Sin ir más lejos, en 1995 el gobierno de Bill Clinton anunciaba que mantendría sus acuerdos de seguridad con sus aliados japonés y surcoreano y que su presencia militar en Asia se estabilizaría en unos 100.000 efectivos.²⁰

¹⁹ You Ji y Jia Qingguo, "China's Re-emergence and Its Foreign Policy Strategy" en Maurice Brosseau, Suzanne Pepper y Tsang Shu-ki (ed.), *China Review 1998*, 1998, capítulo 5, p. 127.

²⁰ Roxane D.V. Sismanidis, "Chinese Security as Asia Evolves: Constraints and Ambiguities" en *Journal of Northeast Asian Studies*, verano de 1996, vol. 15, nº 2, p. 65-66.

Asimismo, la alianza militar nipo-estadounidense, pese a ciertas fricciones, se mantenía fuerte y no presentaba los signos de desgaste que algunos analistas del PCCh habían previsto tras el final de la Guerra Fría. EE.UU. seguía siendo el poder dominante en la región, con una influencia decisiva en el escenario coreano, del cual no se podía desentender porque de ello dependía la seguridad de Japón. A su vez, el nordeste de Asia jugaba un papel fundamental en la política estadounidense hacia Asia-Pacífico, esta última cada vez más importante para Washington. Consciente de que no podía arriesgarse a un enfrentamiento con EE.UU., China se opuso al “hegemonismo” norteamericano pero se trató de un nuevo tipo de “hegemonismo”, muy diferente al que existía en tiempos de la rivalidad con la URSS, y que consistía en oponerse a determinadas cuestiones impulsadas por el nuevo poder global (Washington) y no al conjunto de iniciativas de este último.²¹

La política exterior china de la post-Guerra Fría pasó a definirse, de hecho, en función de tres factores: modernización, nacionalismo y regionalismo. El primero data de los primeros tiempos de Deng Xiaoping como dirigente de China y se fundamenta en el desarrollo económico y la apertura al mundo. La modernización es la condición esencial para solventar los problemas internos y externos del país. Por ello, pese a los problemas crecientes, EE.UU. sigue siendo necesario para alcanzar los objetivos de desarrollo económico pero al mismo tiempo hay que extender la cooperación económica con otras naciones. El nacionalismo, por su parte, emerge cada vez con más fuerza como ideología líder en un momento en que el marxismo es incapaz de dar respuesta a los problemas crecientes y sólo sirve para frenar el desarrollo económico. El nacionalismo galvaniza a aquellos sectores del PCCh que, tras el colapso de la URSS, consideran que el siguiente objetivo de Washington es China y que aquél es el principal freno (por no decir amenaza) de la RPCh en su aspiración de convertirse en una superpotencia. No sólo eso, sino que después de los hechos de Tiananmen, se extiende la teoría entre algunos dirigentes políticos y militares chinos de que Washington intenta “derrocar” el sistema comunista mediante una política de transformación pacífica de China y de que aquél país será el principal adversario de Pekín en caso de una guerra futura.²² Por último, el regionalismo indica que China permanece como un poder

²¹ Qimao Chen, “New Approaches in China’s Foreign Policy: The Post-Cold War Era” en *Asian Survey*, marzo de 1993, vol. 33, nº 3, p. 243.

²² Guocang Huan, “China’s Policy towards Northeast Asia: Dynamics and Prospects” en *The Korean Journal of Defense Analysis*, invierno de 1991, vol. 3, nº 2, p. 172; Samuel S. Kim, “The Dialectics of

regional concentrando sus actividades políticas, militares y económicas principalmente en la región de Asia-Pacífico pese a sus aspiraciones mundiales.²³

En su nueva visión del mundo y con el fin de reforzar su posición en el continente asiático ante el poder norteamericano, China adopta una nueva política periférica con el objetivo de crear un entorno regional que conduzca a una intensificación de la modernización económica y también a reforzar su seguridad nacional.²⁴ Iniciada a finales de la década de los ochenta, esta política se intensifica en el primer lustro del decenio siguiente con el deterioro de los vínculos con Occidente y la mejora de relaciones con Mongolia, Rusia, las ex repúblicas de Asia Central, India y las naciones del sudeste asiático.

Sin embargo, en la práctica esta política no alcanza sus objetivos finales. Pese a que la desaparición de la Guerra Fría pone punto final a cualquier amenaza visible a la seguridad nacional de China (en términos generales, la post-Guerra Fría marca la época de mayor seguridad de la RPCh desde 1949), este país todavía se siente inseguro.²⁵ Y en este contexto, la península de Corea juega un papel fundamental a la hora de garantizar la seguridad nacional de China.

En este punto es importante especificar la realidad existente en esta época en esta zona del planeta. A diferencia de otras partes del mundo, el final de la Guerra Fría había tenido un impacto considerablemente menor en Asia del Nordeste y se habían preservado elementos característicos de aquella, la más importante de los cuales era el mantenimiento de dos estados antagónicos política, económica y socialmente en la península de Corea, esto es, la existencia de la RPDC y de la República de Corea.²⁶ En esta región, el factor económico, pese a sus avances, no había logrado sustituir al factor político y sobretodo al de seguridad.

China's North Korea Policy in a Changing Post-Cold War World" en *Asian Perspective*, otoño-invierno de 1994, vol. 18, n° 2, p. 29.

²³ Quansheng Zhao, "Chinese Foreign Policy in the Post-Cold War Era" en *World Affairs*, invierno de 1997, vol. 159, n° 3, p. 114.

²⁴ El aspecto económico es muy importante porque tiene mucho éxito entre los dirigentes chinos de la época la "teoría del siglo del Pacífico". Según ésta, el rápido crecimiento económico haría de la zona de Asia-Pacífico la región más poderosa del planeta y China vio en ello una oportunidad para asegurar su prosperidad económica. Véase Suisheng Zhao, "China's Periphery Policy and Its Asian Neighbors" en *Security Dialogue*, septiembre de 1999, vol. 30, n° 3, p. 336-338.

²⁵ David Shambaugh, "Growing Strong: China's Challenge to Asian Security" en *Survival*, verano de 1994, vol. 36, n° 2, p. 55; Xue Jundu y Lu Zhongwei, *Mianxiang ershiyi shiji de Zhongguo zhoubian xingshi* [La seguridad exterior de China en las áreas fronterizas en el siglo XXI], 1995, p. 319.

²⁶ Otra herencia de la Guerra Fría en Asia del Nordeste que sobrevivió a aquella es la disputa de las Kuriles (concretamente las cuatro islas del archipiélago situadas más al sur), en manos soviéticas desde el final de la Segunda Guerra Mundial y reclamadas por Tokio desde entonces. Sin embargo, esta cuestión nunca ha sido una amenaza real para la estabilidad de la región, a diferencia de la situación en Corea.

Por su posición geográfica como vórtice de Asia del Nordeste (y, por tanto, nexo estratégico de la región de Asia-Pacífico), la península de Corea ha despertado siempre un enorme interés en Pekín. Rodeada por cuatro grandes poderes (tres de los cuales son nucleares), era vital para la seguridad nacional de China y el final de la Guerra Fría no cambió esta situación.

Para alcanzar una mayor seguridad nacional, el objetivo de Pekín fue asegurar un entorno regional favorable. En primer lugar, afianzar una situación estable y pacífica en la península de Corea que permitiera al mismo tiempo el desarrollo económico. Partiendo del hecho de que el principio básico de su política hacia el nordeste de Asia es la defensa de sus intereses nacionales, cualquier inestabilidad sería percibida por China como una amenaza porque le afectaría directamente y perjudicaría dichos intereses. Ello explica porque, pese a las discrepancias frecuentes, China deseaba la presencia militar norteamericana en Corea del Sur como fuerza estabilizadora. Aparte de evitar una posible aventura militar de Pyongyang contra su vecino del sur, Washington conservaba una influencia decisiva sobre el gobierno de Seúl, al igual que hacía Pekín con el régimen norcoreano. Ambos gobiernos coincidían en sus objetivos de paz y estabilidad en la zona. No es extraño, por tanto, que China se mostrase partidaria de sustituir el Armisticio de 1953 por un tratado de paz entre las dos Coreas al considerar anormal que aquél siguiera determinando las relaciones entre los dos estados coreanos cuando la Guerra Fría, de la que es herencia dicho armisticio, ya había desaparecido.²⁷

Estos puntos de acuerdo entre Washington y Pekín no excluyen que las diferencias entre ambos tuvieran también sus consecuencias en el escenario coreano. El final de la Guerra Fría había marcado el fin del papel relevante que la URSS jugaba en la zona mientras que Japón continuaba ligado estrechamente a Estados Unidos. Ahora, la península de Corea pasaba a ser el escenario donde dos grandes potencias (EE.UU. y China) actuarían de manera agresiva para hacer prevalecer sus intereses estratégicos.

El miedo de China era que la superpotencia norteamericana practicara su “hegemonismo” en la península, elemento fundamental de la seguridad de aquella. Además, no se puede dejar de lado el contexto político de la época. No hay que olvidar que el progresivo deterioro de las relaciones sino-norteamericanas coincidió con el proceso de sucesión política en China (transferencia del poder político de la segunda a la tercera generación de dirigentes del PCCh) iniciado en 1989 y que se prolongaría

²⁷ Ilpyong J. Kim, “China and the Two Koreas in the Post-Cold War World” en *Korea Observer*, primavera de 1995, vol. 26, nº 1, p 9.

durante casi un lustro. Ello supuso un momento político complejo en una RPCh que no estaba segura del futuro papel de EE.UU. en la región. Además, en la recta final de este proceso tuvo lugar otro hecho no menos importante: en julio de 1994 moría Kim Il Sung y Corea del Norte iniciaba su propio proceso sucesorio, cuyo final no estaba demasiado claro a ojos de los dirigentes chinos.

Como vecino directo de Corea, la presencia de tropas de EE.UU. en la península, pese a aceptarla como elemento vital para la estabilidad regional, era una amenaza clara a la seguridad nacional de China y a la larga este país tendría que oponerse a ella.

Por todo ello, Pekín tuvo que replantearse su política hacia Corea con el fin de defender mejor sus intereses en la zona ante el nuevo escenario político surgido con el nuevo orden mundial dominado por EE.UU. Un ejemplo es la relación con la República de Corea. La normalización de relaciones con Seúl, acontecida en 1992, tenía no sólo objetivos económicos sino también estratégicos. Además de ejercer una mayor influencia en la península (lo que reforzaba su seguridad), China, como único aliado de Pyongyang una vez desaparecida la URSS, buscaba otorgar una mayor seguridad a Corea del Sur, lo que conllevaría en teoría una reducción de la influencia estadounidense en aquél país, y, por tanto, restringir su papel político en la región. Creando un espacio de seguridad en el conjunto de Corea, los intereses estratégicos de EE.UU. en el nordeste de Asia se verían seriamente debilitados. Dicha política vino acompañada de un acercamiento cada vez mayor entre chinos y surcoreanos en los principales asuntos referentes al nordeste de Asia en general y la península de Corea en particular. Incluso la faceta económica tenía su importancia: a través del comercio se podría lograr una mayor neutralización de Seúl y un distanciamiento de su protector norteamericano. El objetivo a largo plazo era debilitar la alianza militar entre Washington y Seúl y, por extensión, la que existía entre el primero y Tokio.²⁸

El otro objetivo de la nueva política de Pekín era la preservación de la alianza con Pyongyang, considerada un factor decisivo para mantener sus intereses de seguridad en la zona. Aunque la utilidad geopolítica de Corea del Norte había disminuido con el final de la Guerra Fría, su importancia para China seguía siendo considerable. En primer

²⁸ Pese a que el gobierno chino defendía el mantenimiento del Tratado de Seguridad entre aquél y Tokio y la presencia de tropas estadounidenses en el archipiélago nipón para evitar un rearme de Japón, ello también tenía sus inconvenientes. Las bases en Japón, por ejemplo eran un punto de apoyo logístico fundamental en cualquier operación militar norteamericana en Asia oriental y, por el artículo 6 del Tratado de Seguridad, las fuerzas armadas de Washington tenían derecho a utilizar dichas bases en caso de conflicto armado en la zona. Véase Naotoshi Sakonjo, "Security in Northeast Asia" en *Journal of Northeast Asian Studies*, septiembre de 1983, vol. 2, nº 3, p. 92.

lugar, continuaba siendo el principal aliado de Pekín en la zona y su dependencia respecto a China se había incrementado tras la desaparición de la URSS; de hecho era el único país que podía ejercer una influencia verdaderamente eficaz sobre el régimen de Pyongyang. Pero había otras consideraciones no menos importantes. La RPDC es el país que se encuentra más cerca del poder político chino (Pekín) y, además, se asoma a la región industrial del noreste chino y comparte el mar Amarillo con el estado chino. Por tanto, su importancia estratégica para Pekín estaba fuera de toda duda.

Consciente de que nunca podría dominar Corea, era importante contar con un aliado como la RPDC en la zona pese a los problemas que su gobierno podía causar. Aunque las relaciones entre Pekín y Seúl desde 1992 eran buenas, el primero continuaba percibiendo a la República de Corea como una base militar estadounidense que, en el peor de los casos, buscaba controlar a China.²⁹ Aunque era evidente que la relación entre EE.UU. y Corea del Sur había evolucionado desde los años 80 hacia una forma de asociación estratégica, la relación en sí no había experimentado cambios significativos. Washington continuaba asegurando la protección de Corea del Sur y su compromiso con este país asiático seguía siendo firme como demostraba la presencia de 37.000 soldados norteamericanos en su territorio.

Con la RPDC, China tenía una zona (o estado) tapón entre ella y EE.UU., que protegía su frontera nordeste, ofreciéndole de esta forma un paraguas protector en la región. Pero había otras ventajas. Para China, como único aliado de Pyongyang, su influencia sobre Corea del Norte le permitía mantener un papel importante en el conjunto de Corea y, por tanto, en el escenario de Asia del Nordeste. En otras palabras, los intereses de seguridad chinos en Corea no se podían preservar sin la existencia de relaciones cordiales con Pyongyang.

No es extraño, por tanto, que China mostrase un gran interés por la estabilidad del régimen norcoreano y por su supervivencia a la vez que mantenía y buscaba reforzar su vínculo con este último. Tanto la desaparición de la RPDC como la existencia de un régimen norcoreano hostil debilitarían la posición estratégica de China en Asia del Nordeste en beneficio de su rival norteamericano. Ello explica, por ejemplo, su apoyo a las propuestas norcoreanas en la península y el incremento de su ayuda económica después de la desaparición de la URSS. Había que evitar el colapso de Corea del Norte, hecho que por otro lado suponía una estabilidad que beneficiaba también a los otros

²⁹ Wheegook Kim, "The Impact of Sino-American Relations on Korean Unification" en *The Journal of East Asian Affairs*, invierno-primavera de 1997, vol. 11, nº 1, p. 46.

países de la zona. Otro ejemplo era el mantenimiento del Tratado de Amistad, Cooperación y Asistencia Mutua firmado en 1961. Pekín no siguió el ejemplo de Moscú una vez finalizado la Guerra Fría y, pese a que la relación con Pyongyang ni el contexto internacional ya no eran los mismos que tres décadas antes, en ningún momento mostró su interés en modificar o derogar dicho acuerdo, consciente de que ello facilitaba su influencia en la RPDC. En la misma línea se debe entender en parte la política de cautela de China en la crisis nuclear norcoreana de 1993-1994 pese a su preocupación ante la posibilidad de una Corea del Norte convertida en potencia atómica. Al oponerse a sanciones de la comunidad internacional contra Pyongyang, el PCCh buscaba evitar el enfrentamiento directo con su aliado y preservar sus vínculos con este último.

Esta actitud de China con su aliado norcoreano está estrechamente vinculada con la creciente tensión en las relaciones sino-norteamericanas. El rechazo a las sanciones contra su aliado norcoreano también era debido a que procedían de EE.UU., y existía la creencia de que este país buscaba a través de ellas derrocar a la RPDC.³⁰ Asimismo, el rechazo chino a participar en esta época en conversaciones cuatripartitas (EE.UU. las dos Coreas y la RPCh) para solucionar la cuestión intercoreana se debe entender en que aquellas eran percibidas como una forma en la que la potencia norteamericana buscaba extender su influencia en Corea.³¹

Otro elemento de preocupación para China era el posible entendimiento entre Corea del Norte y Estados Unidos. La razón hay que buscarla en el período posterior al acuerdo que pone fin a la crisis nuclear norcoreana (octubre de 1994), que viene marcado por una mejora significativa de las relaciones bilaterales entre Washington y Pyongyang y supone, por tanto, un refuerzo de las posiciones estadounidenses en la península de Corea. Aunque dichas relaciones estaban condicionadas y limitadas por la alianza entre EE.UU. y la República de Corea, la mejoría entre el gobierno estadounidense y el norcoreano fue notable hasta el punto de que, en su objetivo de normalizar sus relaciones con Washington, Pyongyang llegó a considerar incluso en una ocasión la congelación de su perenne condición de retirada de las tropas norteamericanas del sur del paralelo 38 para negociar con aquél.³² Pese a mostrar públicamente su apoyo a estos

³⁰ S.S. Kim, *op. cit.*, p. 28.

³¹ Yongho Kim, "Forty Years of the Sino-North Korean Alliance: Beijing's Declining Credibility and Pyongyang's Bandwagoning with Washington" en *Issues & Studies*, marzo-abril de 2001, vol. 37, nº 2, p. 170-171. Las primeras conversaciones cuatripartitas no tendrán lugar hasta la segunda mitad de 1997.

³² Hong Yung Lee, "Future Dynamics in Sino-Korean Relations" en *Journal of Northeast Asian Studies*, otoño de 1990, vol. 9, nº 3, p. 46.

contactos, la inquietud de Pekín ante estos intentos de aproximación de Estados Unidos a la RPDC era significativa porque eran percibidos en parte como una nueva muestra del interés norteamericano por aislar más a China en caso de un auge futuro de la rivalidad mutua.³³

Para lograr sus objetivos estratégicos en Asia del Nordeste, China debía conseguir también que Corea del Norte se adaptara y aceptara el entorno internacional. Para evitar tensiones, Pyongyang debería cesar en sus acciones agresivas contra Corea del Sur y EE.UU. porque la amenaza militar norcoreana era el eje de la alianza militar entre Washington y Seúl desde 1953 y servía para justificar, entre otros aspectos, el mantenimiento de los acuerdos de seguridad entre Japón y EE.UU. tras la desaparición de la amenaza soviética.³⁴ Además, podría iniciar una carrera armamentística en una de las zonas ya de por sí más militarizadas del mundo. Seguros de que Washington y su aliado surcoreano no invadirían la RPDC, el objetivo chino era asegurarse que ésta no diera argumentos a aquellos para intervenir contra ella. El caso del programa nuclear norcoreano había sido uno de los ejemplos de este peligro. Con este tipo de acciones provocativas, Corea del Norte podía desencadenar una escalada de la tensión que desembocara finalmente en un conflicto armado del que China difícilmente no se vería abocada a participar pero que seguro que le perjudicaría gravemente.

Un conflicto militar en Corea pondría en un dilema a China porque mantenía relaciones con los tres países que estarían, junto con ella, más implicados: EE.UU., la República de Corea y la RPDC. Desde el punto de vista militar, la estrategia de China hacia Corea se fundamentaba en la condición de no intervenir en la península, esto es, había que evitar a toda costa enviar al Ejército Popular de Liberación (EPL) a Corea y

³³ Doo Bok Park, "China's Policy on the Korean Peninsula and Chinese-South Korean Relations" en *Far Eastern Affairs*, 1998, nº 2, p. 36.

³⁴ Los objetivos chinos se vieron perjudicados con cierta frecuencia debido a la actitud beligerante de su aliado norcoreano. El final de la ayuda militar soviética y la negativa china a suministrarle armamento sofisticado llevaron al régimen de Pyongyang a reforzar su industria de defensa. A pesar de las dificultades, aquél no dudó en impulsar la militarización de la RPDC, incluso después de la muerte de Kim Il Sung en julio de 1994. Aparte del desarrollo de su industria nuclear de carácter militar en los años anteriores, a mediados de los noventa se incrementó el personal del Ejército Popular de Corea (EPC), aumentó el número de maniobras de este último, se desarrollaron misiles balísticos de mayor alcance y se inició la construcción propia de aviones de combate del tipo MiG-21. Además, las tensiones provocadas por Pyongyang se incrementaron entre 1994 y 1997. Por ejemplo, en agosto de 1995 las unidades próximas a Corea del Sur fueron reforzadas, despertando la inquietud de Seúl, Tokio y Washington. Véase Hideshi Takesada, "The North Korean Military Threat under Kim Jong Il" en Thomas H. Henriksen y Jongryn Mo (ed.), *North Korea After Kim Il Sung: Continuity or Change?*, 1997, p. 74-76. Para un análisis más detallado del refuerzo militar de Corea del Norte durante los últimos años de Kim Il Sung véase Nicholas Eberstadt y Judit Banister, "Military Buildup in the DPRK: Some New Indications from North Korean Data" en *Asian Survey*, noviembre de 1991, vol. 31, nº 11, p. 1095-1096 y 1110-1114.

no repetir los hechos de 1950-1953.³⁵ Los peligros de participar en un nuevo conflicto armado en la península coreana eran enormes porque se sabía cómo entrar pero no cómo salir.

Sin embargo, por sus intereses estratégicos en la región, China debía mostrarse fuerte ante la creciente rivalidad con EE.UU. y sus aliados y demostrar que no dudarían en intervenir militarmente en la región. Indudablemente, los líderes chinos no querían ver a las tropas de Corea del Norte al sur del paralelo 38 pero al mismo tiempo rechazaban cualquier posibilidad de que las fuerzas armadas estadounidenses y surcoreanas cruzasen la Zona Desmilitarizada (DMZ en sus siglas inglesas) y tener que hacer frente de esta forma a un escenario muy peligroso: la presencia militar de EE.UU. en su frontera nordeste. Por ello, los altos mandos del ejército chino no dudaban en señalar el importante poder militar de Pekín en sus conversaciones con sus homólogos estadounidenses para advertir claramente a Washington de no intentar desplazar los intereses estratégicos chinos en la zona y que no tolerarían la presencia militar norteamericana en su frontera con Corea.³⁶ Prueba de la relevancia militar de la península era el hecho de que la región militar de Shenyang, una de las once en las que se divide militarmente la RPCh, era la segunda más grande en número de unidades militares, incluyendo cinco cuerpos del EPL.³⁷

En su rivalidad con Estados Unidos en Corea, la política de Pekín fue a lo largo del período 1991-1997 muy ambigua porque tenía implicaciones más allá de la península y afectaban directamente a los intereses nacionales. Así, los líderes chinos buscaban reducir el papel de Washington como estabilizador y actor regional de primer orden a la vez que consideraban beneficioso para sus intereses el compromiso de Washington en la zona de Asia-Pacífico porque su desaparición de la misma conllevaría una desestabilización política. Ello les conducía a practicar una política constructiva en el escenario coreano pero cuyos beneficios políticos a la larga no estaban seguros de poder cumplirse.

³⁵ Eric A. McVadon, "Chinese Military Strategy for the Korean Peninsula" en James R. Lilley y David Shambaugh (ed.), *China's Military Faces the Future*, 1999, p. 278.

³⁶ David Shambaugh, "China and the Korean Peninsula: Playing for the Long Term" en *Washington Quarterly*, primavera de 2003, vol. 26, nº 2, p. 51; E.A. McVadon, *op. cit.*, p. 282.

³⁷ Hu Weixing, "Beijing's Defense Strategy and the Korean Peninsula" en *Journal of Northeast Asian Studies*, otoño de 1995, vol. 14, nº 3, p. 63. La primera es la región militar de Cantón.

China versus la Unión Soviética: Corea y el conflicto sino-soviético

La península de Corea, por su situación geográfica, tuvo una importancia estratégica para Moscú desde 1945. De hecho, la RPDC fue fundada por la URSS en los primeros tiempos de la Guerra Fría. El objetivo del Kremlin a lo largo de los casi cincuenta años siguientes fue oponerse a la presencia estadounidense en la zona y extender su influencia en la misma. Sin embargo, la existencia de un régimen extremadamente nacionalista en el norte de la península, la presencia de su rival comunista (la RPCh) en la región y el estallido del conflicto sino-soviético limitaron a partir de los años cincuenta la influencia del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) en Pyongyang. Además, la política de Moscú tendió a fijarse en los dos decenios siguientes en la rivalidad con la China de Mao, la competencia con EE.UU. y los acontecimientos del frente europeo (Hungría, Berlín, Checoslovaquia, etc.).

La situación empezó a cambiar a partir de finales de los años sesenta con la puesta en marcha por Moscú del llamado “sistema de seguridad colectiva en Asia”, cuyo objetivo principal era el aislamiento de su gran rival comunista, la RPCh, mediante la instauración de regímenes prosoviéticos en la periferia de aquel país. No es extraño, por tanto, que en el último lustro y medio de la era Brezhnev la política soviética en Asia fuera decididamente expansionista, lo que convirtió la contención del avance soviético en este continente en uno de los objetivos principales de China. Entre finales de los setenta y comienzos de los ochenta Pekín empezó a sentir que la URSS le estaba rodeando y que los países vecinos se encontraban cada vez más cerca de la órbita soviética. Las dos primeras evidencias de esta política del Kremlin habían sido el Tratado de Amistad, Cooperación y Asistencia Mutua firmado por Vietnam y la URSS en noviembre de 1978 y en especial la invasión soviética de Afganistán en diciembre del siguiente año. Si a ello añadimos la presencia de numerosas unidades del Ejército Rojo en Mongolia y la alianza tácita entre el Moscú y Nueva Delhi, Pekín se encontraba en una posición cada vez más delicada y no ocultaba su creciente preocupación por los avances de Moscú en la zona de Asia-Pacífico.

Por otro lado, desde comienzos de los setenta la URSS había impulsado una modernización sin precedentes de sus fuerzas armadas con el fin de contrarrestar el poder militar de EE.UU., claramente superior al soviético desde el decenio anterior. El resultado de este refuerzo militar fue que a finales de aquella década la Unión Soviética ya superaba a su rival estadounidense en armas estratégicas y convencionales aunque

estaba por debajo todavía en número de cabezas nucleares.³⁸ Ello era muy importante porque la superioridad en armamento convencional le otorgaba a Moscú una especial relevancia en la competencia con Washington. El arma nuclear, cuyas consecuencias eran devastadoras, era un arma más disuasoria que ofensiva y su utilidad bélica era limitada.

En el escenario concreto del nordeste de Asia se aprecia a partir de la segunda mitad de la década de los setenta un refuerzo militar de la URSS en sus territorios del Extremo Oriente. Ello preocupaba enormemente a Pekín, consciente de su inferioridad frente al poder soviético. El conflicto sino-soviético había conllevado una militarización de la extensa frontera común donde, salvo en número de soldados, la superioridad soviética era absoluta: blindados, misiles balísticos y nucleares, capacidad aérea, movilidad de las unidades militares, etc. Ahora, además, Moscú ampliaba su potencial en las regiones del este ruso, que veían reforzadas sus unidades navales y aéreas. Incluso el armamento nuclear se incrementó en la zona, representando el 35-40% del total del arsenal soviético en la primera mitad de los ochenta.³⁹

La intensificación del despliegue de unidades del Ejército Rojo en el Lejano Oriente tenía riesgos importantes para el PCCh. Éste sabía del escaso aprecio que los soviéticos sentían por el régimen de Kim Il Sung y no se podía descartar que, en caso de crisis en el seno de este último, Moscú no propiciara un cambio de dirigentes o, peor todavía, decidiera inmiscuirse militarmente de manera directa. La importancia de Corea del Norte radicaba, por ejemplo, en que tenía una frontera con la URSS y con China y Pekín era consciente de la gran amenaza que supondría para su seguridad el hecho de que el Kremlin llevara a cabo una acción similar a la de Afganistán: derribo de un régimen comunista poco proclive a sus intereses y su sustitución por otro más acorde con su política en la zona. De este modo, la RPDC pasaría a formar parte de la esfera soviética como Mongolia o Vietnam. Además, Corea del Norte era el único país que compartía fronteras tanto con la URSS como con China que todavía permanecía independiente de Moscú, mientras que los otros dos (Afganistán y Mongolia) estaban en la órbita soviética.

En este contexto adverso, el PCCh temía más el incremento de la fuerza militar soviética en Asia (con el establecimiento, por ejemplo, de bases en Vietnam desde finales de los setenta), y en especial el aumento de sus unidades en el Extremo Oriente

³⁸ C.W. Kang, *op. cit.*, p. 500-501.

³⁹ *Ibid.*, p. 504.

ruso, que la presencia militar estadounidense en Japón y Corea del Sur. Por ello, Pekín optó por establecer una alianza con EE.UU. frente al creciente poder bélico soviético en Asia del Nordeste. Al hacerlo, China daba un aviso claro a la URSS de que no podría rodearla con estados aliados (como había hecho con Vietnam y Afganistán) porque contaba con el apoyo de Washington y también de su aliado japonés. La presencia militar estadounidense en la región, al contrario que la soviética, era percibida como un factor de disuasión ante cualquier ambición soviética en la zona. El viceministro de Asuntos Exteriores chino Zhu Qizhen declaró al respecto en esta época:

“Con anterioridad la Unión Soviética ha desplegado un gran número de tropas a lo largo de la frontera sino-soviética, y más recientemente ha desplegado un gran número de misiles [balísticos de alcance medio] SS-20 en el Extremo Oriente. Ello supone una amenaza para la seguridad de China. El refuerzo militar soviético está dirigido principalmente contra EE.UU. y Japón, pero también supone una amenaza para la seguridad de China. Se enmarca en el despliegue estratégico total de los soviéticos en este área. Nosotros mantenemos la creencia de que las acciones en esta dirección llevadas a cabo por la Unión Soviética tienen un efecto adverso en la seguridad en la región asiática y del Pacífico. Esperando ver una relajación de la tensión en esta región, estamos contra el refuerzo militar en esta área por cualquiera de las grandes potencias.”⁴⁰

Las críticas de Zhu se enmarcan también en un momento delicado en las relaciones sino-norcoreanas. Desde el inicio del conflicto sino-soviético Pekín siempre había buscado mantener a Corea del Norte fuera de la órbita soviética y, pese a algunos momentos de tensión con Pyongyang, hasta entonces lo había logrado. En cambio, ahora la situación amenazaba con truncar este objetivo. Tras la muerte de Leonid Brezhnev en 1982 se había producido un deshielo en las relaciones entre Pyongyang y Moscú que tendría su epicentro en el período 1984-1986/1987. En mayo de 1984 Kim Il Sung visitó Moscú por primera vez en dos décadas, seguido de un nuevo viaje a la capital soviética dos años más tarde. Entre los dos viajes del presidente norcoreano a la URSS se produjeron importantes contactos políticos, económicos y también militares que supusieron, entre otras cosas, la entrega de material bélico moderno a Corea del Norte, especialmente en su sistema defensivo.⁴¹ Ambos gobiernos, además, mostraron sus coincidencias en política internacional.

Aunque dicho acercamiento se debía al esfuerzo de la URSS de incluir a la RPDC en su estrategia global que en el caso asiático incluía también a Indochina, la razón

⁴⁰ Y.C. Kim (dir.), *op. cit.*, p. 74.

⁴¹ Alexander Zhebin, “Russia and North Korea: An Emerging, Uneasy Partnership” en *Asian Survey*, agosto de 1995, vol. 35, n° 8, p. 729-730.

principal era la amenaza que suponía para Moscú el eje Washington-Pekín-Tokio, cuya alianza implicaba un poder sin igual en el escenario del nordeste de Asia.⁴² La cooperación militar sino-estadounidense, añadida a la colaboración de Japón, amenazaba con dar un vuelco en la balanza de poder en el nordeste asiático y amenazaba los intereses soviéticos en la zona. Si estallara una guerra total con EE.UU., Moscú se arriesgaba a tener que luchar en dos frentes, el europeo y el asiático, y en este último caso se enfrentaría en el peor de los casos a una coalición formada por una nación china con mil millones de habitantes y al potencial militar e industrial de Estados Unidos y Japón. Además, el territorio más afectado sería Siberia, región inmensa y más vulnerable por estar alejada del centro del poder político de la URSS, lo que había justificado en gran medida el refuerzo militar de los años anteriores. No hay que olvidar tampoco que la competición militar entre EE.UU. y la Unión Soviética había experimentado cambios importantes y que el gobierno de Ronald Reagan (1981-1989) había impulsado desde su llegada al poder el mayor refuerzo militar estadounidense desde la Segunda Guerra Mundial. El hecho más importante había sido el anuncio en 1983 de su intención de desarrollar un sistema de defensa de misiles en el espacio conocido como Iniciativa de Defensa Estratégica (SDI en sus siglas inglesas). Dicho refuerzo militar otorgaría a EE.UU. la superioridad en el terreno militar.

Por su posición estratégica, la península de Corea adquirió cada vez más relevancia en la seguridad nacional de la URSS, especialmente con la emergencia de China como gran potencia mundial. Para reforzar su posición como poder regional, el Kremlin buscó solidificar la alianza con Corea del Norte frente al triángulo Estados Unidos-Corea del Sur-Japón y asegurar todavía más el refuerzo militar y estratégico que llevaba a cabo en Extremo Oriente y el Pacífico Occidental desde hacía algunos años. El ejemplo más claro era la situación de la Flota del Pacífico porque sus bases tenían importantes desventajas geográficas para poder desplegar las unidades navales en el Océano Pacífico. La de Petropavlosk, situada en la costa oriental de la península de Kamchatka y centro de las unidades de submarinos, se encontraba situada demasiado al norte. Las otras dos bases, Vladivostok (cuartel general de la flota) y Sovietskaya Gavan estaban situadas en la costa soviética del mar de Japón pero se encontraban con el problema de que sólo podían contar con cuatro pasos para acceder al Pacífico. El primero, al norte, era el estrecho de Tatar, entre la Provincia Marítima y la isla de

⁴² N. Sakonjo, *op. cit.*, p. 87.

Sakhalin. De los cuatro era el más seguro para los soviéticos pero se helaba durante casi cuatro meses a partir de diciembre y tenía un coste económico y en tiempo relativamente altos porque implicaba atravesar más tarde el extenso Mar de Ojotsk hasta llegar al Pacífico. El segundo paso era el estrecho de Soya (también llamado de La Pérouse) entre Sakhalin y la isla japonesa de Hokkaido, lo que le conducía a atravesar más adelante las Kuriles a la altura de las cuatro islas del archipiélago reclamadas por Tokio. El tercero de los pasos era el de Tsugaru, más difícil todavía, porque suponía atravesar entre Hokkaido y Honshu, ambos territorio japonés, y, como en el anterior caso, no se podría pasar desapercibido ante la intensa vigilancia estadounidense y nipona.⁴³ El último paso era el estrecho de Corea (también llamado de Tsushima porque separa esta isla japonesa de la península coreana). De los cuatro, era considerado como el más importante por Moscú porque otorgaba un acceso directo al Pacífico pero la vez significaba el camino más corto hacia el sudeste de Asia y el Océano Índico, donde la URSS tenía importantes intereses (Vietnam, Camboya, India). Y en este contexto, Corea representaba un punto estratégico vital y era aconsejable contar con un aliado en la zona, en este caso la RPDC.

Otro factor a tener en cuenta en su política hacia Corea era el deseo de Moscú de formar parte de los acontecimientos que tenían o podían tener lugar en la zona en un futuro como, por ejemplo, la reunificación de la península. El refuerzo militar soviético en el Pacífico no se había traducido en una ventaja política y se necesitaba recuperar una mayor influencia en la región ante el poder norteamericano y chino y la alianza militar entre Washington y Tokio.⁴⁴ El objetivo a medio plazo de este acercamiento a Pyongyang buscaba debilitar el sistema de alianzas de EE.UU. en Asia-Pacífico y contener a China a la vez que se intentaba mejorar las relaciones con esta última. Desde el punto de vista geopolítico, Corea del Norte había adquirido a ojos de Moscú una gran importancia como estado tapón que protegía la importante zona de Vladivostok y, por tanto, se había convertido en un elemento básico en la seguridad nacional de la URSS.⁴⁵

Para lograr este objetivo, Moscú incrementó su ayuda militar y económica de manera sustancial a partir de 1984. Así, Pyongyang recibió los modernos aviones de

⁴³ Chang-Yoon Choi, "The Korean Question in Soviet East Asian Policy" en *Korea and World Affairs*, primavera de 1979, vol. 3, nº 1, p. 7-8.

⁴⁴ Donald S. Zagoria, "The Soviet Union's Military-Political Strategy in the Far East" en *Korea and World Affairs*, verano de 1986, vol. 10, nº 2, p. 356.

⁴⁵ Joseph M. Ha, "Soviet Perceptions of North Korea" en Jae Kyu Park y Joseph M. Ha (ed.), *The Soviet Union and East Asia in the 1980s*, 1983, p. 51.

combate MiG-23, misiles de alcance medio SAM-3 y tanques T-72.⁴⁶ En el apartado económico, la asistencia de Moscú aumentó, destacando el suministro de petróleo. Por otro lado, el Kremlin multiplicó los gestos y, entre otras cosas, mostró su reconocimiento de Kim Jong Il como heredero de su padre, confirmado en el encuentro entre el ministro de Asuntos Exteriores Andrei Gromyko y su homólogo norcoreano Kim Yong-nam en abril de 1985.⁴⁷ Este hecho, por otra parte, no es en absoluto desdeñable porque era otro de los objetivos de la nueva política soviética hacia Corea del Norte. En previsión de una cada vez más cercana sucesión de Kim Il Sung, era aconsejable expandir la influencia soviética en Pyongyang.⁴⁸

Aunque públicamente declaró su apoyo a este acercamiento soviético-norcoreano, China lo percibió con extremo recelo. Los dirigentes del PCCh eran conscientes de que su política en Asia, marcada por el acercamiento a EE.UU., había tenido sus consecuencias en su influencia sobre Kim Il Sung y el PTC y que las críticas soviéticas por su doble moral (al aceptar la posición norcoreana en la cuestión de la reunificación y aceptar a la vez la presencia militar estadounidense en Corea del Sur) eran muy perjudiciales para sus intereses en la zona, al igual que las llamadas soviéticas a la solidaridad entre países socialistas y a la lucha contra el imperialismo.⁴⁹ Asimismo, desde el punto de vista de la capacidad militar la superioridad soviética era evidente y, por tanto, su influencia en este punto en Corea del Norte también. Pekín percibía que el Kremlin utilizaba a Kim Il Sung para debilitar a la RPCh jugando con los temores norcoreanos ante un posible entendimiento cada vez mayor entre chinos y norteamericanos.

Entre los temores de Pekín estaba la intensificación de la cooperación militar entre soviéticos y norcoreanos y el riesgo de que los primeros se encontraran al final en una posición de ventaja en caso de enfrentamiento con China. Desde diciembre de 1984 el régimen de Pyongyang había autorizado el paso por su espacio aéreo de aviones soviéticos de reconocimiento con el objetivo de inspeccionar la situación en la zona del mar de Japón pero también en la región del mar Amarillo.⁵⁰ Asimismo, el uso del

⁴⁶ Li Ki-taek, "Soviet Military Policy in the Far East and Its Impact on North Korea (I)" en *Vantage Point*, abril de 1989, vol. 12, nº 4, p. 5-6; Harry Gelman, "Continuity versus Changes in Soviet Policy in Asia" en *Journal of Northeast Asian Studies*, verano de 1985, vol. 4, nº 2, p. 10.

⁴⁷ Yong-chool Ha, "Soviet Perceptions of Soviet-North Korean Relations" en *Asian Survey*, mayo de 1986, vol. 26, nº 5, p. 587.

⁴⁸ Herbert J. Ellison, "Soviet-Chinese Relations: The Experience of Two Decades" en Robert S. Ross (ed.), *China, The United States, and the Soviet Union: Tripolarity and Policy Making in the Cold War*, 1993, p. 116.

⁴⁹ Y. Ha, *op. cit.*, p. 585-586.

⁵⁰ Suck-Ho Lee, "Evolution and Prospects of Soviet-North Korean Relations in the 1980s" en *Journal of Northeast Asian Studies*, otoño de 1986, vol. 5, nº 3, p. 23.

espacio aéreo norcoreano permitía una mejora en las comunicaciones con la base área que los soviéticos tenían en Vietnam, concretamente en Danang.

Pero el peligro principal era la utilización del territorio norcoreano como punta de lanza para un hipotético ataque soviético contra la RPCh. La preocupación china era evidente especialmente en el ámbito del poder naval. La flota del Pacífico había sido reforzada desde los setenta y a mediados de la década siguiente representaba el 30% de la armada soviética, incluyendo una cincuentena de submarinos (parte de ellos nucleares) y dos de los cuatro portaaviones de la URSS.⁵¹ Pekín sospechaba que los acuerdos militares entre soviéticos y norcoreanos habían conducido al acceso al territorio de la RPDC por parte de los primeros. La base naval de Najin, en la costa oriental, estaba abierta a los buques y submarinos de la flota soviética y se creía que esta última también tenía autorización para acceder a otros puertos del país como Chongjin y Wonsan.⁵² Ello permitiría a Moscú disfrutar de unas bases navales en el Pacífico Norte libres de hielo todo el año y controlar las estratégicas vías marítimas entre Vladivostok y el mar Amarillo, así como mejorar las comunicaciones con su base naval de Cam Ranh, en Vietnam.⁵³

Esta situación era muy peligrosa para los intereses de la RPCh. Una alianza exclusiva entre Moscú y Pyongyang tendría importantes ventajas estratégicas para el primero en caso de guerra con China porque podría atacar a esta última por tres flancos sólo en la zona oriental: Mongolia (aliada de la URSS desde hacía décadas), Siberia oriental y Corea del Norte. No hay que olvidar tampoco que el uso del espacio aéreo norcoreano situaría en una posición ventajosa a la aviación soviética, compuesta en el Extremo Oriente por casi 2200 aparatos, incluidos bombarderos, interceptores y aviones de combate MiG-23, MiG-25 y MiG-27.⁵⁴ Por otro lado, la utilización de puertos

⁵¹ C.W. Kang, *op. cit.*, p. 503. Para una explicación más detallada de las diferentes unidades navales de la Flota soviética del Pacífico véase Robert L. Pfaltzgraff, "Soviet Strategy and North Korea: Implications for Relations between the Republic of Korea and the United States in the late 1980s" en *Korea and World Affairs*, verano de 1986, vol. 10, nº 2, p. 336-340.

⁵² Li K., *op. cit.*, p. 6; Tae-Hwan Kwak, "Recent Soviet Policy toward the Two Koreas: Trends and Prospects" en *Korea and World Affairs*, verano de 1979, vol. 3, nº 2, p. 201. Las primeras sospechas del uso soviético de la base de Najin se remontan a marzo de 1979, en pleno enfrentamiento bélico entre China y Vietnam, con motivo del envío de una flotilla de guerra a las cercanías de la costa vietnamita. Se cree que en dicha flotilla repostó en la base norcoreana durante su travesía hacia el mar de la China Meridional. Parece ser que la utilización de la base por los soviéticos pudo acordada durante la visita del vicepresidente norcoreano Pak Sung Chol a Moscú en enero de 1979. Véase al respecto Han S. Park, "Chinese Foreign Policy Orientations and the Korean Peninsula" en *Korea and World Affairs*, verano de 1980, vol. 4, nº 2, p. 315.

⁵³ Pekín ya había experimentado el potencial bélico de la Flota del Pacífico cuando parte de ella sido desplegada en el mar de la China Meridional por Moscú durante la guerra entre China y Vietnam como forma de advertencia a la primera de no ir demasiado lejos en el ataque contra su aliado vietnamita. Véase *New York Times*, 3 de marzo de 1979.

⁵⁴ C.W. Kang, *op. cit.*, p. 503.

norcoreanos permitiría a la Flota soviética del Pacífico mayores ventajas a la hora de controlar el mar Amarillo y bloquear así la costa norte de China, debilitando de esta forma a la Flota Norte de la armada china.⁵⁵ Incluso si la que atacara primero fuera la RPCh, los soviéticos seguirían estando en clara ventaja porque podrían frenar y debilitar dicho ataque sobre sus territorios del Pacífico mediante una ofensiva en la retaguardia y en los dos flancos. En este contexto, los chinos saldrían claramente perjudicados porque el resultado sería la pérdida en primer lugar del nordeste de China, el corazón industrial del país, y el PCCh era plenamente consciente del peligro.

Sin embargo, los temores de China no llegaron a cumplirse. Las políticas reformistas de Gorbachev supusieron un alejamiento progresivo entre norcoreanos y soviéticos. La política asiática de Moscú no desapareció sino que se transformó orientándose hacia los beneficios políticos y económicos que tendría para la URSS, un país cuyas más de dos terceras partes se encontraban en Asia. Los discursos de Vladivostok (1986) y Krasnoyarsk (1988) mostraron el deseo soviético de participar en el creciente dinamismo económico en el Pacífico Occidental como forma de impulsar el desarrollo de los territorios orientales de la URSS, con el objetivo de que este país continuara siendo un poder en la región. Para ello, eran necesarias la estabilidad en toda la región y la mejora de las relaciones con la RPCh, lo que conllevaría otros objetivos no menos importantes como incrementar la influencia de Moscú en la zona y frenar la norteamericana, poniendo fin así al eje Washington-Pekín.

Entre 1987 y 1989 las relaciones entre soviéticos y chinos mejoran considerablemente. Los principales motivos de enfrentamiento entre los dos gobiernos comunistas se resuelven con la retirada soviética de Afganistán, el final de la ocupación vietnamita de Camboya, la disminución de las unidades militares soviéticas en la frontera común y el anuncio de Moscú de una futura retirada de sus tropas estacionadas en la vecina Mongolia. Además, el objetivo soviético de impulsar el desarrollo económico en el Lejano Oriente ruso es bien recibido por Pekín porque ello favorece, entre otras cosas, la creación de comercio fronterizo, la cooperación tecnológica, la explotación de los grandes recursos naturales de Siberia y la exportación de mano de obra barata.⁵⁶

⁵⁵ Chang-Yoon Choi, "Interests and Policies of the Soviet Union and China toward the Korean Peninsula as Viewed from the Sino-Soviet Conflict" en Tae-Hwan Kwak, Wayne Patterson y Edward A. Olsen (ed.), *The Two Koreas in World Politics*, 1983, p. 235.

⁵⁶ Yufan Hao, "The Development of the Soviet Far East: A Chinese Perspective" en *Korea and World Affairs*, verano de 1991, vol. 15, nº 2, p. 237-248.

Este acercamiento entre los dos grandes aliados de la RPDC afecta también a la península de Corea. De hecho, ya en el pasado los gobiernos soviético y chino habían coincidido en el rechazo a posibles aventuras militares de Kim Il Sung en la zona y en descartar la reunificación de Corea como una prioridad. Ahora, además, tanto Moscú como Pekín defienden la estabilidad en la zona y el *status quo* existente con el fin de poder llevar a cabo el desarrollo económico y rechazan cualquier iniciativa provocativa de Kim Il Sung contra su vecino del sur. Moscú también aboga por una reducción de los efectivos militares en la zona, la declaración de Corea como zona libre de armamento nuclear y el inicio de conversaciones entre las diferentes partes para poner fin a la tensión en el conjunto del nordeste de Asia.⁵⁷

La reconciliación sino-soviética a partir de 1989 y el final de la Guerra Fría implicaron un cambio muy importante que afectó directamente a la península coreana: el declive absoluto de la influencia de Moscú, incluido en la RPDC, que coincide con la entrada en la década de los noventa. La caída de la Unión Soviética no hizo sino alejar a la Rusia independiente de la región y su papel en el escenario coreano pasó a ser secundario. Pese a mantener una fuerza militar considerable en sus territorios orientales, el nuevo estado ruso fue incapaz de frenar su declive en Asia del Nordeste ante la creciente inestabilidad política interna y la recesión económica. En resumen, el período 1991-1997 estuvo marcado por la escasa relación con las dos Coreas, el débil desarrollo de las relaciones económicas con las naciones más dinámicas de la zona y la ausencia de acuerdos en materia de seguridad con las grandes potencias presentes en la región (Estados Unidos, China) con el objetivo de preservar la estabilidad en la misma. Rusia dejó de ser considerada por Washington, Pekín, Tokio, Seúl y Pyongyang como un colaborador útil en la resolución de los problemas en una zona tan conflictiva como era Asia del Nordeste.⁵⁸

De esta manera, Moscú renunciaba a la competición política con Pekín sobre qué país tenía más influencia sobre Kim Il Sung y el PTC y dejaba el camino abierto para

⁵⁷ Mikhail G. Nossov, "The USSR and the Security of Asia-Pacific Region: From Vladivostok to Krasnoyarsk" en *Asian Survey*, marzo de 1989, vol. 29, nº 3, p. 257.

⁵⁸ Por ejemplo, el papel soviético en la crisis nuclear de 1993-1994 fue relativamente marginal y sus propuestas para la resolución de la misma no fueron consideradas por EE.UU., China y Japón. Para una visión más amplia de la política rusa hacia Corea en esta época véase Stephen Blank, "Russian Policy and the Changing Korean Question" en *Asian Survey*, agosto de 1995, vol. 35, nº 8, p. 714-725; para una explicación más detallada de la geopolítica rusa hacia el nordeste de Asia en los años noventa véase Hai-Su Youn, "Changes in DPRK-Russia Relations, 1989-1999: Before and After Kim Jong-Il" en *The Journal of East Asian Affairs*, otoño-invierno de 1999, vol. 13, nº 2, p. 446-451; asimismo, véase Alexei D. Bogaturov, "Russia in Northeast Asia: Setting a New Agenda" en *Korea and World Affairs*, verano de 1993, vol. 17, nº 2, p. 308-311.

que los chinos se erigieran en el aliado único de Pyongyang, aumentando de esta forma su importancia en el escenario coreano.

El factor japonés

Japón es uno de los tres países enteramente situados en la región de Asia del Nordeste. Los otros dos son la RPDC y la República de Corea. Ello conlleva que la política de Tokio hacia la península coreana sea al mismo tiempo su política hacia el conjunto de la zona. Sin embargo, ha sido desde 1945 el país que menos se ha implicado en la política regional. Indudablemente, el pasado reciente representado por la ocupación militar japonesa de Corea y del nordeste chino con anterioridad a la Segunda Guerra Mundial ha supuesto un lastre del que Tokio no había logrado desembarazarse todavía a finales del siglo XX. Sin embargo, éste sólo era uno de los factores que han condicionado la política japonesa en el Nordeste de Asia.

Aparte del pasado reciente, la Guerra Fría fue también un elemento fundamental. El enfrentamiento entre el bloque comunista y el occidental y la alianza con EE.UU. hicieron de Japón la vanguardia del dispositivo político y militar estadounidense en Asia. La seguridad nacional de Tokio estaba estrechamente ligada a Washington y convirtió al primero en el pilar del mundo capitalista en una zona donde estaban presentes los dos principales representantes del mundo comunista. Por otro lado, el Tratado de Normalización de 1965 entre Japón y Corea del Sur, que estableció las relaciones diplomáticas entre los dos gobiernos, tuvo su origen en la necesidad común de hacer frente a la amenaza comunista y porque no se entendía que las dos naciones que integraban el sistema defensivo norteamericano en la región no mantuvieran contactos oficiales. A partir de entonces, la estabilidad de la República de Corea se convirtió en un factor decisivo para la seguridad nacional de Japón y éste incrementó de manera sustancial la ayuda económica a aquél país.⁵⁹

En la práctica, sin embargo, esta situación no se tradujo en un mayor papel de Japón en el escenario coreano. En primer lugar, pese a reconocer los riesgos que suponía el enorme poder militar de la URSS (reconocida potencia atómica) en el Extremo Oriente, Tokio no percibía en esta última una amenaza directa para su seguridad. Por otro lado, la inexistencia de un tratado de paz con Moscú y la alianza con

⁵⁹ Hong Nack Kim, "Japan's Policy toward the Korean Peninsula since 1965" en T.H. Kwak, W. Patterson y E. A. Olsen (ed.), *op. cit.*, p. 307.

Washington hizo que por lo general los gobiernos japoneses de la postguerra se desentendieran del entorno regional y rechazaran implicarse en los asuntos de la zona.⁶⁰ Condicionada por EE.UU. a través de su tratado de seguridad, la política coreana de Japón se mantuvo en un segundo plano hasta finales de los ochenta.

El final de la Guerra Fría trajo una oportunidad para Japón a la hora de erigirse en una potencia regional más allá del ámbito económico. Una vez finalizado el enfrentamiento entre los dos bloques, Japón dejó de ser la “base de la lucha anticomunista de EE.UU. en Asia” y de estar condicionado, por tanto, por la política exterior norteamericana en la zona. A comienzos de los noventa, la diplomacia japonesa se dio cuenta de los pocos avances experimentados por su país en las décadas anteriores y decidió tomar la iniciativa para dotar a Tokio de un mayor prestigio e influencia en la escena internacional, empezando por el espacio político más cercano, esto es, el nordeste de Asia.

Este aspecto es muy importante a tener en cuenta porque es con la entrada en la década de los noventa cuando las autoridades japonesas se dieron cuenta de que las principales amenazas a su seguridad nacional se encontraban en dicha región. Esta circunstancia hizo que la visión japonesa de China como su gran rival en la escena asiática se hiciera cada vez evidente y fuera considerada como un competidor en potencia a medio o largo plazo. Pekín, por su parte, reconocía los avances obtenidos en las dos décadas de relaciones desde la normalización diplomática y apreciaba los puntos de vista coincidentes con Tokio en diversas cuestiones de Asia del Nordeste como la necesidad de estabilidad en la península coreana y la hostilidad hacia cualquier avance de la URSS en la zona. Pese a algunas críticas, el PCCh había mantenido un discurso moderado hacia la alianza entre EE.UU. y Japón desde los últimos años del maoísmo e incluso había manifestado su respaldo al derecho nipón de reforzar su capacidad de defensa.⁶¹ Sin embargo, Pekín sabía también que Japón siempre había soñado con ser la potencia dominante en Asia oriental aunque nunca lo había logrado. Hasta finales de los ochenta la política exterior nipona en Asia se había visto condicionada por su pasado militarista pero al liderazgo comunista chino no se les escapaba el hecho de que a medida que pasara el tiempo aquél cada vez tendría menos peso y en esta época ya habían empezado a surgir las primeras evidencias de que Tokio buscaba despegarse de

⁶⁰ Isabelle Cordonnier, “Le Japon et l’Asie du Nord-Est” en *Hérodote. Revue de géographie et de géopolitique*, segundo trimestre de 2000, n° 97, p. 16.

⁶¹ Hong Nack Kim, “Sino-Japanese Relations in the 1980s: Political and Economical Dimensions” en *Korea and World Affairs*, primavera de 1988, vol. 12, n° 1, p. 86.

aquel pesado legado. Ello tendría importantes consecuencias y los chinos eran conscientes que un mayor papel de Japón en el Asia del Nordeste, esto es, en la península coreana, iría directamente en contra de sus intereses en la zona.

Para Pekín, este deseo nipón de ejercer una mayor participación en la escena asiática estaba simbolizado por dos grandes objetivos y que aquél buscaba evitar a toda costa. Con el final de la Guerra Fría era evidente que los acuerdos de seguridad que Tokio mantenía con Estados Unidos podían ser alterados, desembocando a la larga en el punto final sobre el control del poder militar japonés existente de 1945. Las autoridades niponas llevaban desde finales de los ochenta sugiriendo la necesidad de poner fin a las restricciones que su Constitución (impuesta por EE.UU. después de la Segunda Guerra Mundial) imponía al papel del ejército japonés. De hecho, el nombre oficial no era de fuerzas armadas sino Fuerzas de Autodefensa y, entre otras cosas, limitaba su número y le impedía actuar fuera del espacio japonés. Entre los argumentos para cambiar esta situación destacaba la imposibilidad de participar en misiones de paz en el extranjero en el marco de Naciones Unidas. Sin embargo, para los chinos este argumento no era más que una excusa para que Tokio pudiera revisar su ley sobre las Fuerzas de Autodefensa y eliminar aquellos apartados que disgustaban a sus dirigentes. Para el gobierno de Pekín, con su participación en misiones de paz bajo mandato de la ONU, como el envío de tropas a Camboya en 1992 para colaborar en la seguridad del proceso de transición política en aquél país, Tokio empezaba a preparar el terreno para una aceptación de su nueva política exterior más agresiva por parte de la opinión pública japonesa y de su aliado principal, EE.UU.

El otro objetivo de Tokio era lograr un asiento permanente en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, situándose de esta forma al mismo nivel que las grandes potencias mundiales. El derecho de veto que conllevaría la aceptación de su propuesta conduciría a Japón a jugar un papel más importante en la escena internacional y, por tanto, en el conflictivo escenario coreano, la principal fuente de preocupación de su política exterior. Ello le legitimaría para ser un actor fundamental en la solución del problema intercoreano cuando hasta la fecha su papel había secundario, lo que disgustaba enormemente a Pekín que prefería que aquella se siguiera desarrollando de la misma manera, es decir, mediante conversaciones a cuatro bandas (las dos Coreas, China y EE.UU.).

El deseo japonés de llevar a cabo un papel más activo en Asia del Nordeste también se apreció en el cambio experimentado en la política coreana de Tokio y en

concreto en su política hacia Corea del Norte. Las relaciones entre ambos países nunca habían sido fáciles. A pesar de su proximidad geográfica, ciertas afinidades culturales y los lazos históricos (aunque éstos no siempre fueron positivos), Japón y la RPDC no mantenían relaciones diplomáticas debido principalmente al sistema bipolar surgido con la Guerra Fría y que les situó en bandos opuestos. Además, el tratado de 1965 entre Tokio y Seúl condujo al primero a reconocer a la República de Corea como el único gobierno legítimo de la península. Sin embargo, desde la apertura a China a comienzos de los 70 y la creciente importancia de este país en la escena asiática e internacional, Japón había impulsado un acercamiento a Corea del Norte sin romper relaciones con Seúl, es decir, adoptando una política no declarada de las “dos Coreas”. Pyongyang, por su parte, optó por lo general por una postura de cautela ante las diversas iniciativas niponas y nunca se decidió a dar el paso necesario para la normalización diplomática bilateral.⁶² Por otro lado, los atentados contra el gobierno y ciudadanos de Corea del Sur ordenados por Pyongyang durante los años ochenta alejaron cualquier posibilidad de acercamiento entre las dos partes.

Con el replanteamiento de su política exterior a comienzos de los noventa, uno de los objetivos más ambiciosos de la diplomacia nipona fue conseguir la normalización definitiva de sus relaciones con la RPDC, considerado un paso necesario si se pretendía jugar un papel político más importante en la zona. Si lograba establecer relaciones al más alto nivel con Pyongyang y Seúl, instauraría su propia política de las “dos Coreas” y su influencia en la península sería mucho mayor. Además, para Tokio se trataba de una de las últimas cuestiones a resolver de la derrota japonesa en la Segunda Guerra Mundial.⁶³ Sin olvidar tampoco que Corea del Norte era el único país con el que Japón no mantenía relaciones diplomáticas pese a la proximidad geográfica.

El detonante para acercarse a Pyongyang fue el establecimiento de relaciones entre Corea del Sur y la Unión Soviética en septiembre de 1990. Si Seúl había logrado ser reconocida por Moscú, uno de los grandes aliados de Pyongyang, Tokio consideraba que podía hacer lo mismo con el régimen de Kim Il Sung y que era el momento adecuado para llevarlo a cabo debido al creciente aislamiento de este último y a su grave crisis económica.

⁶² Para un análisis más detallado de las relaciones entre Japón y Corea del Norte con anterioridad a los años noventa véase Denny Roy, “North Korea’s Relations with Japan: The Legacy of War” en *Asian Survey*, diciembre de 1988, vol. 28, nº 12, p. 1287-1293.

⁶³ Hong Nack Kim, “The Normalization of North Korean-Japanese Diplomatic Relations: Problems and Prospects” en *Korea and World Affairs*, invierno de 1990, vol. 14, nº 4, p. 657.

Desde los años setenta, los intentos de acercamiento japoneses a Pyongyang fueron vistos con escepticismo por parte de Pekín, gobierno que siempre había prestado una especial atención a la política coreana de Japón y que tampoco olvidaba que el potencial económico de este país no se correspondía en absoluto con su influencia en el ámbito internacional en general ni en el espacio concreto del nordeste de Asia. Pekín era consciente de que el crecimiento económico de Japón le situaba en una situación muy favorable en su objetivo de extender su papel político en el continente asiático y, por tanto, en la península coreana. Si Tokio lograba desarrollar una política de las “dos Coreas”, su influencia en la península crecería de manera significativa y habría que contar con un nuevo y poderoso actor en la zona. Por otro lado, los líderes del PCCh sabían del deseo de Kim Il Sung de normalizar sus relaciones con Japón, la principal potencia económica de la región. El reconocimiento nipón del régimen norcoreano le otorgaría a este último una mayor importancia y prestigio en la escena internacional y al mismo tiempo contribuiría al desarrollo económico de un país sumido en una fuerte crisis desde hacía lustros y en especial tras la pérdida de su aliado soviético. Además, al lograr la normalización diplomática con Tokio, Pyongyang lograría disminuir su dependencia casi total de Pekín, gobierno con el que no podía contar completamente, como había demostrado el reconocimiento chino de Corea del Sur en 1992. Aunque la crisis nuclear de 1993-1994 y la transición política después de la muerte de Kim Il Sung frenaron cualquier acercamiento sustancial, en Pekín no ignoraban que el interés norcoreano por Japón en los primeros años de los noventa era también una carta que Pyongyang utilizaba para convencer a China de incrementar su ayuda.

Pero aparte de los riesgos que suponía una mayor influencia política, diplomática y económica de Japón en el conjunto de Corea, el otro temor chino en la década de los noventa era el resurgimiento del poder militar de Tokio. No se trataba de un regreso a las políticas militaristas de los años treinta y cuarenta sino de un nuevo papel de las fuerzas armadas niponas en la escena asiática mediante una relación de seguridad triangular formada por el eje Washington-Seúl-Tokio. De hecho, aquella ya existía con anterioridad a 1978 pero en el caso nipón se circunscribía únicamente al archipiélago nipón y hasta finales de los ochenta había sido bien vista por el PCCh como contrapoder a la Unión Soviética en la zona.

Sin embargo, la situación era muy diferente ahora. La URSS había desaparecido y Corea del Norte ya no era tan fuerte políticamente y China percibía a Japón como un jugador clave en la región del Asia-Pacífico de la post-Guerra Fría. El nuevo escenario

internacional y las crisis provocadas por Corea del Norte eran motivos suficientes para que Tokio decidiera cambiar su política de defensa y optar por un rearme. De hecho, desde que en 1986 el gobierno nipón destinó el 1% de su Producto Interior Bruto al presupuesto de Defensa, éste no había hecho sino crecer de manera simultánea al apoyo de la opinión pública japonesa.⁶⁴ A los chinos tampoco se les escapaba que desde hacía años Washington animaba a Japón a aumentar su gasto militar y a intensificar su papel en la seguridad del nordeste de Asia.⁶⁵

Para Pekín, en resumen, el problema no era la alianza militar en EE.UU y Japón, considerada un elemento crucial en la estabilidad de Asia del Nordeste, sino el nivel apropiado y el papel del poder militar japonés en el nuevo escenario asiático de la post-Guerra Fría.

La cuestión nuclear norcoreana

En la década de los noventa, la política china hacia la península de Corea en general y hacia la RPDC en particular se vio especialmente condicionada por la polémica surgida en torno a la posibilidad de que Corea del Norte se dotara de la bomba atómica y se convirtiera en un nuevo foco de tensión en la zona del nordeste de Asia, amenazando al mismo tiempo los intereses de China en la región y su propia seguridad nacional.

Los orígenes del problema

Aunque la cuestión nuclear norcoreana cobró especial relevancia en la escena internacional a partir de los años ochenta, el programa atómico de la RPDC se remonta de hecho a mediados de los años cincuenta con la creación de los primeros departamentos de física nuclear en la Universidad Kim Il Sung y en otros centros de investigación de Pyongyang.⁶⁶ Es difícil establecer las causas del deseo del régimen kimilsungista de dotarse del arma atómica porque raramente mostró de manera pública

⁶⁴ Prasert Chittiwatanapong, "Japan's Role in the Asia-Pacific Region: Political Dimension" en *Korea and World Affairs*, otoño de 1988, vol. 12, nº 3, p. 569.

⁶⁵ Y.-K. Cha, *op. cit.*, p. 288-289.

⁶⁶ Alexandre Y. Mansourov, "The Origins, Evolution and Future of the North Korean Nuclear Program" en *Korea and World Affairs*, primavera de 1995, vol. 19, nº 1, p. 41.

su intención de convertirse en una potencia nuclear. Aunque algunas causas parecen más evidentes que otras, es indudable que en conjunto éstas suelen ser complejas y que han ido variando en función de los acontecimientos internos pero también de la escena internacional. No obstante, hay un elemento fundamental y que siempre se debe tener en cuenta: la posesión del arma atómica estará estrechamente vinculada a la visión del Estado norcoreano sobre su propia seguridad. En otras palabras, el objetivo principal del programa nuclear norcoreano será la preservación del régimen comunista.

Sabemos seguro que los orígenes de dicho programa datan de mediados de la década de los cincuenta. Dos fueron los principales factores que indujeron a Kim Il Sung y a sus camaradas del PTC a interesarse por el desarrollo del arma más mortífera creada hasta la fecha por el ser humano.⁶⁷ El primero de ellos fue el poderío nuclear de Estados Unidos, reflejado en la guerra de Corea (1950-1953). Pese a que la amenaza del recurso a la bomba atómica por parte de Washington contra chinos y norcoreanos no se hizo visible de manera oficial hasta comienzos de 1953, lo cierto es que dicha amenaza estuvo presente a lo largo del conflicto bélico.⁶⁸ Como señala Michael J. Mazarr, “EE.UU. expuso a Corea del Norte, durante su infancia como nación, al temible poder y al enorme valor político de las armas nucleares”.⁶⁹ Ello no pasaría desapercibido a los dirigentes de Pyongyang.

La presencia militar estadounidense al sur del paralelo 38 después de 1953 contribuyó también a impulsar el programa nuclear norcoreano. Washington había decidido incluir a la República de Corea en su paraguas nuclear, lo que dejaba en una situación de debilidad a la RPDC. Dicha situación se agravó con el anuncio de EE.UU. en 1958 de desplegar armamento atómico en Corea del Sur ante las provocaciones de los norcoreanos y para disuadir a estos últimos de llevar a cabo una nueva aventura bélica contra su aliado.⁷⁰ Esta circunstancia era comprendida sin duda por Pyongyang. Además, la experiencia de la guerra había demostrado que, pese a la amistad con

⁶⁷ Es probable que el bombardeo nuclear sobre Hiroshima y Nagasaki y la consiguiente rendición de Tokio en agosto de 1945 tuvieran un gran impacto en un joven Kim Il Sung, quien había luchado durante más de una década contra los japoneses en Manchuria y que había tenido que huir finalmente a la URSS debido a sus ataques.

⁶⁸ En los primeros meses de 1953 el recién elegido presidente Dwight D. Eisenhower buscaba poner fin al conflicto armado rápidamente y amenazó con recurrir al armamento nuclear para obligar a los chinos a acelerar las negociaciones de un armisticio. Pero con anterioridad, Washington ya había insinuado un posible uso de este tipo de arma en el conflicto. Para un excelente análisis de la política nuclear del gobierno de Harry S. Truman durante la guerra véase Roger Dingman, “Atomic Diplomacy During the Korean War” en *International Security*, invierno de 1988-1989, vol. 13, nº 3, p. 55-65.

⁶⁹ Michael J. Mazarr, *North Korea and the Bomb: A Case Study in Nonproliferation*, 1995, p. 16.

⁷⁰ Harold C. Hinton, “Korean Security and Sino-Soviet Relationship” en *Korea and World Affairs*, invierno de 1986, vol. 10, nº 4, p. 736.

Moscú, no se podía contar con la URSS (la otra potencia nuclear de la época) en caso de un nuevo enfrentamiento armado en la península. China, en cambio, sí había intervenido del lado norcoreano pero carecía todavía de la tecnología necesaria y, además, no mostraba entusiasmo alguno ante un nuevo conflicto en la zona. A ojos de Kim Il Sung y de otros dirigentes del PTC, mientras Estados Unidos disfrutara del monopolio nuclear en la península de Corea, la RPDC se encontraría siempre en una situación de desventaja absoluta en caso de una nueva guerra.

El segundo gran factor que impulsó el nacimiento del programa nuclear norcoreano fue la disputa sino-soviética a partir de finales de los años cincuenta. Las diferencias entre los dos grandes aliados del régimen de Pyongyang llevaron a este último a reconsiderar sus prioridades en política interior, exterior y de defensa. Además, desde 1960 las relaciones con Moscú y Pekín cambiarán de manera sustancial y empezarán a pasar por altibajos con enfrentamientos ideológicos y políticos con uno y otro. El conflicto sino-soviético no hizo sino reforzar el nacionalismo de Kim Il Sung y su idea de que la revolución coreana no podía depender de potencias extranjeras. El *Juche* (teoría basada en la autosuficiencia y en la independencia ideológica, política, económica y de defensa) tiene su propio componente militar, que recibe el nombre de *jawi* (o *chawi*) y que es el principio de autodefensa militar.⁷¹ El objetivo es la creación de unas fuerzas armadas fuertes con el fin de evitar depender de los ejércitos de otros países, como había sucedido unos años antes. Por tanto, para asegurar la defensa de la RPDC había que impulsar también una industria bélica nacional y una característica de esta última sería un programa nuclear propio.

El estallido del enfrentamiento ideológico entre Pekín y Moscú coincide con otro hecho muy importante: el golpe de estado militar del general Park Chung-hee en Corea del Sur en mayo de 1961. El dominio del poder político por parte del ejército sin duda hizo de la República de Corea una amenaza mayor para la RPDC. Incluso la firma en julio de 1961 de un Tratado de Amistad, Cooperación y Asistencia Mutua con China y la URSS, donde ambas naciones garantizaban a Corea del Norte su apoyo en caso de guerra en la península, no sirvió para disuadir a Kim Il Sung de los peligros del nuevo régimen militar surcoreano. El mandatario norcoreano no olvidaba que Moscú no había acudido en su ayuda durante la guerra de 1950-1953 y que la RPCh todavía no era una potencia atómica. Otro motivo de la desconfianza de Kim hacia su aliado soviético

⁷¹ Dae-Sook Suh, *Kim Il Sung: The North Korean Leader*, 1988, p. 302-303.

había sido la actitud del Kremlin en la crisis de los misiles de Cuba en 1962, considerada por Pyongyang como una traición y una rendición del máximo representante del bloque comunista ante el gran enemigo imperialista. A pesar del acuerdo de 1961, no se podía contar con la garantía absoluta de un apoyo militar de Moscú en caso de agresión exterior, como había demostrado el caso cubano donde los soviéticos habían abandonado a su aliado en favor de su propia seguridad. Kim Il Sung decidió poner énfasis en la “coreanización” del programa nuclear, así como en su diversificación.

Para alcanzar este último objetivo había sido necesario, con anterioridad, contar con la colaboración de aquel aliado que poseía los conocimientos y la tecnología necesarios: la Unión Soviética. En la consolidación de su programa nuclear, por tanto, Pyongyang contó con la inestimable ayuda soviética. Desde 1955 los dos países habían firmado diversos acuerdos de cooperación en proyectos de investigación nuclear que desembocaron, entre otras cosas, en la formación de científicos norcoreanos en la URSS. Con el fin de aprovechar esta oportunidad, estos últimos entraron a trabajar a comienzos de los años sesenta en el recién creado Complejo de Investigación Nuclear (CIN) de Yongbyon (provincia de Pyongan del Norte), a unos noventa kilómetros al norte de Pyongyang. Fue también el gobierno soviético el primero en suministrar al régimen de Kim Il Sung el primer reactor nuclear en agosto de 1965, que se instaló en Yong-dong, dentro del CIN de Yongbyon, y que entró en funcionamiento dos años más tarde. Con una potencia de entre dos y cuatro megavatios (MW), tenía básicamente una función científica y con el tiempo los norcoreanos extendieron su capacidad a ocho MW con su propia tecnología.

Posiblemente por presiones soviéticas, en septiembre de 1974 Corea del Norte decidió ingresar en la Agencia Internacional de la Energía Atómica (AIEA), organización afiliada a Naciones Unidas (aunque independiente de esta última) y encargada de supervisar las actividades nucleares en todo el planeta pero especialmente en el ámbito de la seguridad, tanto en el uso militar de dicha energía como su exportación con fines militares. Sin embargo, Pyongyang se negó a firmar el Tratado de No-Proliferación Nuclear (TNP), acordado el 25 julio de 1968 en la capital soviética por la URSS, Estados Unidos y Gran Bretaña y que con el paso del tiempo fue incluyendo a demás países, fueran potencias nucleares o no. El objetivo de dicho acuerdo era frenar la expansión del armamento atómico a otros países y prohibir las pruebas nucleares. El régimen de Kim Il Sung consideraba que adherirse a semejante tratado no haría sino frenar su deseo de dotarse de un arsenal atómico y, autorizando a

la vez las inspecciones de la AIEA de su reactor de Yongbyon, continuó desarrollando secretamente su programa nuclear.

La política china hacia la proliferación nuclear

El 16 de octubre de 1964 tuvo lugar un hecho histórico en la RPCh: tras años de investigación, este país hacía detonar su primera bomba atómica y se convertía en la quinta potencia nuclear declarada después de EE.UU., la Unión Soviética, el Reino Unido y Francia.⁷² Este acontecimiento también conllevó un cambio en la visión que Pekín tenía de esta poderosa arma. Con anterioridad a 1964 el PCCh había defendido una política basada en la propagación de la capacidad nuclear a los países del bloque comunista además de la URSS. El objetivo según Pekín era asegurar la defensa del sistema socialista frente al sistema capitalista. Sin embargo, después de su primera detonación nuclear, China adoptó una posición mucho más cautelosa y pasó a hablar de la proliferación nuclear en relación con los cinco países oficialmente poseedores de la bomba atómica.⁷³ Públicamente, sin embargo, el régimen comunista chino mantendría en los lustros siguientes su discurso en defensa la ampliación del “club” nuclear a demás países.

El cambio de postura de Pekín es fácilmente explicable. En origen, su deseo de dotarse de la bomba atómica era situarse al mismo nivel que las grandes potencias, rompiendo de esta forma el monopolio de este tipo de armamento por parte de estas últimas, y asegurar así definitivamente su independencia ante unos EE.UU. considerado hostil y el creciente enfrentamiento con la URSS. El arma nuclear sería de tipo defensivo pero su posesión alejaría la amenaza de ataque sobre la RPCh por parte de norteamericanos y soviéticos. Por otro lado, convirtiéndose en potencia nuclear se acercaba a su objetivo de erigirse en el líder de una tercera fuerza compuesta por un bloque de países opuestos a Occidente pero también independientes de Moscú, esto es,

⁷² Los orígenes del programa nuclear chino se dividen en dos fases. La primera, que abarca los años 1950-1958, se caracteriza por la estrecha dependencia y colaboración con la URSS. La segunda fase comprende el período 1959-1964, donde la ruptura con Moscú lleva a un nuevo planteamiento y a la consolidación del programa nuclear chino de manera independiente con exitosos resultados. Para un análisis más detallado de este período formativo de China como potencia nuclear véase Michael S. Minor, “China’s Nuclear Development Program” en *Asian Survey*, junio de 1976, vol. 16, n° 6, p. 571-576. Sobre las discusiones en el interior del PCCh a propósito de desarrollar una política nuclear independiente de la Unión Soviética véase Alice Langley-Hsieh, “Communist China and Nuclear Warfare” en *The China Quarterly*, abril-junio de 1960, n° 2, p. 8-12.

⁷³ Oran R. Young, “Chinese Views on the Spread of Nuclear Weapons” en *The China Quarterly*, abril-junio de 1966, n° 26, p. 136.

reforzar su liderazgo al frente de organizaciones como el Movimiento de los No Alineados.⁷⁴

Esta situación se prolongará hasta 1978. Con anterioridad a la llegada de Deng Xiaoping al poder, China había realizado 23 pruebas nucleares, incluyendo el lanzamiento de misiles y detonaciones subterráneas.⁷⁵ El nuevo dirigente reforzó el programa nuclear chino, ocupando un lugar preferente en su política de modernización de las fuerzas armadas.⁷⁶ En la primera mitad de la década de los 80 el impulso dado al arsenal atómico de China convirtió a este país en la tercera fuerza nuclear del planeta.⁷⁷ Pero su importancia también creció en el ámbito civil, donde se impulsó una industria nuclear.

Sin embargo, la nueva política de modernización impulsada por Deng y el PCCh también afectaría a la política de proliferación nuclear defendida hasta el momento. El uso pacífico de la energía atómica había ido adquiriendo cada vez más importancia ante la creciente demanda energética interna. En este sentido, la colaboración con Occidente y sobretodo con EE.UU. se hizo necesaria pero dicha cooperación estaba condicionada por consideraciones legales en los países occidentales, la más importante de las cuales era la pertenencia a la AIEA.

La necesidad de intensificar la cooperación nuclear con Estados Unidos forzó a los dirigentes del PCCh a clarificar su política de no-proliferación nuclear. La creciente adaptación a las reglas de juego internacionales obligó a Pekín a adoptar cada vez con más frecuencia una serie de movimientos en los temas de desarme, incluido en el apartado nuclear. Como consecuencia, el 1 de enero de 1984 la RPCh ingresaba oficialmente en la AIEA. Ello comprometía de manera directa a las autoridades chinas a modificar algunos de los planteamientos defendidos en las dos últimas décadas y poco tiempo después aquellas aceptaban que la AIEA supervisara las instalaciones nucleares de tipo civil y recibían la garantía de dicha organización en sus proyectos de colaboración nuclear con fines pacíficos con estados carentes de armamento nuclear como Argentina, Brasil y Japón.⁷⁸ La consecuencia principal del ingreso de China en la

⁷⁴ *Ibid.*, p. 150.

⁷⁵ P.R. Chari, "China's Nuclear Posture: An Evaluation" en *Asian Survey*, agosto de 1978, vol. 18, nº 8, p. 819.

⁷⁶ Véase Alastair I. Johnston, "Chinese Nuclear Force Modernization: Implications for Arms Control" en *Journal of Northeast Asian Studies*, junio de 1983, vol. 2, nº 2, p. 13-16.

⁷⁷ Peter J. Gordon, "The Politics of Implementing China's Nuclear Doctrine, Part II: 1969-Present" en *Journal of Northeast Asian Studies*, verano de 1989, vol. 8, nº 2, p. 18.

⁷⁸ Ambassador Han Xu, "Nuclear Technology Transfers to Asia: The View from the People's Republic of China" en *Journal of Northeast Asian Studies*, invierno de 1986, vol. 5, nº 4, p. 37.

AIEA fue, no obstante, el Acuerdo de Cooperación Nuclear firmado con Estados Unidos en 1985, que sentó las bases de la colaboración de las industrias nucleares de ambos países.

El otro cambio en la política de no-proliferación nuclear durante los años de Deng fue la entrada de la RPCh en el TNP. Desde 1963 Pekín había mostrado su completo desacuerdo hacia el tratado porque consideraba que tanto Washington como Moscú buscaban consolidar el monopolio nuclear por las dos superpotencias. Asimismo, se acusaba al TNP de ser un vestigio del colonialismo.⁷⁹ Negándose a adherirse a este tratado, los chinos continuaron con el desarrollo de su programa nuclear. Sin embargo, tras su entrada en la AIEA, Pekín atemperó sensiblemente sus críticas al TNP aunque rechazaba su ingreso principalmente por motivos nacionalistas, percibiendo todavía a dicho tratado como un atentado a su soberanía nacional.

Las consecuencias de su pertenencia a la AIEA, no obstante, se hicieron notar rápidamente porque China se vio en la necesidad de adoptar más obligaciones legales a escala internacional. Entre otras cosas, debía recibir la garantía de la organización en sus exportaciones nucleares a aquellos países que no eran potencias nucleares, tanto en el aspecto de la cooperación civil como en el terreno militar. Además, era consciente del riesgo que suponía para su imagen internacional la cooperación nuclear con aquellos países no firmantes del TNP ni miembros de la AIEA. Durante una visita a Washington en enero de 1984 el primer ministro Zhao Ziyang declaró que “[China] no está comprometida con la proliferación nuclear, ni ayuda a otros países a desarrollar armas nucleares”.⁸⁰ Ello suponía un cambio fundamental porque por primera vez de manera pública un alto representante del gobierno chino mostraba su rechazo a la proliferación nuclear y en un momento en que la RPCh había sido acusada de colaborar en el desarrollo del programa nuclear pakistaní y en especial en la creación de sus primeras bombas atómicas.⁸¹ La consecuencia de todos estos cambios fue el acercamiento de Pekín al TNP aunque su ingreso todavía se demoraría algunos años.

De hecho, la entrada de China en el TNP se decidirá principalmente por consideraciones de tipo político. Tras la matanza de Tiananmen (junio de 1989), la mala imagen del régimen chino es manifiesta y éste busca lavar aquella con acciones políticas

⁷⁹ Zachary S. Davis, “China’s Nonproliferation and Export Control Policies: Boom or Bust for the NPT Regime?” en *Asian Survey*, junio de 1995, vol. 35, n° 6, p. 588.

⁸⁰ Qingshan Tan, “U.S.-China Nuclear Cooperation Agreement: China’s Nonproliferation Policy” en *Asian Survey*, septiembre de 1989, vol. 29, n° 9, p. 879.

⁸¹ *Ibid.*, p. 875.

en la escena internacional que le acerquen a Occidente y en especial a EE.UU y Japón. El contexto internacional también ha cambiado y la desaparición de la Guerra Fría ha puesto fin a la carrera armamentística entre norteamericanos y soviéticos. China busca jugar un papel más activo y positivo en la escena mundial y ello requiere de un importante pragmatismo. Otro hecho son las críticas y la mayor conciencia por parte de la opinión pública mundial ante la proliferación nuclear después de la Guerra del Golfo (1991). Por último, está la decisión de la quinta potencia nuclear declarada, Francia, de ingresar en un futuro cercano en el TNP, lo que convertiría a la RPCh en la única de las cinco en no pertenecer al mismo. En agosto de 1991 el primer ministro Li Peng anunciaba la intención de su país de adherirse al TNP, hecho que se hizo oficial con su ingreso el 9 de marzo de 1992, convirtiéndose así China en la cuarta potencia nuclear declarada en formar parte de dicho acuerdo.⁸²

En la práctica, la RPCh evolucionará de manera progresiva entre los años sesenta y noventa hacia la aceptación de una política de no-proliferación nuclear con el fin de reforzar los intereses de su política exterior pero también interior. Su adhesión tanto a la AIEA como al TNP será consecuencia de un análisis calculado de los costes y los beneficios de formar parte de los mismos.

Hacia la crisis de 1993-1994

No conocemos con seguridad la época en la que el régimen norcoreano dio finalmente la orden de impulsar la fabricación de armas nucleares aunque parece ser que tuvo lugar a finales de los años setenta.⁸³ Las razones no están claras. Un factor podría ser el potencial militar de Corea del Sur. Desde el golpe de 1961 el general Park había impulsado un proceso de modernización de las fuerzas armadas, favorecido en gran medida por el importante desarrollo económico, que llevó a la República de Corea a superar militarmente a su vecina del norte en la primera mitad de los setenta.

Asimismo, Pyongyang no debió pasar por alto el desarrollo de la capacidad nuclear de Seúl, con la puesta en marcha en 1978 de la primera planta nuclear surcoreana en Kori. Ello vino acompañado de algunas medidas políticas que apuntaban a un cambio en la política nuclear seguida hasta la fecha por el régimen militar de Corea

⁸² Z. Davis, *op. cit.*, p. 592. China entrará de hecho en el TNP antes que Francia, que lo hará en agosto del mismo año.

⁸³ A.Y. Mansourov, *op. cit.*, p. 42.

del Sur. Tras la caída de Vietnam del Sur en 1975, Seúl empezó a considerar seriamente la posibilidad de desarrollar su propio arsenal nuclear con el fin de defenderse de posibles aventuras belicistas de Pyongyang, especialmente después de que los norteamericanos plantearan en 1977 una reducción de sus efectivos militares estacionados al sur del paralelo 38. El principal temor de Park Chung-hee y de otros líderes surcoreanos era que Washington decidiera dejar fuera de su paraguas nuclear en Asia a la República de Corea.⁸⁴ Fueron precisamente los norteamericanos quienes pusieron fin a las ambiciones nucleares de Seúl y, a cambio, garantizaron de nuevo su defensa ante una posible agresión por parte de Corea del Norte.

Aparte de todos estos factores, se ha apuntado también la posibilidad de que la inminente designación de Kim Jong Il como sucesor de su padre (hecho que tuvo lugar tras el VI Congreso del PTC en octubre de 1980) tuviera influencia en el impulso definitivo para lograr la bomba atómica. Sin duda, uno de los primeros problemas del futuro dirigente de la RPDC una vez ascendido al poder supremo sería el de la legitimidad. Pero una Corea del Norte nuclear dirigida por Kim Jong Il le garantizaría una mayor influencia en la escena internacional y reforzaría su poder interno, anulando de esta manera a aquellos grupos que pudiera haber en el régimen norcoreano que se mostraban dudosos ante las escasas cualidades políticas del hijo de Kim Il Sung.⁸⁵ Con el poder nuclear, Kim Jong Il se podría erigir en el líder que preservaba el sistema político de Corea del Norte.

Otro elemento a tener en cuenta es el nivel de desarrollo del programa nuclear norcoreano. Posiblemente, Kim Il Sung y los demás dirigentes del PTC tuvieron en mente desde los años cincuenta el objetivo de dotarse de un arsenal nuclear pero que no fuera hasta 1978-1979 que los científicos norcoreanos hubieran alcanzado el grado de conocimiento suficiente para la fabricación de un arma nuclear. Para lograr este objetivo, se cree que Pyongyang impulsó primero un programa nuclear de tipo civil que preparara el camino para otro de tipo militar.

Aparte de este problema, la principal dificultad para la fabricación de la bomba atómica era la adquisición en cantidad y calidad suficientes de aquellos materiales

⁸⁴ Young-sun Ha, "Nuclearization of Small States and World Order: The Case of Korea" en *Asian Survey*, noviembre de 1978, vol. 18, nº 11, p. 1142. Seúl, de hecho, utilizó el argumento de impulsar un arsenal nuclear propio para condicionar las negociaciones con el gobierno de Jimmy Carter y limitar de esta forma la reducción de sus tropas en Corea y ahuyentar cualquier temor de una retirada total de armas nucleares estadounidenses desplegadas en la península

⁸⁵ M.J. Mazarr, *op. cit.*, p. 30-31.

fundamentales. Para impulsar una reacción nuclear, los átomos, impulsados por un bombardeo de neutrones, se han de dividir en dos o más partes. Esta fragmentación se conoce como fisión, que a su vez crea energía y neutrones que explotan y dividen más átomos. La consecuencia es una reacción en cadena veinte mil veces más explosiva que una tonelada de explosivos corrientes como el TNT. Sin embargo, hasta la fecha sólo se conocen dos materiales capaces de generar una fisión nuclear: el plutonio 239 (Pu-239) y el uranio 235 (U-235).

Y aquí surgen las dificultades. El plutonio es un elemento radioactivo que no se encuentra en la naturaleza y que se obtiene por exposición del uranio 238 a una fuerte descarga de neutrones. Para ello es necesario crear un reactor con el potencial suficiente para purificar el plutonio y, por tanto, contar una tecnología relativamente avanzada. Además, el plutonio es mucho más radioactivo que el uranio y, por tanto, mucho más difícil de manejar.⁸⁶ No obstante, el procesamiento de plutonio es mucho más sencillo que el de uranio 235 porque no exige la complejidad técnica de este último. El uranio que se encuentra en la naturaleza es en un 99,27% uranio-238 (U-238) mientras que el U-235 es sólo el 0,72% (el 0,01 restante es uranio 234), lo que hace que no exista la concentración necesaria (como mínimo se requiere un 3%) para lograr una fisión nuclear. Para lograr U-235 se pueden utilizar diversas técnicas (difusión termal, gaseosa, gas centrífugo, etc.) consistentes en incrementar el contenido del isótopo 235 del uranio mediante la separación de los diferentes isótopos. Este proceso busca lograr un uranio-235 más puro y ello se conoce como enriquecimiento de uranio. Este uranio enriquecido permite la fisión nuclear. El problema reside en los costes, las dificultades y la enorme complejidad para alcanzar este proceso e implica un alto grado de recursos y de conocimientos científicos.

Hasta los años 70 los norcoreanos no estaban en condiciones, por tanto, de impulsar la fabricación de la bomba atómica. Sin embargo, el primer reactor había servido para intensificar la formación de los científicos norcoreanos y Yongbyon se convirtió con el tiempo en el centro para el desarrollo de un arsenal nuclear. Es evidente que una nación con una industria nuclear de tipo civil puede, con esfuerzo, impulsar una industria nuclear con fines bélicos. Además, era conocida la colaboración de la RPDC en cuestiones nucleares con países del bloque comunista como la República

⁸⁶ Un kilo de plutonio tiene una semivida de unos 24.000 años. Tras ese período un kilo de plutonio se reduce a la mitad. El uranio 235, en cambio, tiene una semivida de unos 700.000.000 años y tras este período un kilo de uranio se reduce también a la mitad.

Democrática de Alemania (RDA), Checoslovaquia y Rumanía. Asimismo, los informes de los servicios secretos occidentales señalaban posibles conexiones nucleares con Irán, Irak, Libia, y Siria, aunque parece claro que en los dos últimos casos dicha cooperación fue prácticamente insignificante.⁸⁷

Vistas las dificultades y el coste, el régimen de Pyongyang optó por desarrollar un armamento nuclear a partir del plutonio.⁸⁸ En 1980, sin ayuda exterior, inició secretamente la construcción de un reactor de grafito de 30 MW de potencia en el CIN de Yongbyon. Más grande que el primero, este segundo reactor tenía como principal objetivo la producción de plutonio utilizando recursos de uranio del país. Una vez cumplido este objetivo, la RPDC estaría ya en condiciones de producir un arma nuclear. Sin embargo, la construcción del nuevo reactor fue descubierta en algún momento del año 1984 por un satélite espía norteamericano que sobrevolaba el complejo de Yongbyon.

El descubrimiento del segundo reactor de Yongbyon coincidió con las negociaciones que Corea del Norte mantenía con la URSS con el fin de edificar una planta nuclear con cuatro reactores de uso civil de 440 MW cada uno en Shinpo, en la provincia de Hamgyong del Sur. Moscú, partidario de la no-proliferación nuclear e informado por Washington de la construcción de un segundo reactor en Yongbyon, impuso como condición la adhesión de la RPDC al TNP y la supervisión por parte de la AIEA del reactor de 30 MW.⁸⁹ El 12 de diciembre de 1985 Pyongyang firmaba el TNP.

El ingreso de Corea del Norte en el TNP no supuso, en ningún caso, el final de su programa nuclear de tipo militar. Nuevas plantas de procesamiento de plutonio y de investigación nuclear se edificaron durante la segunda mitad de los años ochenta. En 1989 otro satélite espía norteamericano descubría en el área de Yongbyon la construcción de un nuevo reactor nuclear, en este caso de entre 50 y 200 MW. Según los informes obtenidos, entraría en funcionamiento hacia 1992 y su objetivo sería asimismo la producción de plutonio. La firma del TNP fue, en realidad, una simple fachada porque Corea del Norte se resistió durante más de seis años a firmar el acuerdo de garantías recogidas en el TNP, que establece que todo país que ingresa en dicho

⁸⁷ Young Sun Song, "North Korea's Nuclear Issue" en *Journal of Northeast Asian Studies*, otoño de 1991, vol. 10, nº 3, p. 66.

⁸⁸ Es posible que Corea del Norte hubiera tratado de fabricar bombas a partir de uranio enriquecido pero no hay evidencias claras al respecto. Para alcanzar este objetivo, Pyongyang hubiera necesitado una tecnología muy avanzada y es difícil que hubiera podido dotarse de ella sin que se hubieran enterado los servicios secretos occidentales.

⁸⁹ Y.S. Song, *op. cit.*, p. 66.

tratado debe firmar dicho acuerdo en el plazo de dieciocho meses después de su ingreso.⁹⁰

A partir de finales de los ochenta, sin embargo, la cuestión de una Corea del Norte nuclear empezó a cobrar una mayor importancia en la escena internacional y en especial en la política del nordeste de Asia. La entrada en la década siguiente marcó una relevancia todavía mayor de dicha cuestión con el incremento de la preocupación de los gobiernos norteamericano y surcoreano ante las evidencias cada vez mayores de que la RPDC podría convertirse en unos pocos años en una nueva potencia atómica. La política de los dos aliados se caracterizará en esta época por la búsqueda de un compromiso firme con el régimen de Kim Il Sung pese a las desconfianzas que despertaba. Este último solía justificar el desarrollo de su programa nuclear con el argumento de la presencia de armas atómicas norteamericanas al sur del paralelo 38 y la pertenencia de la República de Corea en el paraguas nuclear de Washington. Asimismo, solía reclamar el establecimiento de la península coreana como zona libre de armas nucleares.

El gobierno de George H. Bush optó desde el principio por la moderación y las concesiones en sus relaciones con Pyongyang aunque sin renunciar a su política en Asia. Con el fin de convencer a Kim Il Sung de que no necesitaba armas nucleares, Washington anunció en septiembre de 1991 que retiraría antes de finales de año todo su arsenal atómico estacionado en Corea del Sur.⁹¹ Esta decisión contribuyó a acercar posiciones entre las dos partes e incluso facilitó un diálogo intercoreano. El 31 de diciembre, tras importantes negociaciones, los gobiernos de Seúl y Pyongyang anunciaban la firma en Panmunjom de una Declaración Conjunta sobre la Desnuclearización de la península de Corea. En ella, los dos países se comprometían a no desarrollar una industria nuclear con fines militares. Además, para facilitar el acercamiento, norteamericanos y surcoreanos aceptaron no celebrar las maniobras militares conjuntas que tenían lugar anualmente y que recibían el nombre de Team

⁹⁰ *Ibid.*, p. 61. Conviene señalar, no obstante, que la AIEA cometió un grave error en su momento. El texto enviado a Pyongyang con el acuerdo de garantías recogidas en el TNP se señalaba inspecciones del llamado Tipo 66, que afecta a emplazamientos concretos y que ya había sido firmado por el régimen de Kim Il Sung en 1977. En junio de 1987, la AIEA envió un nuevo texto con las correcciones dejando claro que se trataba de inspecciones del Tipo 153, de carácter general y, por tanto, afectando a todos los centros nucleares norcoreanos. El plazo de respuesta de Pyongyang se cumplió en diciembre de 1988 sin que aquél hubiera contestado oficialmente.

⁹¹ Aunque el elemento norcoreano fue muy importante, la decisión del gobierno de Bush tuvo en cuenta también otros factores. La Guerra del Golfo ese mismo año había demostrado que el uso de armamento convencional de última generación era suficiente para ganar un conflicto armado y que la presencia de armas atómicas en países aliados se había convertido en algo anacrónico.

Spirit.⁹² Desde hacía décadas, Pyongyang acusaba a dichas maniobras de ser una preparación para la invasión de la RPDC.

La mejora de las relaciones de Pyongyang con Washington y Seúl permitió el anuncio de la firma del acuerdo de garantías del TNP por el régimen de Kim Il Sung a comienzos de enero de 1992. La excusa oficial de este último ante el largo retraso fue la necesidad de conseguir la ratificación de los diferentes puntos del acuerdo por parte de la Asamblea Popular Suprema (APS), el parlamento norcoreano.⁹³ También ese mismo mes de enero se celebró en la sede de Naciones Unidas en Nueva York un encuentro entre representantes de los gobiernos estadounidense y norcoreano.⁹⁴ Aunque no hubo acuerdos significativos, Pyongyang mostró una mayor flexibilidad en esta cuestión. El 30 de enero la RPDC firmó el acuerdo de garantías del TNP y el 9 de abril la APS ratificó dicho acuerdo y aceptó las inspecciones de sus instalaciones nucleares por parte de la AIEA.

La RPDC notificó en mayo a la AIEA la lista completa de los recintos nucleares a inspeccionar, incluido el CIN de Yongbyon, así como una información detallada (a juicio de Pyongyang) de su programa nuclear. Durante su estancia en territorio norcoreano entre mayo y junio, la delegación de la AIEA, encabezada por su director general Hans Blix, visitó las diferentes instalaciones nucleares, confirmando las sospechas de que el gran reactor de Yongbyon estaba siendo construido con el fin de producir plutonio. La AIEA informó de la colaboración mostrada por los norcoreanos en esta primera visita pero la situación empezó a torcerse en las siguientes inspecciones. Surgieron evidencias de que el régimen de Kim Il Sung había escondido pruebas y de que llevaba varios años intentando producir plutonio en Yongbyon. Satélites espías norteamericanos confirmaron, además, la existencia de nuevos emplazamientos nucleares y que diversos edificios inspeccionados por la AIEA contenían estructuras no especificadas en los informes y planos suministrados por Pyongyang. Pese a la negativa de este último de poseer planta alguna para el procesamiento de plutonio y su defensa de haber impulsado una industria nuclear civil con el fin de generar electricidad, los inspectores del organismo internacional informaron del hallazgo de evidencias cada vez

⁹² M.J. Mazarr, *op. cit.*, p. 69.

⁹³ *Ibid.*, p. 72.

⁹⁴ La delegación estadounidense estaba encabezada por el subsecretario de Estado Arnold Kanter mientras que la norcoreana estaba dirigida por Kim Yong Soon, director del departamento de asuntos internacionales del PTC. La importancia del encuentro radica en que fue la primera reunión de alto nivel político mantenida por EE.UU. y Corea del Norte desde el armisticio de Panmunjom en 1953.

mayores del incumplimiento por parte de Corea del Norte de sus obligaciones con el TNP. ⁹⁵

En febrero de 1993 la AIEA exigió una nueva inspección de todas aquellas instalaciones nucleares que considerara necesarias, incluidas las que no se encontraban en la lista proporcionada por Pyongyang (véase mapa 11, página siguiente). La reacción de este último no se hizo esperar y su prensa oficial señaló que la solicitud de nuevas inspecciones de la AIEA representaba “una nueva conspiración para deteriorar el prestigio de la RPDC y aislarla” y que se trataba de “una imperdonable provocación dirigida a infringir y violar su soberanía y su dignidad”. ⁹⁶ El régimen kimilsungista rechazó los argumentos esgrimidos en los informes de la AIEA y se negó a autorizar nuevas inspecciones de este organismo.

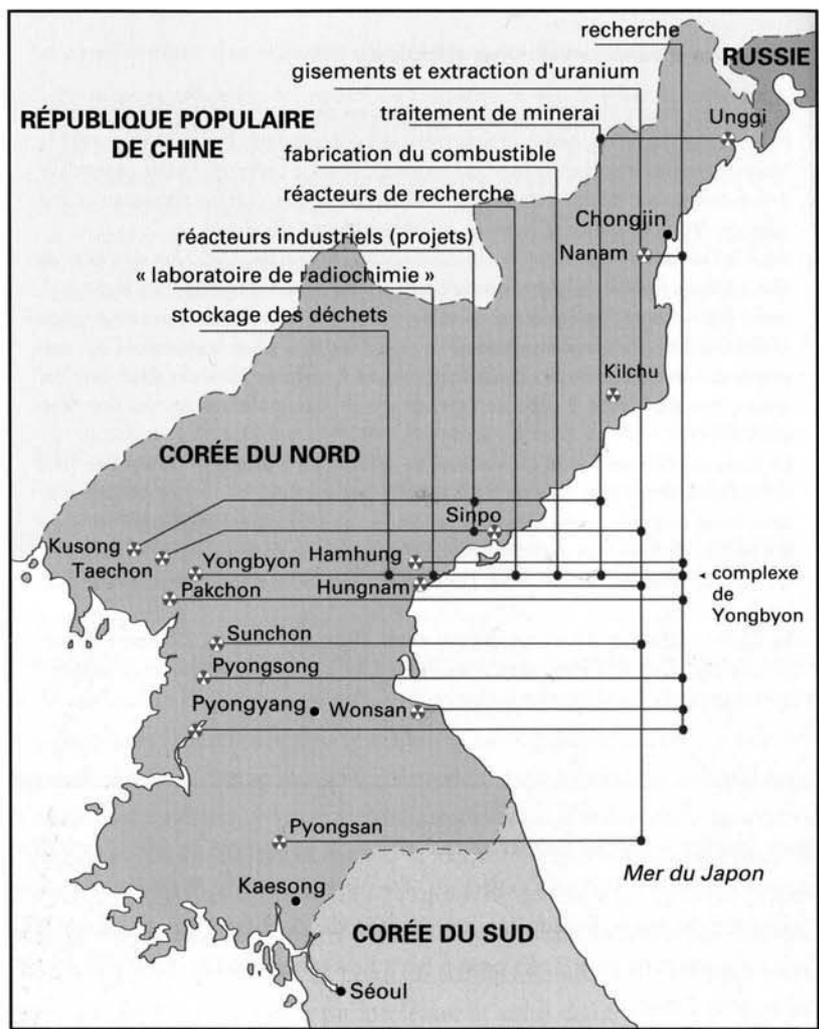
En realidad, la posición hostil de Corea del Norte en 1993 es relativamente fácil de entender. Desde los años cincuenta había tenido como objetivo último de su programa nuclear la obtención del arma atómica. Además, los inicios de la década de los 90 no le habían sido especialmente propicios. La crisis económica no había hecho sino agravarse. En el plano internacional la situación no iba mucho mejor. Sus aliados soviético y chino habían normalizado sus relaciones con Seúl. Además, y esto es importante, en 1991 había visto dos grandes acontecimientos, cuyo impacto marcaron profundamente a Kim Il Sung y al PTC. El primero había sido la Guerra del Golfo, donde EE.UU. mostró un poderío militar excepcional. El segundo hecho, sin duda más importante que el anterior, fue la desaparición a finales de año de la URSS. Pyongyang perdía a uno de sus dos grandes aliados y veía cómo la nueva Rusia independiente le daba la espalda. Por ejemplo, en enero de 1993, sólo un mes antes de la exigencia de la AIEA de visitar de nuevo las instalaciones nucleares, Corea del Norte había recibido de boca del viceministro de Asuntos Exteriores del gobierno ruso Georgy Kunadze el anuncio de la suspensión del Tratado de Amistad, Cooperación y Asistencia Mutua de 1961 y que aseguraba la ayuda militar inmediata de Moscú en caso de agresión a Corea del Norte.

El otro aliado de Corea del Norte, la RPCh, tampoco se mostraba especialmente entusiasmado en apoyar una aventura militar en Corea y ya le había hecho saber que no le respaldaría si una nueva guerra estallaba en la península de la mano de Pyong-

⁹⁵ Tai Sung An, “The Rise and Decline of North Korea’s Nuclear Weapons Program” en *Korea and World Affairs*, invierno de 1992, vol. 16, nº 4, p. 671.

⁹⁶ M.J. Mazarr, *op. cit.*, p. 96.

Mapa 11. Emplazamientos nucleares de Corea del Norte



Mapa 12. Alcance de los misiles balísticos norcoreanos



yang. Asimismo, no existía un compromiso expreso por parte del PCCh de recurrir al arma atómica para salvar a la RPDC de un hipotético ataque de sus enemigos surcoreanos y norteamericanos. Aunque el tratado firmado por los dos países en 1961 estipulaba que las dos naciones se apoyarían mutuamente en caso de agresión de un tercer país contra uno de ellos, la duda estaba en saber si Pekín utilizaría en este caso armas atómicas ya que podía recurrir a un argumento importante para negarse a ello: cuando se firmó dicho tratado China no tenía la bomba atómica y, por tanto, siempre podría alegar que el uso de la misma no estaba recogido en el mismo. Ello se añadía a la negativa de Pekín de suministrar equipamiento militar sofisticado a Pyongyang. Esta situación dificultaba el objetivo de modernización del Ejército Popular de Corea (EPC), lo que debilitaba a este último frente a su enemigo surcoreano. A ojos de los norcoreanos, con el desarrollo del arma nuclear, se podría reequilibrar esta diferencia.⁹⁷

Por último, el cambio político en Washington, con la llegada del demócrata Bill Clinton a la Casa Blanca ese mismo mes de enero, también contribuyó a empeorar la situación. Las declaraciones un tanto agresivas contra Corea del Norte por parte de miembros del gobierno y del propio presidente estadounidense, probablemente por falta de experiencia en el terreno de la política internacional, no hicieron sino incrementar la hostilidad norcoreana hacia cualquier crítica de su política nuclear. En un ambiente de creciente tensión en la península coreana, el 9 de marzo se inició una nueva campaña del Team Spirit, respondida por Pyongyang con la declaración del estado de semi-guerra y la movilización de sus fuerzas armadas.⁹⁸

No había, pues, en los primeros meses de 1993 muchos motivos para que la RPDC buscara abandonar su programa nuclear, sino más bien al contrario. Es muy posible que los norcoreanos autorizaran la visita de la AIEA de mayo y junio del año anterior porque no habían alcanzado todavía el conocimiento necesario para fabricar una bomba atómica. Ello tranquilizaría en parte a la comunidad internacional pero a la vez le permitiría disfrutar de una serie de ventajas a la hora de negociar con EE.UU. y el resto de la comunidad internacional. Sin embargo, las nuevas acusaciones y los siguientes requerimientos de la AIEA fueron recibidos con recelo y finalmente con rechazo, añadiéndose el empeoramiento de las relaciones con Washington. La consecuencia final no tardaría en llegar: el 12 de marzo Pyongyang anunciaba su retirada del TNP,

⁹⁷ Andrew Mack, "The Nuclear Crisis on the Korean Peninsula" en *Asian Survey*, abril de 1993, vol. 33, nº 4, p. 341.

⁹⁸ Hak-joon Kim, "North Korea's Nuclear Development Program and Future" en *Korea and World Affairs*, verano de 1994, vol. 18, nº 2, p. 277.

calificando esta acción de “medida de autodefensa bien justificada ante las maniobras de guerra nuclear de Estados Unidos y los actos injustificados de la AIEA”.⁹⁹

La decisión norcoreana obligó a Washington a implicarse de lleno en un diálogo directo con Pyongyang. El hecho era muy grave pues nunca hasta entonces un miembro del TNPN había abandonado el mismo. Implicaría, en resumen, la ausencia de un marco legal para verificar el desarrollo nuclear de Corea del Norte por la comunidad internacional, así como una mayor dificultad a la hora de impedir la compra o venta (por ejemplo a Irak, Irán o Libia) de material y tecnología nuclear por parte de ese país. A partir de mayo de 1993 se inició en Nueva York y más tarde en la ciudad suiza de Ginebra una serie de rondas de conversaciones entre las dos partes. El primer resultado surgió el 11 de junio con el anuncio de Pyongyang de que suspendía su retirada del TNPN. A cambio, Washington se comprometía a no amenazar ni usar su armamento atómico contra el régimen de Kim Il Sung e incluso señalaba que estaría dispuesto a estudiar la posibilidad de un reconocimiento diplomático de la RPDC.¹⁰⁰

Sin embargo, el período entre la segunda mitad del año 1993 y la primera de 1994 estuvo marcado por el enfrentamiento entre Estados Unidos y Corea del Norte. En agosto tiene lugar una nueva visita de los inspectores de la AIEA pero su actividad se ve dificultada por la negativa norcoreana a autorizar la investigación de algunas instalaciones nucleares. Washington y Pyongyang alcanzan diversos acuerdos pero la actitud hostil y la falta de compromiso de este último dificultan los avances. Los norteamericanos, cansados del tira y afloja en las negociaciones con el régimen de Kim Il Sung, amenazan con sanciones de la comunidad internacional a través del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas. El gobierno de Corea del Sur, aliado de Washington, critica la política seguida por este último y advierte que la actitud de Corea del Norte en las negociaciones busca simplemente ganar tiempo para poder acabar su programa nuclear.¹⁰¹ Clinton busca tranquilizar a Seúl y señala, entre otras cosas, que “cuando se examina la naturaleza del compromiso de seguridad norteamericano con Japón, con Corea [del Sur], con esta región, es inútil para ellos [los norcoreanos] intentar desarrollar armas nucleares, porque si las usaran sería el final de su país”.¹⁰² Pyongyang,

⁹⁹ Michael Ertman, “North Korean Arms Capabilities and Implications: Nuclear, Chemical, and Ballistic Missile” en *Korea and World Affairs*, invierno de 1993, vol. 17, n° 4, p. 611.

¹⁰⁰ A.Y. Mansourov, *op. cit.*, p. 45; H. Kim, *op. cit.*, p. 279.

¹⁰¹ Don Oberdorfer, *The Two Koreas: A Contemporary History*, 2001, p. 287.

¹⁰² Alvin Z. Rubinstein, “North Korea’s Nuclear Challenge” en *Korea and World Affairs*, primavera de 1994, vol. 18, n° 1, p. 32.

extremadamente sensible a cualquier declaración donde sea aludida, amenaza con romper las negociaciones ante lo que considera una violación de la promesa norteamericana de no intimidar a la RPDC. Además, Washington anuncia un despliegue de misiles Patriot en el sur de Corea y de nuevo tienen lugar en 1994 las maniobras del Team Spirit.¹⁰³ La consecuencia final es un incremento sustancial de la alerta militar en Corea.

La tensión en la que se encontraba la península de Corea a finales de la primavera de 1994 amenazaba con terminar en un incidente armado o, peor aún, con una nueva guerra. La administración Clinton comprendió que para resolver la situación había que descartar nuevas reuniones con delegaciones norcoreanas y recurrir directamente a un encuentro con el máximo líder de la RPDC, esto es, con Kim Il Sung, cuya palabra era ley en su país. El problema era encontrar a alguien que, sin formar parte del gobierno norteamericano, pudiera hablar en nombre de este último. Y en estas apareció la figura de Jimmy Carter. En la última década, el ex presidente estadounidense había adquirido un prestigio internacional jugando un papel en diversos conflictos e incluso había sido invitado en repetidas ocasiones a visitar Corea del Norte aunque tanto el Departamento de Estado como el gobierno surcoreano se habían mostrado hasta entonces poco proclives.¹⁰⁴ Clinton aprobó una nueva invitación efectuada por Kim Il Sung a Carter con la condición expresa de que se trataba de un viaje privado y éste se trasladó a la RPDC el 15 de junio. En realidad, se trató de una visita semioficial porque en el equipo de Carter había miembros del Departamento de Estado. Con la mediación del ex presidente norteamericano se devolvió la negociación nuclear entre EE.UU. y Corea del Norte a la senda correcta.

La muerte de Kim Il Sung el 8 de julio supuso un breve paréntesis en las negociaciones pero no un freno de las mismas. En agosto concluyó una nueva ronda de conversaciones y entre el 21 de septiembre y el 17 de octubre tuvo lugar la siguiente. El resultado fue un éxito para la diplomacia norteamericana: el 21 de octubre Pyongyang y Washington firmaban en Ginebra el Acuerdo Marco en la Cuestión Nuclear (AMCN). En él, el régimen norcoreano se comprometía a poner fin a su programa nuclear con fines militares y a congelar por completo su programa nuclear civil a partir del 1 de noviembre siguiente. Además, prometía desmantelar sus reactores de grafito para el año

¹⁰³ D. Oberdorfer, *op. cit.*, p. 300.

¹⁰⁴ Seúl era muy hostil a una nueva participación de Carter en los asuntos coreanos después de la tensión acontecida durante su mandato (1977-1981), cuando el entonces presidente norteamericano intentó sin éxito retirar sus tropas terrestres estacionadas en la península.

1998. A cambio, EE.UU. se comprometía a transferir dos reactores de agua ligera de 1000 MW cada uno para el año 2003.¹⁰⁵

No conocemos los motivos de la aceptación por la RPDC del acuerdo de octubre de 1994. Su nuevo dirigente, Kim Jong Il, probablemente quiso cumplir con los deseos expresados por su padre después del histórico encuentro con Carter y donde el primero aceptó poner fin a la tensión ocasionada por su programa nuclear. Aunque su progenitor había desaparecido, sus últimas decisiones todavía eran tenidas en cuenta y Kim era consciente de ello y de evitar enfrentamientos con los colaboradores de su padre.¹⁰⁶ Por otro lado, al llegar a un acuerdo con Washington, el nuevo mandatario norcoreano lograba un triunfo diplomático importante y reforzaba su posición política en el seno del régimen. Otro elemento no menos importante sería el deseo de Kim Jong Il de mejorar su imagen y la de la RPDC en la escena internacional, especialmente ante Estados Unidos pero también ante China, su único aliado.

China y la nuclearización de Corea

A diferencia de la URSS, la colaboración china en el programa nuclear de Corea del Norte fue escasa y en ningún caso se puede afirmar que Pekín ayudara a Pyongyang a desarrollar su capacidad nuclear. Un ejemplo fue la negativa de Pekín a compartir el secreto del arma nuclear. La explosión de la primera bomba atómica en octubre de 1964 fue vista como una oportunidad de oro por Kim Il Sung para hacerse con este tipo de armamento. Así, una delegación norcoreana llegó a Pekín pocas semanas después con una carta dirigida a Mao Zedong donde el mandatario de la RPDC afirmaba que ambos regímenes comunistas compartían la amenaza de guerra y, por tanto, debían compartir también el secreto de la bomba atómica. Sin embargo, una vez obtenido su objetivo, los dirigentes chinos no estaban dispuestos a desvelar sus conocimientos y no parece que la RPDC les diera especial confianza para cambiar de actitud. La respuesta del PCCh al requerimiento de Kim fue negativa, aduciendo que este tipo de armamento no era necesario para un país tan pequeño como Corea del Norte. Una respuesta similar fue dada por Mao en 1974 ante una nueva solicitud del presidente norcoreano.¹⁰⁷ Esta

¹⁰⁵ Para financiar la construcción de los dos reactores de agua ligera y verificar que dicho proceso se cumpliera se creó en los meses siguientes un consorcio internacional que recibió la denominación de Organización para el Desarrollo de la Energía en Corea (KEDO en sus siglas inglesas).

¹⁰⁶ A.Y. Mansourov, *op. cit.*, p. 59-60.

¹⁰⁷ D. Oberdorfer, *op. cit.*, p. 253-253; David Reese, *The Prospects for North Korea's Survival*, 1998, p. 42.

política fue seguida por los sucesores del Gran Timonel, mucho más pragmáticos y más conscientes del riesgo que suponía una Corea del Norte nuclear.¹⁰⁸ Así, durante su viaje a China en 1982 Kim Il Sung pudo visitar una planta nuclear de tipo civil en Chengdu (provincia de Sichuan), ocasión que aprovechó para solicitar a Deng Xiaoping el suministro de tecnología nuclear y de uranio enriquecido. Parece ser que en su reunión secreta de agosto de 1983 en Dalian los dos dirigentes discutieron una posible asistencia nuclear china.¹⁰⁹ En ambos casos, las evidencias parecen señalar una escasa predisposición china a cooperar con su aliado en el terreno nuclear. Si finalmente hubo colaboración, ésta fue temporal porque hacia 1987 Pekín empezó a albergar sospechas de que el programa nuclear norcoreano estaba siendo utilizado por Pyongyang para impulsar la fabricación de armamento atómico y, según parece, se puso freno a toda transferencia de tecnología nuclear china a ese país.¹¹⁰

La RPCh fue un observador y no un colaborador del programa nuclear de Corea del Norte pese a tratarse de un aliado. La política seguida desde 1964 ha perseguido siempre que la colaboración nuclear china no se hiciera con los países vecinos, con excepción hecha de Pakistán. Pekín era consciente de los riesgos de ayudar a países de su entorno y en especial a aquellos que no formaban parte del TNPN y rechazaban las inspecciones de la AIEA, pese a que los propios chinos hacían lo mismo. Y en dicha política se incluía a la RPDC. Los dirigentes del PCCh sabían del deseo de este país de hacerse con este tipo de armamento y de la percepción del régimen de Kim Il Sung de ser atacado por Estados Unidos con bombas atómicas pero no podían permitirse el lujo de incrementar el poder nuclear de Asia del Nordeste. Sin embargo, al igual que la URSS, tampoco se esforzaron en frenar las aspiraciones nucleares de su aliado. A fin de cuentas, el argumento esgrimido por Pyongyang, asegurar la seguridad nacional, era el mismo que había utilizado China con anterioridad a 1964.

Entre finales de los ochenta y comienzos de los noventa, con el entierro de la Guerra Fría, la preocupación por el desarrollo nuclear de Corea del Norte aumentó en el

¹⁰⁸ Joseph S. Bermudez, reputado especialista en el poder militar de Corea del Norte, señala que Kim Il Sung mandó en marzo de 1977 a uno de los responsables del PTC, Kang Song-san, a China y que durante su estancia el dirigente norcoreano visitó el centro nuclear chino de Lop Nor, situado en la región autónoma de Xinjiang. Sin embargo, no hay evidencia alguna hasta la fecha de la existencia de dicho viaje de Kang a China. Por otro lado, es poco factible que los chinos autorizaran la visita de su principal centro de pruebas nucleares por parte de un mandatario extranjero, incluso procedente de Corea del Norte. Ni el propio Kim Il Sung recibió semejante invitación durante sus visitas a China. Véase Joseph S. Bermudez, "North Korea's Nuclear Program" en *Jane's Intelligence Review*, septiembre de 1991, vol. 3, nº 9, p. 404-411.

¹⁰⁹ Chae-Jin Lee, *China and Korea: Dynamic Relations*, 1996, p. 72 y 188.

¹¹⁰ M.J. Mazarr, *op. cit.*, p. 44.

seno del gobierno chino, a la par que crecía la sensación de que la RPCh obtendría mayor seguridad si participaba en organizaciones dedicadas al control armamentístico. Aunque no es la única razón, fue sin duda el peligro nuclear norcoreano una de las causas que forzaron a China a adoptar una defensa de la política de no-proliferación y apoyar una península de Corea libre de armas atómicas. El ministro de Asuntos Exteriores de la RPCh Qian Qichen dejaba claramente expresada la posición de su país en el momento del ingreso de éste en el TNP al proponer que “todos los estados con armas nucleares garanticen que no serán los primeros en usar bombas atómicas en ningún momento ni bajo cualquier circunstancia... y garanticen que apoyarán la propuesta de establecer zonas libres de bombas nucleares”.¹¹¹ Es indudable que el ingreso de China en el TNP estuvo, en parte, relacionada con la creciente sospecha de un desarrollo del programa nuclear norcoreano con fines militares y de la actitud hostil de Pyongyang hacia la AIEA y el TNP.

Al igual que las otras potencias de la zona, los chinos no deseaban una Corea del Norte convertida en poder nuclear, tal como señalaba en noviembre de 1991, antes incluso del estallido de la crisis, Qian Qichen al afirmar que “[los chinos] no queremos ver la existencia de armas nucleares en la península de Corea”.¹¹² Las razones eran varias. En primer lugar, no hacía sino disparar la tensión en una zona, el nordeste de Asia, ya de por sí complicada política y militarmente con la presencia de diversas potencias nucleares declaradas. En segundo lugar, por la proximidad geográfica, existía un gran riesgo para la seguridad nacional de la RPCh en caso de conflicto abierto en la península coreana. Por último, aunque tal vez no se viera afectada directamente, China era consciente de los peligros que entrañaba una RPDC poseedora de la bomba atómica que decidiera exportar su tecnología nuclear a naciones sospechosas de causar tensiones internacionales.

La crisis de 1993-1994 pone en una situación complicada a las autoridades chinas. Por un lado, deben mostrar públicamente ante su aliado norcoreano que defienden sus intereses en la escena internacional y, por el otro, no oponerse demasiado a la comunidad internacional en un tema de tanta sensibilidad como era el programa nuclear de una nación tan imprevisible como la RPDC.

Con el objetivo de preservar sus lazos con Pyongyang, China dio claras muestras de un posible veto a cualquier sanción propuesta por el Consejo de Seguridad de

¹¹¹ *China Daily*, 13 de marzo de 1992.

¹¹² Leon V. Sigal, *Disarming Strangers: Nuclear Diplomacy with North Korea*, 1998, p. 58.

Naciones Unidas contra Corea del Norte. Históricamente, Pekín había sido contrario a la utilización del derecho de veto y hasta la fecha no lo había utilizado. Sin embargo, ahora se trataba de respaldar a un aliado, incómodo ciertamente, pero con el que tenían lazos históricos muy importantes y donde estaban en juego demasiados intereses. Además, los chinos consideraban en 1993 que los norcoreanos no estaban todavía en condiciones de fabricar un arma atómica y que les quedaba un camino relativamente largo para lograrlo. Por tanto, había que evitar darles argumentos para que intensificaran su programa.

Tras la anunciada retirada del TNP por parte de Pyongyang, la reacción del gobierno chino fue oponerse activamente a cualquier decisión de Naciones Unidas que implicara sanciones de cualquier tipo hacia Corea del Norte. A su juicio, este tipo de medidas no sería efectivo ante un régimen tan peculiar como el norcoreano. Su respeto a las reglas de juego internacionales era escaso y solía oscilar de posiciones moderadas a extremas en cuestión de días e incluso de horas. La sensación de aislamiento podría tener efectos desastrosos como, por ejemplo, una reacción radical de Pyongyang, traducida en una respuesta militar contra Corea del Sur o contra Japón. La RPDC había probado con éxito un misil balístico, el Nodong-1, apto para transportar una carga nuclear y con un alcance de 1000 kilómetros, por tanto, capaz de alcanzar objetivos al sur del paralelo 38 y en el archipiélago nipón. Además, también estaba experimentando con otro misil similar, el Taepodong-1, con un alcance de 2000 kilómetros.¹¹³ Un estallido de la guerra en la península coreana podría extenderse al conjunto del noreste de Asia, afectando directamente a la RPCh. Aunque los misiles balísticos norcoreanos no amenazaban en teoría el territorio chino, su seguridad nacional se veía amenazada porque el amplio radio de acción de los misiles hacía que incluso la capital china pudiera ser alcanzada, lo que despertaba no pocas preocupaciones en el PCCh (véase mapa 12, página 416).

Por otro lado, la imposición de sanciones tendría un impacto brutal en una economía tan debilitada como la norcoreana. Por sus compromisos internacionales, Pekín tendría que cumplir con la resolución del Consejo de Seguridad de la ONU y limitar o cancelar su ayuda al régimen de Kim Il Sung, lo que sin duda le perjudicaría. A la pérdida de influencia en Pyongyang, ya muy afectada desde la normalización sino-

¹¹³ Ralph A. Cossa, "Nuclear Forces in the Far East: Status and Implications for Proliferation" en Young Whan Kihl y Peter Hayes (ed.), *Peace and Security in Northeast Asia: The Nuclear issue and the Korean Peninsula*, 1997, p. 363.

surcoreana en 1992, el embargo total a Corea del Norte podía causar el colapso definitivo de su régimen y ello podría desembocar en la huida masiva de la población hacia territorio chino, lo que desestabilizaría la región del nordeste de China.

Pekín buscó convencer a Washington de evitar ejercer una presión demasiado fuerte sobre Pyongyang y de trabajar en cambio por una solución negociada a la crisis. Qian Qichen expresó la posición de su país al afirmar que “apoyamos reuniones pacíficas para alcanzar una solución apropiada [a la crisis]”.¹¹⁴ Según el gobierno chino, la paciencia debía regir las conversaciones y el diálogo directo entre Pyongyang y Washington era la mejor forma de alcanzar un acuerdo satisfactorio para las dos partes. A su juicio, con diplomacia el régimen de Kim Il Sung llevaría a cabo finalmente sus obligaciones con el TNP. Según la normativa de este último, la retirada del mismo por un país miembro se hace efectiva sólo a partir de los tres meses desde el anuncio oficial de su marcha. El 12 de junio se haría efectivo, por tanto, la retirada de Corea del Norte del TNP y a juicio de Pekín había tiempo suficiente para negociar con aquella para convencerle de que reconsiderara su decisión. En cambio, si se sentía demasiado presionado, Pyongyang podía acabar forzando la ruptura definitiva con la AIEA. La confrontación tenía que ser evitada a toda costa porque los norcoreanos, si se sentían acorralados, eran imprevisibles y las consecuencias de una escalada de la tensión en la zona del nordeste de Asia podían ser catastróficas para los intereses de todos los países implicados.

Los chinos aconsejaban también utilizar un lenguaje más cauto en la negociación y evitar las frases amenazadoras frente a un régimen tan sensible como el norcoreano. Por ejemplo, los chinos ya habían advertido con anterioridad al 12 de marzo de 1993 de la frustración creciente de Corea del Norte ante ciertas actitudes no amistosas de la política de Estados Unidos hacia él.¹¹⁵ En este aspecto, el papel chino es fundamental. Pekín tenía una experiencia diplomática de casi de medio siglo con la RPDC y sabía que la negociación era mejor que la confrontación. A los líderes del PCCh tampoco se les escapaba, por otro lado, que los norcoreanos utilizaban la crisis nuclear en beneficio propio. La actitud obstruccionista (amenazas de retirada de las conversaciones, etc.), la retórica antiimperialista y las críticas violentas de Pyongyang a lo largo de todo el proceso no eran más que una táctica negociadora para forzar a la otra parte a aceptar sus

¹¹⁴ C.-J. Lee, *op. cit.*, p. 94.

¹¹⁵ James Bayer y Robert E. Bedeski, “North Korea’s Nuclear Option: Observations and Reflections on the Recent NPT Crisis” en *The Korean Journal of Defense Analysis*, invierno de 1993, vol. 5, nº 2, p. 111.

condiciones y, en especial, un incremento sustancial de la ayuda de Occidente a una Corea del Norte en crisis. En la práctica, al igual que los norteamericanos, los chinos sabían que la amenaza de la bomba atómica era también una ficha negociadora (*bargaining chip*) que Pyongyang utilizaba para “chantajear” a Occidente y aumentar la asistencia económica de este último. Asimismo, la crisis daba mayor protagonismo a dicho país en la escena internacional y en especial en la política exterior norteamericana. No en vano, el objetivo principal de la política exterior de la RPDC ha sido históricamente lograr establecer relaciones diplomáticas con EE.UU. y disponer así de una línea directa con el principal aliado de su enemigo surcoreano. Con dicha crisis, Pyongyang recibía una atención que no había tenido en las décadas anteriores y establecía un diálogo directo con Washington. Esta circunstancia le granjeaba, por tanto, un reconocimiento internacional y, a la vez, una mayor legitimidad. En otras palabras, la amenaza de una Corea del Norte nuclear era una carta que este país utilizaba para conseguir aquellos objetivos políticos, económicos y de seguridad en el nuevo contexto político internacional que era la post-Guerra Fría, donde la alianza con la URSS había desaparecido y aquella con China no parecía encaminada a dar los frutos deseados.

Indudablemente, China también percibió ciertas diferencias en la política de Washington y de sus aliados de Seúl y Tokio ante la crisis y supo aprovecharlas. Corea del Sur mantenía una posición muy beligerante ante la amenaza nuclear norcoreana pero tampoco estaba dispuesta a aceptar un incremento de la tensión porque sería uno de los principales perjudicados en caso de conflagración. Una opinión similar expresaba Japón, consciente de la hostilidad manifiesta del régimen kimilsungista hacia él. Una posición no muy diferente era la defendida por Rusia. Todos estos países estaban de acuerdo que, por su proximidad geográfica, se verían afectados directamente por el incremento de la tensión y/o el colapso del sistema político norcoreano. Las reuniones entre chinos y japoneses y surcoreanos permitieron a los primeros asegurarse que las iniciativas norteamericanas de sancionar a Corea del Norte no eran lo suficientemente fuertes para imponerse, al menos en las primeras fases de la crisis.

No obstante, los chinos no podían mostrarse muy radicales en su respaldo a la posición norcoreana sin salir perjudicada su imagen en la escena internacional y sobretudo sus relaciones con Estados Unidos, Japón y Corea del Sur. Los líderes del PCCh en ningún caso estaban dispuestos a sacrificarse completamente por su aliado. Esta actitud queda reflejada en su conducta en Naciones Unidas. Los chinos se mostraban críticos con la posición demasiado férrea de EE.UU. pero tampoco

respaldaban a la RPDC, optando por lo general por suavizar las resoluciones del organismo internacional donde se urgía a este país a aceptar las condiciones del TNP. N.

El 11 de mayo, un mes antes de cumplirse el plazo para la salida oficial de Corea del Norte del TNP, el Consejo Seguridad, con la abstención de China y Pakistán, votaba por trece votos a favor una resolución urgiendo a Pyongyang a reconsiderar su retirada del TNP, a cumplir sus obligaciones con el mismo y a respetar el acuerdo de garantías.¹¹⁶ Poco después, los chinos volvían a abstenerse en una resolución de la Asamblea General de Naciones Unidas donde, por 140 votos a votos y uno sólo en contra (la RPDC), se hacía un requerimiento oficial a Pyongyang a cooperar con la AIEA y aceptar las inspecciones de sus instalaciones nucleares.

A lo largo de la crisis, la política seguida por China consistirá en frenar las iniciativas demasiado “amenazadoras” de EE.UU. contra Corea del Norte y ejercer una presión de manera discreta sobre Pyongyang, jugando siempre la carta de la negociación antes que el enfrentamiento porque, a su juicio, la amenaza y la coacción no eran armas útiles en una negociación con el régimen norcoreano. Los hechos de junio de 1993, donde aquél suspendió su anunciada retirada del TNP, reafirmaron al gobierno chino en su política del uso paciente de la diplomacia como forma para acabar con la crisis. Esta posición era ratificada de nuevo a mediados de marzo de 1994 por el primer ministro Li Peng, quien se opuso a cualquier medida de coacción sobre Corea del Norte señalando que “si la presión se aplica en esta cuestión [la crisis nuclear], ello sólo puede complicar la situación en la península coreana y añadir tensión allí”.¹¹⁷

La crisis nuclear entre Corea del Norte y EE.UU. fue aprovechada por China de manera muy eficiente. Aunque públicamente se mantuvo en un discreto segundo plano, fue en realidad un actor clave y jugó un papel decisivo entre bastidores. Su mediación le granjeó un mayor prestigio en la escena internacional donde abogó siempre por la negociación y el fin de la tensión. Como único aliado de la RPCh, el papel de China en la resolución de la crisis era considerado fundamental por los gobiernos norteamericano, japonés y surcoreano, los cuales solicitaron a Pekín que presionase a Pyongyang para lograr una salida satisfactoria de la crisis. Aquél se comprometió a persuadir a la RPDC de poner fin a la crisis en beneficio de todos aunque siempre se escudó en el hecho de que su influencia sobre aquella era limitada.¹¹⁸ En la práctica, sucedió todo lo contrario.

¹¹⁶ H. Kim, *op. cit.*, p. 278.

¹¹⁷ L.V. Sigal, *op. cit.*, p. 107.

¹¹⁸ Chang Ya-chün, “Peking’s Influence in the Nuclear Crisis on the Korean Peninsula” en *Issues and Studies*, noviembre de 1994, vol. 30, nº 11, p. 107.

Al erigirse como defensor de los intereses de Pyongyang ante la comunidad internacional y un freno a la política de sanciones de Washington, la crisis nuclear permitió a Pekín recuperar una cierta influencia en la RPDC tras una significativa pérdida de la misma como consecuencia de la normalización diplomática con Seúl en 1992. Pero además, fue una oportunidad excelente para obtener importantes éxitos en su relación con EE.UU.. Con la llegada al poder Bill Clinton en enero de 1993, las relaciones bilaterales se habían visto afectadas por las críticas estadounidenses de las violaciones de derechos humanos en China. Sin embargo, la crisis nuclear permitió que los intereses de Washington y Pekín fueran coincidentes en la necesidad de encontrar una solución y la influencia importante que el segundo mantenía sobre Pyongyang fue utilizada de manera partidista para forzar al gobierno de Clinton a confirmarle con la cláusula de Nación Más Favorecida Comercialmente (NMFC), desligando esta última de un progreso de los derechos humanos, a cambio de una mayor implicación en la resolución de la crisis.¹¹⁹ Su papel de mediador también fue muy apreciado por Tokio y Seúl.

No obstante, si a corto plazo China podía salir beneficiada, a medio y largo plazo la intensificación de la crisis nuclear no favorecía en absoluto sus intereses y los dirigentes de Pekín eran plenamente conscientes de ello. Aunque no se habían opuesto frontalmente, siempre habían mostrado su apoyo a una península coreana libre de bombas nucleares porque, en palabras de Qian Qichen, “el desarrollo de armas nucleares en la península de Corea no es deseable, no sólo para la propia Corea, sino también para China”.¹²⁰ Aparte del riesgo que suponía una RPDC convertida en potencia atómica para la seguridad china (sería más incontrolable), la obtención de la bomba atómica por Pyongyang alteraría el equilibrio de poderes en la zona de Asia del Nordeste y podría suponer el inicio de una carrera armamentística que desestabilizara a la larga esta región. La península coreana era desde 1953 un foco de tensión casi permanente y está rodeada de estados nucleares (China, Rusia), de países con potencia nuclear (Japón, Corea del Sur) y con presencia de armamento nuclear norteamericano en Corea del Sur (hasta 1991) y Japón. En otras palabras, Asia del Nordeste es un área donde se encuentran las tres grandes potencias nucleares: China, Rusia y EE.UU.

Entre los principales temores del PCCh estaba la posible incorporación de Japón al club de potencias nucleares declaradas. A lo largo de la segunda mitad del siglo XX

¹¹⁹ Xiaoxiong Yi, “China’s Korea Policy: From ‘One Korea’ to ‘Two Koreas’” en *Asian Affairs*, verano de 1995, vol. 22, nº 2, p. 128-129.

¹²⁰ *Ibid.*, p. 128.

la RPCh había buscado evitar que aquél país se convirtiera de nuevo en una potencia militar en la zona de Asia-Pacífico. Con la excusa del pasado agresivo y militarista de Tokio, los chinos se habían opuesto desde el final de la ocupación aliada del archipiélago en 1952 al acceso de aquél a las armas nucleares. Hasta la fecha, Japón había estado bajo el paraguas nuclear norteamericano, lo que había contribuido a frenar el desarrollo de armamento atómico por este país pero también por Corea del Sur, aliada de Washington. En este sentido, existía una situación similar en el otro bando donde los tratados de 1961 con la URSS y China aseguraban en teoría la protección nuclear del régimen de Kim Il Sung.

China estaba segura de que el tratado de seguridad entre Japón y Estados Unidos continuaría garantizando la no incorporación de Japón al “club” de potencias nucleares si el tratado se mantenía intacto y la situación política en Asia-Pacífico seguía siendo estable. Sin embargo, la crisis nuclear norcoreana podía poner en cuestión este difícil equilibrio de poderes e inducir a Japón a replantearse su posición. Debido a la falta de recursos energéticos propios, este país incrementó durante la segunda mitad del siglo XX su dependencia respecto a la energía nuclear, alcanzando un alto grado de desarrollo que le permitió almacenar importantes reservas de plutonio. Aunque por motivos históricos (sensibilidad de la opinión pública hacia el tema nuclear) y por políticos (las limitaciones de la constitución impuesta por EE.UU. después de la Segunda Guerra Mundial) Tokio no estaba dispuesto a dotarse del armamento atómico, esta postura podía cambiar y Pekín tenía motivos para preocuparse: en julio de 1993, con la crisis nuclear norcoreana como telón de fondo, Tokio anunciaba que no aceptaría una extensión indefinida del TNP hasta que el resto de naciones nucleares no mostraran signos claros de desarme nuclear, desmarcándose claramente de la política seguida por Washington en este tema.¹²¹

En este sentido, las amenazas y declaraciones de dirigentes norcoreanos hacia Japón, como las del embajador de la RPDC en Nueva Delhi, Cha Song-ju, en abril de 1994 donde afirmó que “nuestras armas nucleares, si se desarrollaran, estarían principalmente destinadas a contener a Japón”,¹²² no hacían sino dar argumentos a juicio de los chinos a aquellos que en Tokio reclamaban un incremento del presupuesto de defensa y el fin de las limitaciones constitucionales en materia de defensa. Sin ir más lejos, a lo largo de la primera mitad del año 1994, en plena crisis nuclear con Corea del

¹²¹ A.Z. Rubinstein, *op. cit.*, p. 31.

¹²² A.Y. Mansourov, *op. cit.*, p. 50.

Norte, aparecieron diversas declaraciones de responsables políticos nipones, incluido el primer ministro Hata Tsutomu, señalando que su país disponía del potencial técnico y científico para dotarse de la bomba atómica.¹²³ Para Pekín, había que evitar a toda costa un archipiélago japonés convertido en potencia nuclear declarada.

Pero el factor nuclear japonés era sólo uno de los problemas a afrontar en caso de intensificación de la crisis nuclear norcoreana. El ejemplo nipón podía ser seguido por otros países como Corea del Sur, que también tenía programas nucleares de tipo civil y estaba en condiciones, en un plazo relativamente breve de tiempo, de dotarse de armamento nuclear. Como Japón, este país formaba parte del paraguas nuclear norteamericano y ello había contribuido a frenar cualquier desarrollo de la bomba atómica por su parte. Pero si su vecino del norte lograba este tipo de armamento, no se podía descartar que Seúl optara por hacerse también con la bomba atómica para reequilibrar la correlación de fuerzas en la península. Esto no sería del agrado de Pekín como bien señalaba su ministro de Asuntos Exteriores Qian Qichen: “China está contra la proliferación nuclear, y a China no le gustaría ver armas nucleares en la península coreana, sin distinción de qué lado las tenga”.¹²⁴ Además, con las dos Coreas convertidas en potencias atómicas, en caso de una reunificación política de la península el nuevo estado coreano también sería una potencia nuclear y, por tanto, continuaría siendo una amenaza para la seguridad de la RPCCh. Pero el escenario podía incluso ser peor de lo previsto por Pekín. No se podía descartar que Taiwán, visto el panorama en la zona de Asia-Pacífico, siguiera los pasos de estos países y decidiera apostar por la bomba atómica como garantía para su seguridad. De hecho, desde hacía tiempo las autoridades del PCCh albergaban la sospecha que el gobierno de Taipei estaba intentando desarrollar secretamente una bomba atómica aunque hasta la fecha todavía no había logrado su objetivo.¹²⁵

Indudablemente, los intereses geopolíticos chinos en la zona se verían alterados y, sin duda, perjudicados por una intensificación de la crisis. Aparte de la nuclearización de estados vecinos, el riesgo mayor era un refuerzo de las alianzas entre EE.UU. y sus

¹²³ David Cumin, “Le nucléaire japonais” en *Hérodote. Revue de géographie et de géopolitique*, segundo trimestre de 2000, nº 97, p. 34. Algunos analistas sostienen que Japón ha utilizado desde el final de la Guerra Fría el recurso de un programa nuclear propio como una forma de impulsar un proceso de desarme nuclear, al menos a escala regional. Se trataría básicamente de apoyar una causa llamada “disuasión nuclear sin armas nucleares”.

¹²⁴ *Renmin Ribao*, 28 de mayo de 1993.

¹²⁵ Banning Garrett y Bonnie Glaser, “Chinese Perspectives on Nuclear Arms Control” en *International Security*, invierno de 1995-1996, vol. 20, nº 3, p. 51.

aliados en la zona. Washington había retirado su arsenal nuclear de Corea del Sur a finales de 1991 pero seguía manteniendo armamento atómico en sus bases de Japón. Sin embargo, con un agravamiento de la crisis, existía el riesgo de que reconsiderara su decisión y, en acuerdo con Seúl, volviera a desplegar este tipo de armas al sur del paralelo 38. No sólo eso, sino que incluso podría incrementar su presencia militar en este país (estimada en unos 37.000 soldados) y en Japón, lo que iba en contra de los intereses chinos en la zona. Por último, la amenaza nuclear norcoreana sin duda iría acompañada de unos refuerzos de las alianzas tanto políticas como militares entre Washington y sus aliados surcoreano y japonés.

Dejando de lado los aspectos geopolíticos, los efectos de la crisis norcoreana también serían importantes en el ámbito económico. En la post-Guerra Fría, la apertura y el desarrollo económico habían cobrado una gran relevancia en la política exterior china y ello incluía la política hacia Corea debido a su cercanía con las provincias del nordeste chino, de gran potencial en el terreno de la industria. Por ello, un estable y económicamente próspero nordeste de Asia favorecía el desarrollo de esa parte del país. El incremento de la tensión y los riesgos del posible estallido de un conflicto bélico, en cambio, no harían sino alejar este objetivo. Sin olvidar que la radicalización de la crisis conllevaría un freno o, peor todavía, el fin del programa de reformas económicas emprendido por Pyongyang en los años 80 y ya de por sí muy lento en la práctica.

Algunas evidencias apuntan a que la actitud obstruccionista norcoreana en las negociaciones con Washington empezaba causar un importante malestar en el gobierno chino a partir de la primavera de 1994. La tensión trascendió incluso internamente al régimen chino y, según parece, fue motivo de más de un enfrentamiento entre el presidente chino Jiang Zeming y el ministro de Asuntos Exteriores Qian Qichen. Así, el primero defendería una mayor muestra de apoyo público hacia Corea del Norte mientras que el segundo era más consciente de los riesgos que suponía acercarse demasiado a las posiciones norcoreanas en la relación de Pekín con Washington, Seúl y Tokio.¹²⁶ Además, el gobierno estadounidense había empezado a insinuar imponer sanciones sin la autorización de la ONU y de acuerdo con Japón y Corea del Sur.¹²⁷

Sea como fuere, lo cierto es que en mayo la actitud china hacia la política seguida hasta ahora por Corea del Norte en sus negociaciones con EE.UU. había

¹²⁶ Joel S. Wit, Daniel B. Poneman y Robert L. Galucci, *Going Critical: The First North Korean Nuclear Crisis*, 2004, p. 187.

¹²⁷ L.V. Sigal, *op. cit.*, p. 153.

cambiado sustancialmente. La primera muestra pública de dicho cambio tuvo lugar el 30 de mayo, donde una resolución aprobada por unanimidad instó a Corea del Norte a aceptar las inspecciones de la AIEA y dejó abierta la posibilidad de medidas, esto es, de sanciones contra el régimen de Kim Il Sung en caso de incumplimiento. Ello tenía lugar el día después de que los norcoreanos hubieran realizado una prueba militar de un misil antibarcos en el mar de Japón, poniendo en estado de alerta a las fuerzas armadas de Estados Unidos en Japón y Corea del Sur, así como las de estos países. La acción norcoreana fue muy mal recibida en Pekín porque no hacía sino llevar la tensión en Asia del nordeste a su punto máximo.

El cambio de actitud de China no perseguía romper con Pyongyang sino enviarle señales claras de alcanzar definitivamente un acuerdo con Estados Unidos en torno a la cuestión nuclear. Por ejemplo, un periódico de Hong Kong considerado una voz autorizada del gobierno de Pekín señalaba en esas fechas que éste cortarían toda la ayuda a Corea del Norte si el Consejo de Seguridad imponía finalmente sanciones a este último país.¹²⁸

A comienzos de junio tiene lugar la visita a Pekín de una delegación militar norcoreana encabezada por el Jefe del Estado Mayor, el general Choe Kwang. En su encuentro con él, Jiang reafirma públicamente la alianza con Pyongyang declarando que “China y Corea [del Norte] son vecinos amigos, tan estrechos como los labios y los dientes”.¹²⁹ Por su parte, el homólogo chino de Choe, el general Zhang Wannian, señala que “la tradicional amistad entre China y Corea [del Norte] se ha formado con la sangre del pueblo y de los militares chinos, y del heroico pueblo de la República Popular Democrática de Corea, quien logró un gran éxito en la construcción de una nación y de un ejército bajo el liderazgo del presidente Kim Il Sung”.¹³⁰ Sin embargo, a pesar de estas buenas palabras, enseguida surgieron rumores de que, en privado, Jiang no se abstuvo de criticar duramente ante Choe la actitud seguida por Corea del Norte en la crisis nuclear y le indicó que hiciera llegar a Kim Il Sung y a su hijo Kim Jong Il dichas críticas.¹³¹ El mismo día del regreso de la delegación a Corea del Norte, el embajador de este país en Pekín era convocado por el viceministro de Asuntos Exteriores Tang Jiaxuan, quien le advirtió que la paciencia china se estaba acabando y que su papel en la

¹²⁸ J.S. Wit, D.B. Poneman y R.L. Galucci, *op. cit.*, p. 199.

¹²⁹ L.V. Sigal, *op. cit.*, p. 120.

¹³⁰ Janice M. Heppell, “Confidence-Building Measures: Bilateral versus Multilateral Approaches” en Y.W. Kihl y P. Hayes (ed.), *op. cit.*, p. 275.

¹³¹ J.S. Wit, D.B. Poneman y R.L. Galucci, *op. cit.*, p. 208; J.M. Heppell, *op. cit.*, p. 277.

cuestión de las sanciones a la RPDC era cada vez más limitado, señalando de este modo que Pyongyang no debía dar por seguro el veto de China en el Consejo de Seguridad.¹³²

En realidad, lo que sucede es que China había optado por una política del “palo y la zanahoria” en sus relaciones con Pyongyang en lo que se refiere a la crisis nuclear gracias en gran medida a su posición privilegiada como gran potencia mundial y sobretodo como único aliado del régimen kimilsungista, cuya dependencia de la ayuda económica de Pekín era absoluta. Por un lado, al reafirmar la vigencia del tratado de 1961, China buscaba tranquilizar a Corea del Norte asegurando su compromiso de defenderla militarmente ante una eventual agresión por parte de EE.UU. No es casualidad, por ejemplo, que el mismo día (10 de junio) en que la delegación norcoreana abandonaba Pekín, tenía lugar una prueba nuclear en la región autónoma de Xinjiang, donde China volvía a demostrar públicamente el poderío de su arsenal militar.¹³³ Por otro lado, al advertirle de que el apoyo chino en la cuestión nuclear no era eterno, China insinuaba claramente que su respaldo no estaba asegurado si la situación derivaba en mayor tensión y que era más beneficioso para Pyongyang llegar a un acuerdo con EE.UU. En otras palabras, si el Consejo de Seguridad aprobaba sanciones contra la RPDC, la ayuda china a este país inevitablemente se vería muy afectada.

Estas fueron, en consecuencia, las razones últimas que llevaron a los norcoreanos a disminuir la tensión y aceptar finalmente las inspecciones de sus instalaciones nucleares por la AIEA. En otras palabras, podemos afirmar sin riesgo a equivocarnos que a comienzos de junio de 1994 las presiones chinas habrían conseguido ya someter a Corea del Norte a la vigilancia de la AIEA. El objetivo entonces sería dejar en buen lugar al régimen de Kim Il Sung y aquí surgiría la figura de Jimmy Carter. Su viaje serviría públicamente de mediación permitiendo “salvar la cara”¹³⁴ del régimen norcoreano pero sin comprometer a la vez directamente a Washington ni a Pekín. Partiendo de la base de que para Corea del Norte la política de gestos es muchas veces más importante que las palabras, la imagen de un ex presidente norteamericano trasladándose a Pyongyang a reunirse con Kim dejaba a este último como un gran estadista a ojos de su pueblo.

Sólo así se explicaría en gran medida porqué la actitud más cooperativa de Corea del Norte continuó después de la muerte de Kim Il Sung en julio de 1994. La muerte del

¹³² J.S. Wit, D.B. Poneman y R.L. Galucci, *op. cit.*, p. 209.

¹³³ L.V. Sigal, *op. cit.*, p. 287.

¹³⁴ Literalmente *gei beihan liudian mianzi* en chino.

histórico dirigente no supuso una ruptura en las negociaciones y el diálogo continuó pese a decretarse tres años de luto en la RPDC. En este caso, las presiones chinas existieron. Con el fin de mostrar su respaldo al régimen norcoreano, una delegación china fue enviada a Pyongyang al día siguiente de la muerte de Kim Il Sung, encabezada por los miembros del Politburó Ding Guangen y Wen Jiabao y el director de la oficina de Deng Xiaoping, Wang Ruilin. Esta visita también tenía por objetivo dejar clara la posición china ante el nuevo escenario que se abría en el vecino país. Aparte de continuar estrechando las relaciones mutuas, Pekín buscaba asegurarse que el nuevo dirigente norcoreano Kim Jong Il mantendría la estabilidad en la región del nordeste de Asia y evitaría cualquier tensión en la zona. A cambio, los chinos ayudarían a Pyongyang en su proyecto de reformas económicas e intensificarían la ayuda económica.

Por otro lado, Pekín no dejó de lado los gestos hacia el régimen norcoreano. A finales de agosto, anunciaba oficialmente su retirada de la Comisión Militar del Armisticio de Panmunjom (MAC en sus siglas inglesas), el organismo encargado de verificar el mantenimiento de las condiciones establecidas en el armisticio de 1953, respaldando de esta manera la misma decisión tomada por Pyongyang en abril anterior. Así, Pekín se ponía del lado de su aliado en su demanda de sustituir el armisticio por un tratado de paz entre las dos Coreas.¹³⁵ Asimismo, el gobierno chino autorizó ese mismo mes de agosto la celebración de amplios ejercicios militares del EPL en la península de Liaodong.¹³⁶ Oficialmente, se trató de entrenamientos prácticos de sus fuerzas armadas pero no sería extraño asociar dichos ejercicios militares en una zona tan cercana a la península coreana con el deseo de mostrar a Pyongyang el compromiso con su seguridad. Habiendo asegurado de antemano su posición, el gobierno chino estuvo en condiciones de aplicar una fuerte presión sobre el norcoreano en el tramo final de las negociaciones con Estados Unidos para que firmara con este país un acuerdo que pusiera fin a la tensión ocasionada por el programa nuclear norcoreano, dando su bienvenida al Acuerdo Marco en la Cuestión Nuclear de octubre de 1994.¹³⁷

El papel sutil pero efectivo jugado por China en la crisis resultó fundamental para alcanzar un acuerdo que evitara el enfrentamiento armado. Aunque el diálogo entre chinos y norcoreanos en torno a esta cuestión no se hizo público y en muchos casos se

¹³⁵ S.S. Kim, *op. cit.*, p. 24-25.

¹³⁶ X. Yi, *op. cit.*, p. 131.

¹³⁷ Brian Bridges, "China and the Two Koreas: Searching for a New Balance" en Maurice Brosseau, Kuan Hsin-chi y Y.Y. Kueh (ed.), *China Review 1997*, 1997, p. 93.

fundamenta en rumores, es sabido que entre marzo de 1993 y octubre de 1994 Pekín no dejó de ejercer de manera discreta una presión sobre el régimen norcoreano, enviando delegaciones a Corea del Norte e invitando a representantes de esta última a la RPCh.¹³⁸ Entre las delegaciones destacó el importante papel mediador jugado por los militares de ambos países, con buenos contactos con las respectivas cúpulas políticas.

Para China, el acuerdo de octubre de 1994 representó todo un éxito. Según un portavoz del ministerio de Asuntos Exteriores chino, la RPCh esperaba que “[el Acuerdo Marco en la Cuestión Nuclear] contribuiría a una pronta desnuclearización y cercana paz y estabilidad en la península coreana”.¹³⁹ Los objetivos de Pekín se habían cumplido. La crisis había sido desactivada a tiempo y la RPDC aceptaba de nuevo las inspecciones de la AIEA. Con el acuerdo de octubre de 1994, los dirigentes del PCCh consideraban que se había logrado preservar el TNP y, más importante todavía, la nueva situación más estable en la región del nordeste de Asia debía servir para desanimar cualquier ambición de Japón y Corea del Sur de convertirse en potencias nucleares.¹⁴⁰ Además, su influencia en Pyongyang se había reforzado después de unos años de relativo declive por su acercamiento a Corea del Sur.

Sin embargo, pese a la muestra pública de satisfacción por el acuerdo de octubre de 1994, Pekín era consciente de que sus efectos prácticos serían escasos e incluso entre los dirigentes chinos existía la convicción de que Corea del Norte difícilmente había puesto fin a sus sueños de convertirse en una potencia atómica. Como Estados Unidos, Corea del Sur y otros países de la comunidad internacional, China sospechó siempre que el programa nuclear de Pyongyang continuaba con el objetivo de fabricar bombas atómicas.

¹³⁸ Chang Y., *op. cit.*, p. 119. Entre las delegaciones destacó el importante papel mediador jugado por los militares de ambos países, con buenos contactos con las respectivas cúpulas políticas.

¹³⁹ *Renmin Ribao*, 20 de octubre de 1994.

¹⁴⁰ Banning Garrett y Bonnie Glaser, “Looking Across the Yalu: Chinese Assessments of North Korea” en *Asian Survey*, junio de 1995, vol. 35, nº 6, p. 536.